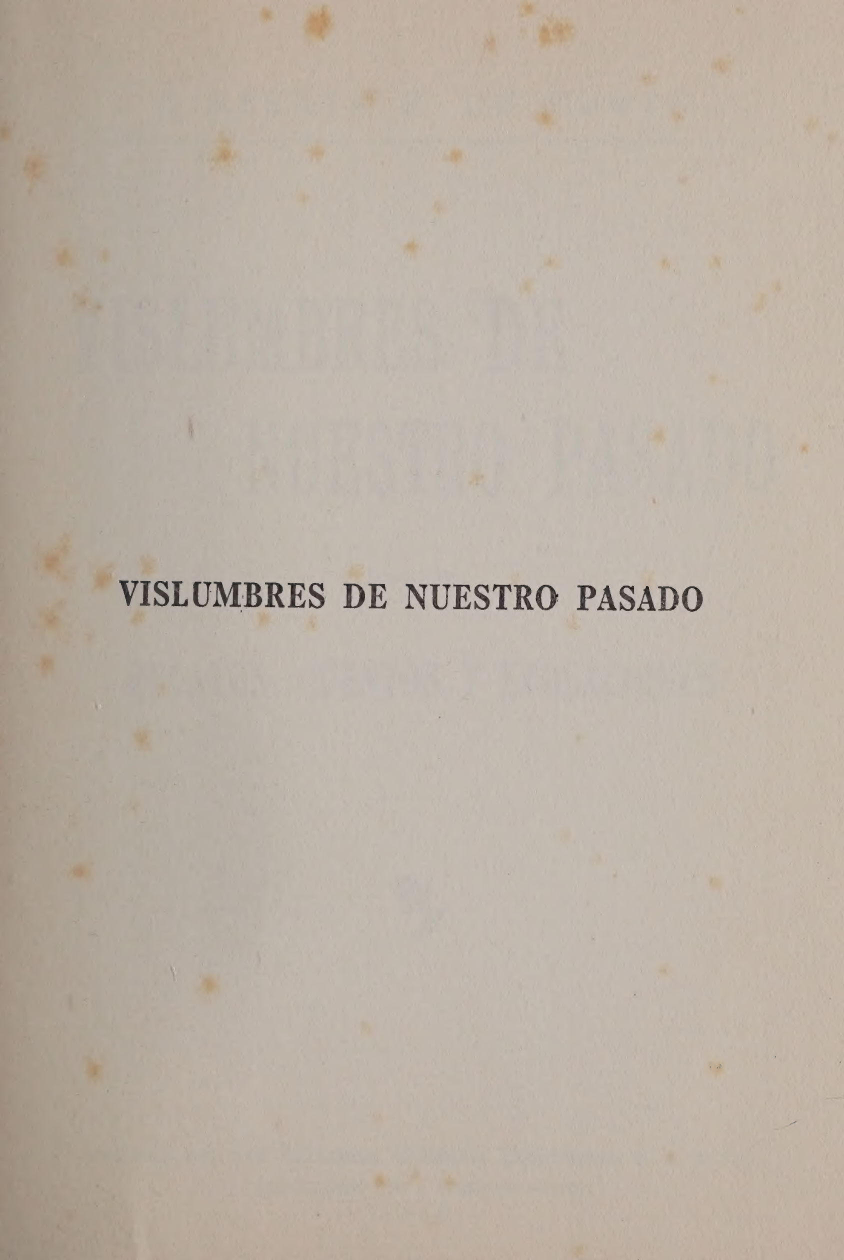
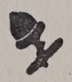


VISLUMBRES DE NUESTRO PASADO

GISBERTA S. DE KURTH

VISLUMBRES DE NUESTRO PASADO

RELATOS, CUENTOS Y EVOCACIONES



EDITADO POR LOS TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS L. J. ROSSO
SARMIENTO 779 - BUENOS AIRES
1928

A la memoria del Doctor Juan Agustín García

Homenaje mínimo al Maestro que, con palabra de sutil historiador, animaba la vida nacional del pasado entumecida en la letra severa de los documentos, y prendía en el espíritu de sus discípulos fervores que acaso nunca sospechó.

PROLOGO

Iníciase con este volumen la publicación de seis libros en los que se han agrupado los relatos, cuentos, sugestiones y estudios literarios que la autora ha venido publicando durante siete años consecutivos en las páginas literarias de "La Prensa".

Los relatos y evocaciones reunidos en "*Vislumbres de nuestro pasado*", han sido elaborados sobre documentos de la historia nacional escogidos en las recopilaciones más autorizadas, en el Registro Nacional y, algunos, en archivos particulares. Allí donde los estudiosos ven con preferencia el alcance social, político y administrativo de las providencias reales, los bandos las leyes y los reglamentos oficiales, la escritora sorprende la sensibilidad de la época, las costumbres y preocupaciones, los ideales: la vida social en su engranaje sentimental.

Los personajes, con ser variados — como son variadas también las clases sociales a que pertenecen — se mueven y hablan con naturalidad dentro de las características de su época. Y el ambiente, porteño

por excelencia, refleja aspectos de la vida social ciudadana desde los días coloniales hasta los ya cercanos de la organización nacional.

El mismo cuidado de respetar la verdad histórica, sin que ésta estorbe los despliegues de la imaginación ni amengüe el interés recreativo, se advierte en los tres cuentos que integran este volumen. En ellos *Mandinga,* su personaje central, maniobra dentro de un marco de costumbres cuya evocación denuncia que su autora ha penetrado con amor la historia nacional.

"Vislumbres de nuestro pasado" nos demuestra que, tanto en el realismo del relato como en las ficciones del cuento, puede reflejarse la verdad de una época.

El Editor.

VOTO TEMERARIO

Fué siempre un alma hermética la de doña Ana Ochoa de Cueto, cerrada a toda expansión que no se amoldase a las estrecheces de rígidos deberes. Sus grandes delectaciones hallábalas en las horas dedicadas a la oración. Veíasela entonces en una quietud extática, embellecido el rostro con tan contemplativa suavidad que asombraba la transformación a cuantos conocían la habitual dureza de su semblante y la severidad de sus juicios.

Cueto, que en el último año del reinado de Fernan-

Esposa del linajudo caballero don Pedro Ignacio do VI dejara España para fundar en nuestra capital su respetabilísima familia, doña Ana, al morir su marido después de quince años de matrimonio, se encontró dueña de una saneada hacienda, de una casa bien alhajada y madre de dos niñas, Gloria y Carmencita, que fueran la ufanía de su padre quien al verlas crecer tan donosas, consolábase de que el cielo le hubiese negado masculina descendencia. No

así doña Ana. La arrogante señora estaba segura que un varón de su casta sería dechado de hidalgas virtudes; un hijo llamado a perpetuar el lustre de sus apellidos hubiera aminorado el peso de un voto temerario hecho por ella en los primeros días de su matrimonio y en una hora de mística exaltación.

El claustro la había atraído siempre por atávica inclinación en las mujeres de su familia que diera más de una abadesa a los conventos castellanos, y también por incapacidad para la dicha mundana.

Magnas razones de familia desbarataron el ideal de su vida. Sumisa, hubo de aceptar como marido a Pedro Ignacio Cueto y, en su seguimiento, dejar la patria. Mas antes de partir de ella, la última vez que se prosternó ante el altar preferido de su devoción, hizo promesa solemne de ofrecer al claustro a la mayor de las hijas que hubiese en el matrimonio y estimular su vocación para que el voto se cumpliera sin resistencia. Ver capuchina a su hija Gloria era, pues, la obsesión de su vida.

Pudo mucho la influencia materna mientras la hija fué adolescente; pero al correr el tiempo pudieron más los derechos naturales de sus diez y ocho años victoriosos. Las verdaderas inclinaciones — amortiguadas por los rezos letales y la poesía de una santidad en ciernes — triunfaron de la doble y falsa personalidad que la educación había creado en Gloria. La niña aspiraba con mayor deleite el aroma de los naranjos y de las enredaderas en flor que los

sahumerios rituales; distraíase siempre durante los rezos y gustábale platicar con su hermana Carmencita, picante criolla que, entre otros desplantes, se burlaba de la acuartelada nobleza de su familia, cantaba quedo — aprendidos sabe Dios cuándo — cantares muy salerosos y procuraba, con mil razones a su medida, quitarle la idea del monjío a su hermana mayor.

Advirtió doña Ana el cambio en Gloria; seguía siendo piadosa, pero no sumisa; gustábanle las galas, reía inmoderadamente de las salidas de tono de su hermana, y, en vez de la mística mansedumbre de antes, en sus ojos había ensueños o llameantes alegrías.

Prudente pareció a los directores espirituales de la señora separar a la niña del trato con el mundo y entretenerla en severos ejercicios espirituales mientras se resolvía su entrada definitiva en el convento .

Pero doña Ana, aunque atormentada por su voto, tenía escrúpulos mundanos. En el convento de las Capuchinas habíase permitido ¡cosa nefanda! que una mulata tomara el hábito de monja corista, siendo que su fundación en Buenos Aires no había tenido otro objeto "que entrasen en él hijas de padres nobles y de la primera calidad..." como lo manifestaba la cédula real de 11 de marzo de 1745 y en cuya virtud se erigió. Asegurábase que el rey había tomado cartas en el asunto, pero que no se cumplían sus

recomendaciones; que las religiosas estaban privadas de confesores extraordinarios por haber desaprobado la admisión de personas de clase inferior y, por último, que en las elecciones de abadesas no se guardaba la forma prevenida por la fundación... Verdad era que otra real cédula firmada, poco hacía, en San Ildefenso, procuraba poner las cosas en su quicio; pero el malestar dentro del convento era innegable... Y Gloria, gracias a esas noticias e incertidumbres que acongojaban a su madre, iba ganando días de libertad. Afianzábanse en ellas anhelos de dichas juveniles, muy ajenos al claustro, y permitía que la palabra traviesa de Carmencita la enterase, al oído, de ciertas noticias harto halagadoras: el amor andaba en juego. Una turbación deliciosa iba apoderándose de la devota niña porque en el templo o en cualquier escapada hacia el mundo, encontrábase con la admiración de un hombre joven y distinguido, cautivo de su suave belleza.

Y Carmencita, que todo lo buceaba, no perdía cuenta de las veces que diariamente pasaba aquél frente a la casa para filtrar la mirada a través de las rejas, tras las cuales, desde algún tiempo a esa parte, dejábase entrever, una que otra vez, la esquiva silueta de Gloria quien, luego, a solas con Carmencita, solía buscar ánimo en el optimismo de ésta.

—¿Crees, hermanita, que algún día me será dado hablarle?...

—Con toda seguridad — respondíale alegremente

la niña — ¿Para qué estoy yo en el mundo? Le hablarás si él no es tonto y entiende lo que muy indirectamente le he indicado que debe hacer...

—Pero, dime, ¿dónde, cuándo, cómo sucederá ese milagro?

—¿Dónde? Aquí, en esta casa tan cerrada como el convento que temes... ¿Cuándo? En los días de carnestolendas. ¿Cómo? ¡Ah! No he de decírtelo, porque temo que con tus miedos lo malogres todo.

—En verdad, me asustas... Tengo miedo de tu osadía y me persigue el presentimiento de que nos traerá algún daño ese proyecto que no me confías.

—Pues si te asustas o te empeñas en saber lo que no quiero decirte... ¡no te ayudo!

—¡Sí, ayúdame, pequeña! No me atormentes... Ayúdame, y que toda la gracia del cielo descienda sobre tí!...

Entonces Carmencita, conmovida, para suavizar la negativa y distraer a su hermana, le repetía incansablemente el relato que le hicieran las niñas de Bustamante — únicas amigas cuyo trato le permitía su madre — sobre las últimas fiestas del Santo Patrono. En esa ocasión, las jóvenes que presenciaron las ceremonias estuvieron de acuerdo en que Juan Baltasar Navarro era el más gallardo y cumplido entre todos los jóvenes de lustre que acompañaron al regidor don Francisco Antonio de Escalada, al sacar éste del Cabildo el real estandarte para pasearlo por las calles de la ciudad.

Gloria echaba entonces a rodar toda modestia, y llena de femenina y gozosa vanidad, sentía aumentar su amor por Juan Baltasar Navarro que, con ser el más apuesto y distinguido entre todos los jóvenes, suspiraba por ella, la más retraída, la menos brillante de aquel grupo de niñas destinadas a ser con el tiempo matronas dignísimas, madres de otras que a su vez serían modelo de distinción en los celebrados y patricios salones de antaño.

Repugnaba a la lealtad de Juan Baltasar Navarro valerse de gente inferior y de violencias para tener ocasión de acercarse a Gloria. Pero, vigilada como estaba la niña por su madre, cada vez más celosa de su retraimiento, no había otro recurso que la audacia para oir de labios de la joven algunas palabras de esperanza.

Por eso, aquella tarde del segundo día de carnestolendas del año 1777, Juan Baltasar interrogaba y hacía recomendaciones a un esclavo de su confianza, pardo de mucho ingenio, joven, decidido y adicto.

—¿Estás seguro, Manuel, que podrá entrar la cuadrilla en una casa tan guardada como la de Cueto?

—Seguro estoy, mi amito... La Telma me ha hecho saber que hoy las puertas estarán cerradas, pero sin los pasadores de costumbre. Y la Telma es esclava de confianza de las niñas y... es ella la que me ha dado la gran idea...

—¡Cállate! Mucho me afrenta tener que valerme de esa gran idea... En fin, tú me has prometido, Manuel, que toda esa gentuza que forma la cuadrilla no cometerá atropellos. Que con sus bailes, corridas, cantos y algazara, aturdan un poco a las señoras es lo que pido. Pero si se atreven al menor desmán...

—Esté sin cuidado, mi amito. Han prometido no propasarse.

—Además deben ignorar quién soy. Les dirás que te acompaña una persona de tu laya o de la suya. ¡Cuídate mucho de darme a conocer!

—Bien, mi amito.

—¿Quienes forman la cuadrilla?

—Las pardas de la pulpería, sus hermanos y algunos parroquianos; el ahijado de don Luis Aranda y una morena de la casa; Tomás el barbero que es más diablo que el mismo mandinga, sus sobrinas y hermanos... Ya no deben tardar mi amito.

—Bien, vete a disfrazar.

Aprovechó el permiso Manuel mientras Juan Baltasar vestía un traje grotesco bajo el cual era imposible reconocer al atildado joven que en las solemnidades del Santo Patrono había causado admiración a las niñas por su gallardo porte.

A poco, oyóse la ruidosa algazara de una cuadrilla de enmascarados detenida junto a la casa de los Navarro, de cuyo portal salieron dos disfrazados y se mezclaron entre esa canalla que con toscos corneti-

nes, cencerros, afrecho, huevos que usarían como proyectiles y otras menudencias arrojadizas, siguió su marcha bullanguera, encabezada por Manuel.

Llegó la mascarada hasta la casa de Cueto y, al primer empuje colectivo se abrió la maciza puerta. Como un torbellino de locura, cruzó la cuadrilla de disfrazados por los primeros patios, turbando la austera paz de aquella casa. Algunos postigos se entreabrieron para cerrarse precipitadamente; varios esclavos aparecieron sorprendidos, indecisos; otros más ejecutivos se dispusieron a defender las puertas interiores... Pero fué tal la gritería y el arremolinado y veloz avance de las máscaras, que no pudieron los servidores impedir la invasión de aquella turba en las habitaciones de las señoras.

En medio de la más amplia, doña Ana estaba de pié, pálida de indignación. Con un gesto lleno de imperio, atrajo hacia sí a sus hijas. Gloria, que empezaba a comprender la causa de aquel atropello, miró angustiada a Carmencita que, afligida por el gran número y la insospechada grosería de las máscaras, se echó a llorar. ¡De muy distinta manera había imaginado ella la escena! Reconoció a Juan Baltasar por la moderación y la finura de sus manos. Quiso acercarse a su hermana para advertirla; pero una mirada dominante de su madre la inhibió.

Los disfrazados, ante la ira callada, desdeñosa, de aquella señora inmóvil, y el apocamiento de sus

hijas y servidores, se enardecieron. Despertaron los canallescos impulsos de causar daño bajo la impunidad de la máscara: alguien arrojó afrecho sobre el rostro y el blanco vestido de Gloria; otro rompió un mueble a tiempo que se entonaban canciones procaces. Y ya crecían los desmanes, a pesar de los esfuerzos de Manuel para impedirlos, cuando de un salto se plantó Juan Baltasar junto a las damas, subióse sobre una silla, se arrancó la máscara y gritó a la chusma:

—¡Retiráos, si no queréis que hoy mismo os delate a las justicias...!

La sorpresa de haber traído entre ellos al joven señor de Navarro y el miedo a la delación interpuesta por persona de tanta influencia, obraron el milagro de que aquella mascarada sin freno huyera precipitadamente como había llegado. Un torbellino de locura cruzó de nuevo por los patios y el portal de la severa mansión de los Cueto, y se perdió en las calles.

Al reconocer doña Ana al de Navarro, se volvió hacia Gloria y como ésta le tendiera sus manos suplicantes, creyóla culpable y, la rechazó glacialmente; señaló con un ademán la puerta al joven y, agotada su energía, se desvaneció en los brazos de una esclava.

Despedido Juan Baltasar por el gesto de la señora, se acercó a Gloria para justificarse. La niña no

se lo permitió y, con la voz cortante, adelantó su palabra.

—Caballero — dijo— mucho daño habéis traído a esta casa de la que os despido a mi vez, como ya lo ha hecho mi madre. Ella necesita ahora toda mi atención. No nos molestéis más...

Y, solícita, se volvió hacia doña Ana, que empezaba a recobrarse.

Carmencita, afligida al ver que Juan Baltasar se marchaba humillado por su hermana, corrió hacia él llorosa, con las manos tendidas amistosamente. Y sus palabras fueron buenas:

—¡Perdón, caballero! Soy la causante de todas estas desgracias... Yo no os despido, os saludo como a un amigo a quien quise hacer feliz...

Juan Baltasar estrechó silenciosamente las manos generosas que se le ofrecían tan espontáneamente; bebió en los ojos negros de Carmencita la única onda de dulzura y de verdadera simpatía brotada para él en aquella casa, y se alejó desesperado.

Recobró el sentido doña Ana, sin salir de una gran postración que fué en aumento cada día, hasta que, no obstante los desvelos de sus hijas, la muerte se acercó.

Su mirada, casi siempre fija como un reproche en Gloria, y los consejos que los directores espirituales dieron a la niña para que librara a su madre de morir bajo el tormento de no saber si su voto

se cumpliría, abrumaron de tal modo a la joven que una noche, debilitado el espíritu por las vigilias angustiosas, arrodillada junto a la moribunda, juró ser monja capuchina. Desde ese momento, la mirada de doña Ana se beatificó, y bendijo diariamente a su hija con una dulzura que fué un premio para ésta.

Y al finalizar el otoño, después de dictar serenamente todas sus disposiciones temporales, doña Ana Ochoa de Cueto murió en olor de santidad.

La vida, que desprende de un suceso la trama de muchos otros, quiso que un año después de la malhadada tarde de carnestolendas cuyo fracaso sentimental conocemos, tres acontecimientos tejieran su pequeña historia en nuestro ambiente colonial.

Como trascendieron los desmanes sufridos en casas respetables por las cuadrillas de gente ruin y disfrazada, a tal punto que "... ni aun en su propia casa estaba seguro el más recogido, ni la señora más honesta a cubierto de un insulto..." el virrey Cevallos, a pedido de las justicias de la ciudad, prohibió por medio de un bando los juegos de carnestolendas.

Casi en la misma fecha, el convento de las Capuchinas acogió en su recinto, a fin de prepararla para la vida conventual de pobreza mínima, a una mujer joven e inocente, nacida para los halagos y el amor, pero cuya conciencia moral, aguzada por una

educación rígida y falsa, culpábala de haber apresurado la muerte de su madre, porque su juventud dictadora prestara un día oídos a legítimas tentaciones mundanales.

Más como todo no había de ser prohibiciones y dolores en los lentos días coloniales, a tiempo que Gloria malograba su juventud para el mundo, Carmencita pasaba a vivir junto a las niñas de Bustamante, bajo la tutoría del jefe de aquella digna familia.

¡Al amparo de espíritus benignos a la dicha, sonrientes a la vida, Juan Baltasar Navarro, pudo algún tiempo después frecuentar esa casa para buscar en ella la onda de simpatía y dulzura, cada vez más próvida, que halló en los ojos de Carmencita el día en que todas las demás miradas le fueron hostiles.

PROVIDENCIAS REALES

Morosa corría la vida en los viejos tiempos virreinales. Las despaciosas travesías desde la metrópoli a la colonia retardaban al ya lento despacho de las Reales Cédulas y Pragmáticas, en las cuales el rey ordenaba que "sus muy amados y leales vasallos de los dominios de las Indias" cumplieran sus resoluciones y participaran también de los faustos acontecimientos de su corte, o les alcanzara la virtud restrictiva o protectora de sus voluntades.

Y los muy amados y leales vasallos nacidos en nuestra tierra, no obstante el respeto que les imponía aquella majestad casi endiosada por la distancia y la veneración tradicional, quedábanse indiferentes cuando los mandatos no atacaban sus pequeños intereses locales. Alegrábanse, en cambio, de los afortunados sucesos de la corte, cuya solemnidad rompía la quietud colonial, merced a los festejos, iluminación de las calles y oficios sagrados en el templo que servía de catedral.

No es, pues, de admirarse que el feliz nacimiento

de una infanta de España, hija de los serenísimos príncipes de Asturias, Doña María Amalia, venida al mundo, el día diez de enero de mil setecientos setenta y nueve, tuviese resonancia en el virreynato del Río de la Plata seis meses después.

Como un hada buena, la infantita, al nacer, movió a gracia munífica a su abuelo Carlos III, que indultó a "presos y reos fugitivos, ausentes y rebeldes". Y como coronamiento de piedad cristiana ordenó también el monarca que, siendo el nacimiento de la infanta "un beneficio de singular consuelo a sus reinos y vasallos", debían rendirse, con amor y religioso celo, las más cumplidas gracias a la Divina Majestad.

Para la puntual observancia de las resoluciones reales, el virrey Vértiz hizo publicar un bando el dos de julio de mil setecientos setenta y nueve, en el cual hacíase saber que el domingo veinticinco de ese mes celebraríanse misa y "tedeum" en la iglesia del Colegio Real de San Carlos, y mandaba asimismo que el sábado y el domingo próximos a la publicación del bando se iluminasen, en la noche, las calles de la ciudad, como demostración de regocijo.

Presentábase hermoso, pródigo de sol, aquel domingo de invierno señalado para oficiar el solemne "tedeum".

En el templo, rebosante de concurrencia, subieron, confundidos, los rezos sinceros de las matronas, las

plegarias fervorosas de los castizos españoles, para quienes el nacimiento de un vástago de la realeza era una nueva prueba de la bendición de Dios a la monarquía, y las oraciones ligeras, menos acendradas, es cierto, de las niñas criollas de estirpe española, que, al orar, inclinaban con gracia y señorío sus cabecitas o perdían sus miradas soñadoras entre las nubes de incienso.

En medio de aquella devota concurrencia, Isabel, la hija de don Pedro de Soler y Ulloa, esforzábase en recoger el ánimo con la unción que su conciencia de creyente reclamaba. Arrodillada junto a su padre, con los ojos bajos, hubiérasela creído sumida en la oración. Pero sus dedos pasaban, algunas veces harto ligeros, sobre las cuentas benditas del rosario, y otras, deteníanse demasiado con inerme indolencia, porque el pensamiento, ausente de los rezos, alteraba ese uniforme deslizarse de las cuentas revelador de que las maneja una mano que se mueve a impulsos de la oración serena.

Dos veces dirigió la joven sus miradas angustiosas hacia un extremo del templo, donde fueron recogidas por otra mirada llena de aliento y resolución con que un joven y apuesto caballero, que no había cesado de observar a la niña, parecía querer trasmitirle el valor que indudablemente necesitaba.

Sosegóse el ánimo de Isabel y pudo, por fin, formular sus rezos con religioso recogimiento, hasta que, concluída la sagrada ceremonia, abandonó la

iglesia del brazo de su padre, pasando entre la concurrencia sin levantar la mirada.

Continuaron aquella noche los festejos ordenados por el virrey. Abriéronse las puertas y postigos de las casas principales para reforzar con la iluminación de sus interiores la luz de las calles que invitaba al pueblo a desafiar el frío y esparcirse en ellas, atraído por el ambiente de fiesta de la ciudad.

En la morada de don Pedro de Soler y Ulloa transcurrían plácidamente las horas de la velada. No había en ella concurrida tertulia, que era reacio a las diversiones ruidosas aquel señor a quien sonreía la fortuna en cuanto a honores y posición, pero que le volvía las espaldas para toda ventura íntima. De los nueve hijos que hubo en su matrimonio con doña Leonor Lozano — llamada, hacía años a mejor vida — quedábale sólo Isabel, que aunque era hija piadosa y buena, inquietábalo por ciertas calladas rebeldías que presentía en ella.

Platicaba don Pedro con su amigo don Luis de Gálvez, que, acompañado de su hija Lucinda, cumplía visita en aquella casa tranquila y aristocrática.

Del comentario de los festejos y solemnidades del día pasóse a rememorar los regocijos que dos años antes ordenara el "Teniente de Rey", para esperar la llegada del virrey Cevallos; espectáculo como hasta entonces no se viera, con iluminación, arcos triunfales, adornos de las calles, rejas y balcones, y un recibimiento entusiasta.

Una ola de ensueño pasó por los ojos de Isabel al recordar que en aquel día su belleza, entronizada en un balcón adornado con tapices y damascos, había enamorado a Jaime de Albornoz quien desde entonces sólo pudo hablarla rarísimas veces y vió crecer la manifiesta hostilidad de don Pedro.

Adivinó Lucinda la emoción de su amiga y, comedida, pidió permiso para invitarla a que luciera su talento en el clavicordio.

Corrieron los diestros dedos de Isabel sobre el teclado, y una romanza llenó de melodías el salón, mientras, muy mañosamente, desenrollaba Lucinda un billete que colocó sobre el clavicordio, no sin antes prevenir a su amiga:

—No te interrumpas, Isabel, pero entérate de este recado...

Hábil en disimulos, Isabel siguió su juego de melodías en el clavicordio, a tiempo que leía fascinada:

"¡Valor, mi niña! Hoy he visto en tus miradas el abatimiento. No desesperes, que una pragmática del rey nos ampara. He obtenido copia de ella y la haré llegar a tus manos. Apréndela de memoria y, en caso necesario, haz que sirva de defensa a nuestro amor".

La romanza que ejecutaba Isabel en el clavicordio ganó en sentimiento. Y al inclinarse la niña, con la cortesanía de aquellos tiempos, para agradecer los plácemes merecidos, pudo ocultar su agitación y también el billete que tanto la impresionara.

A través de las rejas de la habitación de Isabel, con vistas al gran patio colonial, pasaba la luz jubilosamente aquel mediodía del mes de agosto.

Del arcón labrado donde la joven guardaba las finas holandas de su ajuar doméstico, extrajo un papel escrito con apretada letra. Leyó y releyó un párrafo como cuando repasan los niños alguna lección y, fijos luego los ojos en el techo, repitió quedamente y sin vacilaciones cierto difícil pasaje.

Sentada en el patio, junto a la reja de su niña, la vieja esclava que fuera su nodriza trabajaba la urdimbre de una malla tendida en pequeño telar.

—¿Qué lee, mi amita, todos los días en ese mismo papel? — se atrevió a preguntar — Alguna linda historia será.

—Sí, mama-Rita, es una parte de la historia de un rey que a fuerza de ser bueno y humano resulta sabio.

Rióse tontamente la esclava, sin comprender una palabra de ese embrollo, y siguió con la vista a su niña, que, con paso resuelto, se perdió en las habitaciones interiores que daban acceso a las de su padre.

Estaba el señor Soler y Ulloa frente a su bufete, ocupado en revisar legajos, cuando se le acercó su hija.

Días muy amargos habían transcurrido para ambos. La negativa rotunda de Don Pedro a la demanda que Jaime de Albornoz le hiciera al pedirle la mano de Isabel, abrió un abismo de amargura entre el pa-

dre y la hija. Callaban, sin embargo, sus dolores, cual si con el silencio alimentaran ambos sus decisiones.

Besó Isabel respetuosamente la mano que su padre le tendiera y, sin ambages, con la voz entera, abordó la reñida contienda que provocaba.

—Padre — dijo, — tengo un agravio en el corazón. Habéis negado mi mano a Jaime de Albornoz sin consultar mi voluntad.

—No hacía falta tu voluntad donde sobraba la mía — contestó ásperamente Don Pedro. — ¿Me has pedido tú, acaso, consentimiento para amar a ese hombre?

—Padre mío, lo hago ahora, y de rodillas si fuese necesario...

—Pues no accedo, Isabel. Derechos me asisten para negar tu mano a quien no me place.

—No hay derechos sin razones, señor. Y puesto que éstas se me ocultan, a mi vez me niego a reconocer aquéllos.

Era tan inusitada en su hija aquella manera de replicar, que Don Pedro de Soler quedóse con el ánimo suspenso.

Presintió Isabel que la menor debilidad malograría su causa y, lista como era, aprovechóse del asombro de su padre para continuar.

—Don Jaime es de abolengo tan limpio como el mío; dispone de la fortuna y del consentimiento de sus padres...

—Sí, pero es americano — rugió don Pedro.

—Mérito grande es a mis ojos esa condición, señor. Americana soy yo, como lo fué mi madre y lo serían mis hermanos si vivieran.

—Pues digo que me opongo, Isabel. Con razones o sin ellas, hago valer mis derechos sobre tu capricho de niña rebelde. Serás la esposa del hombre que mi experiencia y las conveniencias te señalen.

—¡Nunca! Una protección más alta que la vuestra me sostiene...

—¿Qué te atreves a decir? ¿Qué protección es esa?

—La del rey nuestro Señor.

Don Pedro tornóse lívido, mientras su hija, con los bellos ojos en alto, cual si recitase una plegaria, pronunció con voz cálida las palabras de difícil retención — mas para ella plenas de gracia — aprendidas de la pragmática sanción del rey que don Jaime le prometiera en su billete:

"...Y habiendo considerado los gravísimos perjuicios temporales y espirituales que resultan a la república civil y cristiana de impedirse los matrimonios justos y honestos, o de celebrarse sin la debida libertad y recíproco afecto de los contrayentes, declaro y mando: Que los padres, abuelos, deudos, tutores y curadores, en su respectivo caso, deban precisamente prestar su consentimiento, si no tuvieren justa y racional causa para negarlo, como lo sería si el tal matrimonio ofendiese al honor de la familia o

perjudicase al Estado. Y así contra el irracional discenso de los padres, abuelos, deudos, tutores y curadores, en los casos que queda explicado respecto a los menores de edad y a los mayores de veinticinco años, debe haber y admitirse libremente recurso sumario a la justicia real ordinaria..."

Brotaban límpidas y rotundas de los labios de Isabel las providencias reales que robustecían sus derechos y anulaban los de su padre.

Don Pedro de Soler y Ulloa, devoto de la majestad real, sintió vacilar su terca voluntad al escuchar aquella voz vibrante que le recordaba los mandatos de su señor, y que él, a fuer de buen magistrado, conocía, pero que como padre olvidaba.

Asombrado de la serenidad y arrogancia con que su hija sabía ampararse bajo el sagrado de las resoluciones del rey, recordó las estampas de mujeres españolas que, cuando niño, gustábale mirar reclinado sobre las rodillas de su padre, viejo y noble castellano afecto a relatarle historias de reinas y damas heroicas y decididas, orgullo de la raza. Sintió que sus enojos trasfigurábanse en admiración y, por un resabio de su vacilante empaque, mantúvose mudo, asentado en su sitial, con la mirada baja.

Comprendió Isabel que había ganado la batalla. Y con tino admirable en una doncella de sus años, no quiso abusar de su victoria, ni entregarse a un sentimentalismo peligroso para el éxito completo.

Con mesura llegóse a su padre y, cual si fuera ella quien dispensara gracia, lo besó en la frente y se alejó silenciosamente llena de gozosa turbación.

Pocos momentos después, en la penumbra de un oratorio de la morada de Soler y Ulloa, subía hacia el altar la plegaria con que una fervorosa hija de América rogaba a su Dios por la prosperidad del monarca que, desde su lejano trono, cuidaba que el beneficio de sus providencias alcanzara también a los muy amados y leales vasallos de sus dominios de las Indias.

DIAS DE TRANSICION

Algo insólito sucedía en la muy noble y muy leal ciudad de Buenos Aires.

Varios vecinos se agrupaban curiosamente frente a un bando fijado en paraje visible, y con las narices al aire y el ceño fruncido, como quien olfatea cosas desagradables, procuraban descifrar los enigmas del solemne mandato virreinal. Y alguien que en aquel grupo hacía alarde de letrado, comentaba con gestos, sin palabras, las terminantes resoluciones que tampoco él podía leer, pero que no ignoraba por haberlas oído cuando el nuncio pregonero, a compás de cajas de guerra batidas, había salido de la real fortaleza para darlas a conocer.

Los que le rodeaban, ansiosos de noticias, miraban al bando — de letra muerta para ellos — miraban al presunto lector que nada les decía y, no sabiendo qué otra cosa mirar, se volvían unos a otros interrogándose. Puesto en aprietos el supuesto letrado, salió del paso atropelladamente:

—¡Cosas abominables! ¡Cosas contra la ley de Dios! Ya no habrá caridad...

Y asustado de su audacia contra la autoridad y del murmullo reprobatorio de aquellos mansos vecinos, se escurrió de prisa para perderse por las calles casi solitarias.

No faltó un chusco que, imitando el tono proverbial con que en otros tiempos pregonaba el negro Pascual la venta en subasta de los puestos públicos, le dijera socarronamente:

—Véndete a Mandinga, embustero, y "que buena, que buena y verdadera pro le haga".

Allegóse en eso un hombre mozo, de ademanes desenvueltos y cuya palabra, de atenuado acento español, denotaba al criollo. Sin vacilaciones, con el entusiasmo de un tribuno, leyó el texto del bando a los ignorantes que le rodeaban, silenciosamente pasmados de que el virrey prohibiese la limosna que se pedía y se daba "por el amor de Dios".

—¡Ya no habrá caridad! — murmuró de nuevo alguien que, medrosamente, se alejó...

—Ya no habrá pordioseros: habrá asilados que vivirán de su trabajo; protegidos de la sociedad que disfrutarán de los auxilios que los liberten de mendigar...

La palabra calurosa del criollo que hablaba quedó sin oyentes. Temerosos de escuchar arengas briosas que pudieran complicar sus vidas anodinas, esquiváronse prudentemente. Era gente del pueblo, acostum-

brada a dar y oir opiniones a la sordina, entre miradas de soslayo y sobresaltos delatorios.

Al ver aquel desbande, consecuencia de la firmeza de sus opiniones, rióse de buena gana el lector del bando y con paso ligero cruzó la Plaza Mayor caldeada por el sol de noviembre. A poco andar llegó a la morada de don Francisco de Zúñiga y Valdés, casa de macizo portal, que le fué franqueado familiarmente, por un viejo y negro esclavo.

—¿Ha vuelto mi padre, Manuel?

—Sí, amito... Con mi ama y con fray Agustín está.

—¿Llegó de buen talante?

—Ceñudo llegó el amo... ¡Mal acabaremos el día!

El desaliento agobió la gallarda cabeza del joven. Cruzó con lentitud los dos primeros patios de la casa paterna, aromados con los rosales que formaban marco a las puertas y la madreselva en flor pegada a los muros. ¡Ah, la vida ingrata y desmayada que era necesario vivir detrás de esas cortinas floridas! Bajo las rigideces del respeto y de las costumbres, languidecían los afectos y la ventura parecía escurrirse y perderse entre las sombras de los tapices de brocado carmesí, intimidada por el recogimiento casi ascético de los dueños de la casa, o detenida por los inexpresivos retratos de antepasados varones: oidores y regidores, cuyas figuras se destacaban en el fondo de los colores bituminosos.

Allí estaría su madrastra, joven y delicada; inactiva en su ocupación eterna de dejar correr las cuentas cinceladas del rosario de marfil, mientras los labios musitaban oraciones y la mirada se perdía quién sabe tras qué ensueños, que no respondían siempre a las piadosas palabras de sus rezos, ya que el hijo mozo sorprendió más de una vez en sus ojos vislumbres de fiebre y asomo de lágrimas. Casi niña había llegado a ese hogar enlutado, trayendo consigo su gracia lozana. Día a día amenguó su regocijo vibrante de criolla, y la ráfaga alegre con que rejuveneció la casa se resolvió en sumisiones resignadas y en tristes y largos mutismos que denunciaban alguna pasión de ánimo.

Ceñudo había llegado el amo... Grave y hermético era por lo común el trato de aquel caballero de edad provecta; pero su nueva y áspera condición acentuábase con las repetidas novedades que "las providencias generales de gobierno" del virrey Vértiz imponían a la capital para dotarla de una legislación más sana e higienizarla moral y materialmente. El aplauso de la buena sociedad, ansiosa de mejoramientos, alentaba al ilustre gobernante. Empero, un grupo rancio y linajudo, acostumbrado a las prebendas, aferrado a prejuicios y rutinas, veía en la nueva ola de progreso el hundimiento de sus fortunas y privilegios.

A ese grupo pertenecía el padre del joven Alonso de Zúñiga y Salas, heredero de un apellido aristocrá-

tico y de una fortuna casi exhausta, sin esperanzas de reparación.

Bajo la opulenta magnolia que entoldaba el segundo patio, sentóse nuestro joven en una mecedora de jacarandá, deseoso de soledad y de respirar aquel aire saturado de aromas, antes de la reunión familiar y obligada al toque de oración.

Sacó de su bolsillo, para acariciarla, una cinta azul perfumada, favor que Carmencita, la niña de los Guzmán, le hiciera llegar clandestinamente por intermedio de una mulatita quinceañera. Aquel mediodía, ésta había dejado asomar, a través de las rejas de la quinta, su mano cetrina engalanada con el obsequio que Alonso obtuvo sin poder interrogar a la emisaria, pues, temerosa de ser vista y delatada, huyó por entre las rosas y los arbustos del jardín inundado de sol.

Sabía, sin embargo, que era inútil soñar con la dicha y el amor. La niña de Guzmán, bajo la presión y las amonestaciones de sus directores espirituales, sumisa a la tiranía paterna, no endulzaría la vida del hombre joven que, sin fortuna y sin porvenir, había osado enamorarla. El caballero español de campanillas que la cortejaba, presto o tarde la haría su esposa. Y Carmencita llevaría al hogar su virtud cristiana y la nostalgia de su ensueño frustrado. Para él la desesperación, un destino oscuro, o los hábitos religiosos que su padre quería imponerle y que eran, en verdad, el único porvenir posible para su situa-

ción híbrida de americano, hijo de una familia aristocrática sin sólida fortuna.

Guardó con miramientos la presea de amor, a tiempo que un niño como de cuatro años, único hijo habido en las segundas nupcias de su padre, acercósele bulliciosamente y, sin reparos, trepóse sobre sus rodillas y le abrazó. Llegaba del patio de los esclavos, seguido de una negra dos veces esclava: por su condición de sierva y su amor al niño que amamantara. Contó éste a su hermano una borrosa y pintoresca historia de ciertas tortas robadas por el negro Ramón, charla graciosa en la que mezclaba con irreverencia los nombres de San Antonio y de Mandinga. Era la cosecha espiritual de su permanencia en el patio de los esclavos, lugar preferido para su recreo.

Alonso de Zúñiga puso sus labios sobre la frente del niño y, cual si besase un porvenir deseado, murmuró:

—¡Feliz tú, que vivirás días mejores!

Tomó al niño en brazos y, acompañado de la esclava predilecta de los amos, fué en busca de éstos para la oración de la tarde.

Junto al salón de los estrados se detuvo. Hasta él llegaba la voz airada de su padre y la réplica dulzona, atizadora, de fray Agustín.

—...Fundar un hospicio para mendigos ¡sea en buena hora! Mas prohibir que se dé limosna es atentatorio contra la piedad cristiana.

—Bien discurrido, bien discurrido...

—La dádiva con que se favorece al pobre es un acto voluntario de acuerdo con la conciencia, fray Agustín... Y es contra la conciencia que atenta, pues, el virrey.

—Verdad es. La mano que se extendía para pedir por el amor a Dios no dañaba a nadie...

—Y la mano que se alargue ahora ante ese acto de humildad será multada. Eso es matar la caridad cristiana... ¡Multar la dádiva callejera es negar el valor de la virtud ejemplar de San Martín, el patrono de la ciudad! El virrey abusa de sus derechos y nos quita los nuestros. Ha reducido poco a poco las atribuciones del Cabildo...

Lentas campanadas esparcieron sus vibraciones con el toque de oración. La solemnidad de la hora detuvo el gesto agrio y las palabras amargas del señor de Zúñiga y Valdés. Su silenciosa mujer abrió la puerta para recibir al niño. Alonso y dos viejos esclavos, que gozaban de ese privilegio, corearon con los amos y fray Agustín los rezos de la tarde. Luego besó el joven la mano de su madrastra y pidió, antes de retirarse, la bendición a su padre, cuya severa contestación le heló el alma.

—¡Qué Dios te encamine hacia los deberes que con El tienes!

Al inclinarse ante fray Agustín vió brillar en sus ojos la suspicaz intención de sus palabras:

—Poco acudes al confesionario, hijo. Tu fe se debilita... Huye de las tentaciones falaces...

Ansias de expansión y de ternuras contenidas distendiéronse en el gran abatimiento que sobrevino al joven cuando en su alcoba, a la luz poniente de aquel día primaveral, meditó sobre sus angustias y desesperanzas. Buscó el cofrecito de sándalo que guardaba sus reliquias sentimentales y en él depositó devotamente la cinta azul de su amada.

La pluma de ave recortada en aguda punta ofrecíase, desde un escritorio portátil, a la confidencia íntima que había de volcarse en cierto cuaderno con tapas de pergamino, extraído de un cajón custodiado por seguros cierres.

Con letra pulcra y morosa libró la opresión de su alma en el abreviado relato de aquel día cuyas emociones parodiaban, en síntesis, toda una época de transición histórica:

"En un mensaje de amor he sentido el grito de agonía de la dicha que ha de sacrificarse necesariamente al interés y a la voluntad tiránica.

"En los nuevos mandatos del ilustre virrey que fija su mirada en los pobres para librarlos del oprobio de la mendicidad y dignificarles la vida por el trabajo, he vislumbrado las claridades anunciadoras de futuras y más grandes regeneraciones.

"En un niño he visto al hombre de mañana que gozará de esas venturas cuyo albor ya divisamos y que luchará por conservarlas.

"En el egoísmo y los prejuicios de un rancio se-

ñor he apreciado los errores y el encerramiento de una época que caduca y se defiende.

"Y en mis rebeliones silenciosas, en mis desalientos, en mis anhelos estériles, ¡Dios mío!, veo al hombre de las transiciones con el grillete del pasado que le impide avanzar hacia las sendas luminosas que le atraen, que le atraen... ¡Benditos años los de las transiciones, que elaboran y prometen tantas cosas buenas, mas ¡ay! de los hombres que los viven!..."

Sobre el cofre de sándalo que sólo guardaba flores secas y un lazo azul, Alonso de Zúñiga y Salas posó la juvenil cabeza vencida antes de luchar.

CASTA LEONINA

Un juramento nada edificante se oyó junto a cierta "reja volada", de aquellas que antaño estorbaban el paso en las aceras de Buenos Aires.

El transeunte que en la oscuridad de la noche había tropezado con la reja, llevaba prisa al parecer; pero se detuvo asombrado, porque a su impía exclamación respondió una voz apagadísima de mujer:

—¡Luis! ¡No blasfemes así!

Aquello era inaudito. Había sonado, una hora atrás el "toque de queda", a cuyas campanadas las personas razonables se encerraban en sus casas y confiaban éstas a sólidos cerrojos. Si temerario era que un hombre se expusiera a las 10 de la noche al riesgo de andar por las calles sin linterna y a solas, más lo era aún que una mujer velara en invierno tras una de esas rejas, expuesta a ser sorprendida y vituperada.

Sólo el amor o el odio podían dar tanto ánimo. Así lo creyó el transeunte. Y como él no se llamaba Luis, ni podía esperar palique en aquella mansión

de los Arellano, hízose a un lado vivamente y, bien embozado y en la sombra, se adosó al muro para sorprender la aventura que barruntaba. Mal caballero había de ser, si lo era, quien sin ser llamado en ajenos líos se mezclaba.

Larga parecíale ya la espera, cuando oyó el paso presuroso de otro hombre que, con la seguridad de quien sabe que se le espera, se detuvo ante la ventruda reja de Vizcaya de la casa de Arellano, y golpeó ligeramente sus barrotes con una varilla de metal.

Una vela de baño encendida pasó por el postigo apenas entreabierto, y su llama iluminó el rostro del recién llegado, que no esperaba seguramente esa indiscreción, a juzgar por su manifiesta contrariedad.

—¡Qué imprudencia, Inés! Esa luz puede delatarnos... Y de un soplo mató la llama.

—Necesitaba cerciorarme de que eras tú quien se detenía — respondió una voz apagada y femenina. — Por no haberlo hecho antes casi he entregado tu secreto a un transeunte... ¡Qué hora de espera tan angustiosa ha sido esta, Luis.

—¡Quiera Dios proteger nuestra causa, en gracia a sus ideales y también a tus sacrificios, Inés! Bien desearía escuchar largamente tus quejas, tus esperanzas y cuanto quisiera yo saber y que sólo tú puedes relatarme... Pero es necesario que abreviemos esta ocasión de hablarnos, tan llena de riesgos para

tí... Inés, ¿tienes en tu poder la proclama dirigida a nuestros hermanos de Lima?

—Sí, Luis. Tres ejemplares se han escrito, y en las manos de tres patriotas se pondrán. Aquel que llegare primero a Lima deberá difundirla por todos los medios que tuviere a su alcance y tan rápidamente como fuere posible. El secreto de su procedencia es la consigna por la cual han de sacrificar hasta la vida en caso necesario. Recíbela. A tu lealtad queda confiada...

Un pliego fué puesto al alcance del que ya había aceptado la comisión de llevarlo a su destino y esparcir sus palabras sediciosas, según algunos; vibrantes de justicia para los que vieron en ellas la expresión del ideal americano.

—¿Y nuestra madre, Inés? ¿Siempre silenciosa y santa...? ¿Sabe mi presencia en Buenos Aires?

—Ni aun a ella me he confiado para no comprometer tu tranquilidad... ya que no tiene alegría desde que tú te alejaste. Caviloso y enconado sigue nuestro padre. Sólo yo logro ahuyentar sus penas. ¡Pobre padre! ¡Si supiera cómo te secundo a tí...!

—¡Calla, hermanita! Me enternece oírte, y cualquier debilidad puede malograr muchos sacrificios ya consumados.

—¡Animo Luis! Y para que no te falte ni un momento, sabe que ese pliego lo he recibido de manos de Mercedes en la tertulia de los Sarratea. A ella lo confió su hermano y de su seno pasó al mío. Lleva,

pues, la bendición de las dos mujeres que, después de nuestra madre, mejor te quieren en el mundo.

El joven Arellano besó el pliego cuyo contenido no conocía aún.

—¡Adiós, Inés! — dijo. — Que Mercedes sepa cuán sagrada me es ahora la misión que ella también ha hecho suya. Dile el amor y la fe que le guardo... ¡Dios las bendiga a ambas!

Y resueltamente, con el arranque de los que se defienden de sus emociones, se alejó de la reja para perderse en la oscuridad de la calle.

A poco, se desprendió del muro el hombre sin escrúpulos que pretendió sorprender el secreto ajeno y, cautelosamente se deslizó en seguimiento del que suponía un galán vulgar. Su despecho fué grande, pues, cuando, sin saber cómo, aquél se le hizo humo. Insatisfecha la curiosidad, porque si asistió a la escena de la reja poco pudo recoger del diálogo sostenido en apagadas voces, y defraudado de nuevo en su espionaje, murmuró con rabia, mientras se alejaba. — ¡La orgullosa Inés! La que ha desdeñado a más de un gallardo español... concede coloquios ¡sabe Lucifer a quién!... entrega pliegos... maneja entuertos... ¡Ah, doña Inés, menos falsía y más virtud!

Y sin detenerse a considerar que el hijo prófugo de los Arellano se llamaba Luis; deseoso de estar en lo cierto y de haber sorprendido a la altiva joven en una falta que pudiese desdorar su fama

de mujer recatada, siguió calle adelante con el decidido propósito de causar daño sin beneficio alguno, por el placer de darlo.

Sentado en un sillón frailuno, con un libro de meditaciones en la mano, se dejaba estar en su alcoba don Lucas Arellano. Aunque su intención era leer y ocupar así las para él tediosas horas de la siesta, durante las cuales el sueño no le tentaba de unos meses a esa parte, era visible que otras preocupaciones absorbían su pensamiento y le avinagraban el ánimo. Sobrábanle razones, por cierto. El Cabildo, a cuyo cuerpo estaba vinculadísimo, no recuperaba la consideración e influencia que tan malamente había comprometido en los desgraciados sucesos del 1º de enero de ese año; turbia estaba la situación en España y no menos turbia sospechaba él que estaría pronto la de Buenos Aires. Presentía efervescencias políticas... cambios definitivos... Y luego, aquel hijo, el primogénito, educado en el más profundo respeto por la monarquía y por la voluntad paterna; aquel hijo del cual estuvo tan orgulloso en mejores días por la circunspección de su conducta y que, de buenas a primeras, se había permitido tener ideales americanos, levantiscos, y aún propalarlos hasta que la reprobación paternal, muy parecida a una maldición, le expulsó del hogar.

El paradero desconocido del hijo ausente; la tristeza sumisa de doña Isabel, su mujer, la cual desme-

recía en su salud desde la partida de aquél; el porvenir de Inés; el menoscabo de su influencia de español... En todas esas cosas cavilaba don Lucas Arellano, sin volver las hojas de su libro de meditaciones. No estaba, pues, el horno para bollos y muy propicio, si, para madurar sospechas y magnificar agravios.

Quiso, sin embargo, don Lucas distraer sus penas y aprovechar las pocas horas de sol que aun quedaban de aquel día de junio, dando cumplimiento a cierta visita de cortesía.

Con ese propósito disponíase a trasponer los umbrales de su casa cuando, cual si hubiera estado en su espera, se le apareció un desconocido, no mal entrazado, con el embozo alto, y sin ceremonias, le entregó una esquela:

—Reciba vuestra merced este mensaje en buena hora, díjole el importuno.

—¿De quién procede?

—De un amigo.

—Demos satisfacción al amigo, repuso don Lucas, tomado de sorpresa. Volvióse atrás, se guareció en el zaguán de la casa, caló las gafas, desplegó la esquela y leyó pausadamente, sin advertir que el mensajero, lejos de esperar respuesta o el saludo de rigor, se escurrió tan ligero como pudo.

El malhadado mensaje contenía esta delación maligna y breve: "Hace escarnio del honor de vuestra merced y de su propia fama, la doncella que ano-

che, después del toque de queda, debido a la turbación de la cita con un galán callejero, dejó por descuido una luminaria caída junto al postigo de la reja volada. Vea la prueba el padre; dé crédito al que fué testigo casual, y vigile mejor el recato de su hija Inés".

—¡Impostor! — gritó don Lucas, lívido de indignación. — Mas cuando quiso increpar al mensajero y se dió cuenta que éste había aprovechado lo atento de su lectura para poner pies en polvorosa, con un gran esfuerzo dominó sus impulsos, a fin de no avivar la taimada curiosidad del esclavo que había acudido con objeto de cerrar el portal así que se lo ordenase su amo.

Descendió éste a la acera y, como quien pasea la calle, observó la reja en cuestión. Grande fué la sacudida que experimentó al ver que, efectivamente, junto al postigo estaba la vela de sebo y uno que otro rastro de ella en el alféizar y en las maderas de la ventana.

—La maldad puede haber colocado de intento esas señales... pero puede también gozarse en delatar verdades afrentosas. Averiguarlo es lo que me compete... — monologó el de Arellano.

Con mucho empaque, muy dueño de sí, volvió a entrar en su casa, y, sin dilación, llamó a capítulo a su mujer, la sumisa doña Isabel que en el hogar representaba la resignación, la debilidad, el quebran-

to y a su hija Inés, la altiva joven, ufanía de su padre por hermosa, por fuerte y por leal..

Ante don Lucas, ambas comprendieron que en el ánimo de éste había tempestad, pero sin sospechar, por cierto, su magnitud.

Contra su costumbre, el caballero permaneció en pie y, sin ambages dijo con la voz hueca por la emoción:

—Me asisten pruebas para asegurar que mi hija ha tenido anoche la liviandad de dar cita a un aventurero, a un galán de la calle, guarecida bajo mi techo y tras las rejas de mi honrada casa...

—¡Padre!... ¡Un aventurero de la calle, no! gritó Inés, vibrante, herida por la afrentosa sospecha con que se la salpicaba, roja de vergüenza por el ultraje hecho a su decoro.

La verdad le hormigueaba los labios; pero el recuerdo de su hermano que, junto con otros jóvenes patriotas, se había confiado a su discreción y a su grandeza de mujer, retuvo su defensa. Y arrepentida de haber dejado traslucir tanto en su exclamación, se agobió como si fuera culpable y buscó, con desvarío, los ojos de su madre.

Sin perder su actitud pasiva, ésta la animó con una mirada transparente de gratitud y aprobación. Inés comprendió que la intuición materna había penetrado el secreto que se le escapaba al enojo del padre.

—Aventurero, sí — prosiguió éste — y aventurera la que le da oídos y traiciona el sueño descuidado de sus padres... No te has atrevido a negarlo, Inés.. Más que protesta ha sido la tuya una defensa... ¿Confiesas pues...?

Inés, abatida, calló.

—¡Descastada como tu hermano! — rugió don Lucas. — ¡Ah! No ha de cumplirse, no, tu torcida voluntad, ni has de vivir tampoco en esta honrada casa... Prepárate para la penitencia. La vida religiosa mejorará tu mala índole; tu reclusión en un convento te salvará de liviandades...

Hubo que ver entonces a doña Isabel alzarse, crecer de talla y enfrentarse rígida a su marido, que, estupefacto retrocedió ante su actitud y sus palabras.

—Las mujeres de mi casta — exclamó — no son livianas ni perjuras. Respeta a mi hija, Lucas. Si ella no lo niega y es verdad que ha hablado anoche con un hombre sin permiso de su padre, culpa es de tus intransigencias. Por alguna causa grande y algún sentimiento bueno se ha conducido así... Juro que Inés no saldrá de nuestra casa si no es para ser feliz. Que si a tanto como dices te atrevieres, su partida, aun cuando fuese para un sagrario, señalará la última hora de mi vida... El hijo que expulsaste triunfará porque es varón de mi casta. Conozco su corazón. Pero mi hija, porque es mujer de mi casta, sucumbiría al dolor y a la afrenta...

Y abrió sus brazos enflaquecidos pero fuertes. En ellos se refugió Inés sollozando.

De las pupilas maternas, enjutas y brillantes, partía un fluído de demencia o de resolución tan formidable, que el prepotente señor de Arellano, tembló. No conocía aquella condición leonina de su mujer. Y fué él quien abandonó la estancia, a pasos lentos, bajo la trágica mirada de doña Inés.

Tres meses transcurrieron sin que la paz aparente se turbara en el hogar de don Lucas Arellano. Vida retirada se hacía en aquella casa. La resignada mansedumbre de doña Isabel, manteníase sin alteraciones; el donaire y la afable condición de Inés procuraban poner olvido a los pesares de sus padres. Dolíase la joven de no haber recobrado la confianza de don Lucas, pero tranquilizábala algo el hecho de que jamás volvió aquél a ofenderla con nuevas acusaciones.

Don Lucas seguía malhumorado y caviloso; nuevas razones sumábanse a las de antes. El nuevo virrey parecíale demasiado contemporizador; puño de hierro hubiera querido verle esgrimir en vez del gesto dulzón con que difería o tomaba resoluciones... Cada día pensaba más en el hijo ausente, tan resuelto y veraz. En el fondo de su corazón le admiraba.

Cierta tarde de los últimos días de septiembre, recibió la visita de un su amigo, don Alonso Carbajal, bienquisto del virrey.

La converasción, muy confidencial, rodó sobre la proclama de Cisneros en la cual exhortaba la reconciliación de los partidos y perdonaba a los sediciosos del 1º de enero de 1809. Don Lucas no guardó mesura:

—El virrey se pierde — exclamó con ardimiento. Sus blanduras son el hazmerreir de la gente joven y ambiciosa... Esa proclama es timorata...

—Paréceme que es hábilmente conciliadora — interrumpió el amigo. — Así lo creemos los allegados al virrey.

—Pues de lejos suelen verse mejor los defectos, don Alonso.

—Y ¿cómo hubierais deseado que se procediera?...

—Más rotundamente, por cierto: indultando a los desterrados, como un acto de gobierno lícito y sin dar explicaciones a un pueblo que no ha de convencerse, pues ya está muy sobre sí, o manteniendo el castigo por necesario. Mas, esos paliativos... esa empalagosa retórica... esa terneza en las palabras...

—¿Sois, pues, partidario de las proclamas terminantes y recias?

—Bien decís.

—Ha de interesaros mucho, entonces, la que era mi intención poner hoy en vuestra mano. Es copia de aquella que fué propalada en Lima y que don Joaquín de Molina ha enviado al virrey para su conocimiento. A fuer de buen amigo, quiero que la conoz-

cáis... pues parece que ha sido vuestro hijo quien con más ahinco la ha difunddio allí.

—¿Y ha sido castigado por ello Luis? — preguntó don Lucas sin disimular su angustia.

—No ha sido hallado... ni sus compañeros...

El de Arellano, trató de aparecer impasible al leer la copia de la proclama, a todas luces sediciosa, y enviada a Lima desde Buenos Aires, en el mes de junio.

Aquello sí, era brío, decisión, valor. El impenetrable semblante de don Lucas no dejó trasparentar la admiración que, a su pesar, le inundaba, al leer párrafos como éste:

"Americanos: no hay ya pretextos para excusar nuestra apatía: si sufrimos más largo tiempo las vejaciones que nos destruyen, se dirá con razón que nuestra cobardía las merece: nuestros descendientes nos llenarán de imprecaciones amargas, cuando mordiendo el freno de la esclavitud que habrán heredado, se acordaren del momento en que para ser libres no era menester sino el querer serlo..."

—Leoncillos que amenazan ser leones nos han resultado nuestros hijos — dijo con naturalidad el señor de Arellano a su amigo al devolverle el pliego.

Quedóse desorientado el valido del virrey. Casi aprobatorio le pareció el comentario, siendo que él esperaba la más terrible indignación. Se despidió, pues, con tibia frase, no sin hacer antes esta advertencia:

—Casa que tal hijo ha formado, no puede, señor de Arellano, ser grata al virrey ni a sus adictos.

Recibió el aviso don Lucas con mucha serenidad. Y al quedarse a solas se admiró que no hubiese cólera en su corazón contra aquel hijo sedicioso.

Con paso mesurado llegóse al patio de su casa, embellecido por la promesa primaveral de las plantas que lo adornaban. Retenida en él por la tibieza de la temperatura, Inés, sentada en una silla enana, ocupábase en terminar una labor labrada en tela, sobre la cual copiaba primorosamente el dibujo de las hojas arrancadas a las enredaderas que hacían marco a su juventud.

Miró don Lucas aquella tranquila belleza, genuina del consorcio de su raza y de esta tierra, y, enternecido, acercó a la joven una mecedora y se sentó a su lado.

Inés, por lo inusitado del hecho, se inmutó. ¡Oh, si su padre provocase una confidencia que ella encaminaría a destruir mortificantes sospechas! Ya había cumplido Luis la arriesgada misión que se le encomendara, y lo que fué un secreto era una comidilla pública. Podía, pues, hablar...

Su padre le ahorró preámbulos. La tomó suavemente de las manos con un poco de temblor en la voz:

—Inés: por el amor que siempre te he guardado, contéstame sin temores: ¿fué Luis el hombre a

quién atendiste aquella noche de julio tras la reja volada?

—Sí, padre; de mis manos recibió la proclama que se propaló en Lima.

—¿Y qué es de él y de sus compañeros, ahora?

—Están en salvo... y más animosos que nunca.

—¡Hijos míos! — exclamó el señor de Arellano — ¡Dichosos de vosotros que tenéis ideales!... Perseverad en ellos... y que sea para bien.

Luego, con tristeza, agregó:

—Hazle saber a Luis mi creencia de que es él quien está en lo cierto... El dominio de sus antepasados caduca, y su padre también claudica... Es él, sí, quien debe recoger la hombría de mi nombre.

Y sin que el mimoso ademán de Inés consiguiera retenerlo, el señor de Arellano se alejó a su alcoba, donde pudo, por fin, recogerse en la lectura de su libro de meditaciones.

EL TRIUNFO DE UNA BUENA INTENCION

Tomás y su amito

¡Días de fuertes calores aquellos del mes de Diciembre de 1820!

—¿Qué será de nosotros a mediados de Enero y en Febrero? ¡Nos achicharraremos! — oía decir Josesito a las personas mayores.

Pero el niño, de puro contento, ni siquiera sentía el calor. Faltábanle muy pocos días para cumplir siete años; tan pocos, que podía contarlos con los dedos. Y esa era la causa de su regocijo. Además, su cumpleaños era el primer día de enero y, si otras veces su familia había celebrado la fecha, esta vez el regocijo sería mucho mayor porque él cumpliría siete años.

Un poquitín de miedo le asaltaba a veces, sin embargo. De un tiempo a esa parte, los mayores le decían con frecuencia, siempre que se encaprichaba o cometía alguna travesura:

—¡Cuidadito! Acostúmbrate al bien, porque cuan-

do cumplas siete años tus pecados valdrán... Tendrás que confesar cada semana. ¡Ya no podrás portarte así!

En cambio, ¡le habían prometido tantas cosas buenas!

—¿Cuándo podré ir con usted a "misa de una"? — preguntaba a su madre. — (En aquel tiempo los hijos no tuteaban a sus padres. Hubiera sido eso una gran falta de respeto).

—Cuando cumplas siete años.

Y otras veces:

—¿Cuándo me enseñarán a leer?

—Cuando cumplas siete años.

—¿Cuándo me permitirán ir a la bajada de los mercedarios, para bañarme en el río?

—Cuando cumplas siete años. Entonces podrás zambullirte a tu gusto, a la caída de la tarde, cada vez que tu madre y tu hermana vayan — decíale su padre.

Esta última promesa era la que más le entusiasmaba.

—¿Y el mismo día que cumpla siete años podré ir?...

—Sí, hijo. Irás...

Otra concesión esperaba obtener Josesito; pero esa no la pediría sino cuando llegase el ansiado aniversario, para que no se la negaran. Deseaba asociar a sus alegrías al negrito Tomás — hijo de una criada que había sido esclava de su familia — y

que también cumplía siete años, precisamente un día después de Josesito. A ese niño nadie le recordaba las obligaciones y cuidados que le exigirían sus siete años; pero tampoco le prometían diversiones ni recompensas. Para el pobre Tomás la llegada de su próximo aniversario hubiera pasado inadvertido, si Josesito, que lo quería de todo corazón, no se empeñase en recordarle la posibilidad de que la vida también se embelleciera para él con la entrada del año nuevo.

Sentados los dos niños bajo el naranjo del segundo patio, después de haberse fatigado en correr por el quintón, solían conversar animadamente.

El negrito abría los ojos, ilusionado, al escuchar los aspavientos y los elogios con que Josesito hablaba del balneario. Había estado allí el niño una sola vez y guardaba de aquel paseo el más regocijado recuerdo.

—¡No sabes lo lindo que es ir a la ribera...! Tú podrás llevar el farolito o la estera y mama Justina (así llamaban a la madre de Tomás), que es tan buena, cuidará la ropa cuando, después de la puesta del sol, se zambullan las señoras... Y nosotros jugaremos en el "verde" o entre las toscas. Cerca hay un tambo. Si me dejan tomar leche allí, te convidaré, aunque sea a escondidas...

Tomás palmoteaba de contento y, a su vez, hacía proposiciones:

—Aprenderemos a hacer "galletas" para divertirnos...

—¿Galletas?...

—Sí, amito. Solía contar tata que, cuando él era joven, se entretenía en hacer un nudo ciego en la ropa de los que se bañaban y no tenían quien les cuidara las prendas... A eso le llaman hacer "galletas"... Y contaba que se reía mucho, cuando, escondido entre las toscas, alcanzaba a ver cómo se desesperaban los bañistas porque no podían deshacer los nudos. Eran travesuras, amito... Cuando nosotros seamos grandes aprenderemos a hacer "galletas", ¿verdad?

Y àquellos dos niños hacían, con la misma facilidad, castillos en el aire, cuya realización esperaban dentro de pocos días o de muchos años. Perpetraban travesuras para fastidiar al prójimo con toda tranquilidad de conciencia, sin que eso les impidiera caer de rodillas cuando, al atardecer, en lo mejor de sus proyectos, sonaba el "Angelus", ese toque de oración tan respetado en otro tiempo, cuyas lentas campanadas hacían que todos, mayores y pequeños, se prosternaran para santiguarse y aun rezar salves y avemarías.

El secreto de Nieves

Varios acontecimientos que emocionaron mucho a Josesito, se sucedieron en los pocos días que faltaban hasta el año nuevo.

Una tarde llegó un criado cargado con una gran caja. Nadie permitió que el niño viese su contenido; pero él supuso que encerraba alguna sorpresa muy agradable porque su hermana Nieves, graciosa jovencita, linda como una imagen y más buena que linda, se alegró mucho al recibir en sus manos la caja y dijo entusiasmada:

—¡Verá usted, madre, qué bien sabré disponerlo todo!

Y durante dos días, Nieves, tan complaciente otras veces, no permitió que su hermano entrase en el oratorio, pequeña habitación donde habitualmente las manos de la joven cuidaban un primoroso altar en el que se veían, sobre manteles de encaje y entre vasos con flores naturales siempre frescas, varias imágenes de santos y una Virgen del Carmen muy bella, protegida por un fanal.

Josesito no podía vencer su curiosidad. Como de costumbre, hizo de Tomás su confidente y, juntos, resolvieron burlar la prohibición de entrar en el oratorio. Y esa misma tarde, mientras la familia agasajaba a unas visitas y se servían panales en agua, los dos niños se colaron, sin ser vistos, en el oratorio.

Jamás había entrado el negrito en ese recinto. Y se quedó maravillado, inmóvil.

—¡Ooooh!...

Su manita oscura señaló el altar y no tuvo ojos sino para mirar a la Virgen. Dos cirios encendidos

hacían que se colorease y brillara el cristal convexo del fanal, dentro del cual la imagen aparecía como si estuviese encerrada en un inmenso y límpido diamante.

Habituado Josesito a contemplar el altar, no fijó en él su atención y buscó el objeto de su curiosidad.

—¡Ooooh! — exclamó a su vez. — Y corrió a un ángulo del salón donde, sobre una mesa, se extendía un mundo de pequeñas figuritas, nunca vistas en su casa y siempre deseadas, desde que había oído contar a su madre lo hermosos que eran algunos Nacimientos.

—¡Mira, Tomás! ¡Un Nacimiento! Mira el pesebre, los pastores, los Reyes Magos, el niño...

¡Inútil enumeración! El negrito tenía los ojos prendidos en el altar.

Mas, de pronto, los dos niños, con el fino oído de los que se creen culpables, oyeron un ruido cerca de la puerta que daba a una habitación y, temerosos de ser sorprendidos, escaparon por la que daba al patio y fueron a sentarse bajo el naranjo, muy quietitos, como si fueran un par de inocentes.

—¡Esa era la sorpresa que preparaba Nieves! — dijo, al fin, Josesito. — ¡Verás qué lindo parecerá el Nacimiento cuando enciendan todos los cirios del oratorio! Hay un lago hecho con un espejito. ¡Lo he tocado! Los Reyes Magos están arrodillados frente al niño... ¡Tonto, tú! ¡No haber mirado!...

Efectivamente, nada de eso había visto Tomás.

Abría, ahora, ojos tamaños como si quisiera ver lo que describía Josesito.

—Y ¿cuándo lo iluminarán? ¿Cuándo nos dejarán verlo?

—¡La Nochebuena! Mañana, pues...

Una imagen milagrosa

Al día siguiente, desde temprana hora, comenzó mama Justina a preparar dulces y postres. Y a fin de que los niños estuviesen sosegados, les pidió que le ayudasen a limpiar de cabitos y semillas las pasas de uva que darían su dulzor al monumental budín que ella debía aderezar.

Entreteníase cada cual en su faena, cuando un grito de dolor se oyó en la casa. Corrieron todos hacia el oratorio, de donde había partido, y vieron a Nieves tendida en el suelo, pálida como el ramo de azucenas que conservaba en sus manos.

La niña, que había querido engalanar con flores y palmas las alturas del altar, perdió pie al encaramarse y cayó, causándose mucho daño.

Consternáronse todos. Los quehaceres se suspendieron. Fué preciso reclamar asistencia para la niña, que se quejaba sin poder tenerse en pie.

Al atardecer, alguien dijo que la enferma "volaba de fiebre" y que se había fracturado un pie.

Mama Justina no se apartaba de la alcoba de Nie-

ves y el amo ordenó que se encendieran dos cirios en el altar del oratorio. Después reunió a la servidumbre y pidió que todas las mañanas, antes de comenzarse las tareas matutinas, se reunieran en el oratorio amos y servidores, para rogar juntos por la salud de la niña.

Tomás oyó esto: —¡En el oratorio! — se dijo. — Y quedó pensativo largo rato, como si una idea muy grande le absorbiera...

Pasaron cinco días angustiosos. Nieves no mejoraba. En la casa se oían lamentos y todos andaban de puntillas, abatidos.

Bajo el naranjo se reunían, a veces, los dos niños, pero ya no ideaban travesuras. Lloroso Josesito refería lo poco que lograba averiguar. Y Tomás, que tenía una idea atormentadora desde que el amo ordenó las rogativas matinales en el oratorio, se atrevió a confiársela a Josesito.

—Yo sé, amito, por qué no sana la niña Nieves... Porque en el altar no está Santa Rosa bendita... esa Santa Rosa chiquita... la que tiene mi madre sobre su cómoda... Lo que se le pide a esa imagen se consigue... porque es una santa americana... porque es la Patrona de la Independencia y... porque así lo dice mi madre. ¡Y no está en el altar!

—¿Y si la pusiéramos?...

—No la dejarían allí. Es una imagen vieja, sucia... Una de las rosas de la coronita está rota... Y además, he oído decir a mi madre que por nada del

mundo dejaría que la sacasen de la pieza donde duerme su hijo... y el hijo soy yo.

—¿Y si la sacáramos sin que ella lo supiese?

—Lo sabría. Todas las noches, después que me acuesta y antes de irse a velar a la niña, le reza un ratito a su Santa Rosa. Notaría su falta.

Josesito quedó pensativo a su vez.

Y nuevamente el naranjo oyó sus proyectos.

—Escúchame. Tomás. Tú podrías, a media noche, cuando todos te creen dormido, llevar la Santa Rosa al oratorio y esconderla detrás del fanal de la Virgen... Nadie la verá, pero ella estará allí para recibir los rezos de todos, por la mañana... Después, en un descuido, yo te la devuelvo al otro día y tú la colocas de nuevo sobre la cómoda, ¿eh?... Y a la noche siguiente haces lo mismo... y siempre, hasta que Nieves sane, ¿quieres?

¡Vaya si lo quería Tomás!

Cuando todo estaba tranquilo, a media noche, dejó su catre, se apoderó de la imagen y gateando con mucho tiento, con el sigilo de un gato verdadero, atravesó la habitacin del amo y llegó hasta el oratorio. (No tuvo dificultades porque todas las puertas estaban abiertas a causa del calor).

Gracias a un reclinatorio que parecía haberse colocado junto al altar para que Tomás se encaramase en él, alcanzó a esconder bien, detrás del fanal, la estatuilla de Santa Rosa.

Con mil precauciones volvió a su catre y se dur-

mió de un tirón hasta que, al alba, mama Justina lo despertó.

¡Cuánto fervor pusieron en sus rezos aquella mañana, ante el altar, Josesito y Tomás! Los ojos de éste dijeron expresivamente a su amito que Santa Rosa estaba allí, escondida tras el fanal.

¡Oh, milagro! Aquella tarde hubo regocijo en la casa. Nieves ya no tenía fiebre y el médico aseguró que no había fractura en el pie, pero que eran necesarios aun muchos cuidados.

—¿Ha visto, amito? ¿Qué decía yo? ¡Ha sido Santa Rosa la del milagro! — exclamaba Tomás alborozado cuando Josesito le devolvió la imagen.

—¡Sí, sí! Ahora vuelve a colocarla sobre la cómoda... pero esta noche llévala otra vez al altar. ¡No te olvides!

Así lo hizo Tomás, sin contratiempos. Mas, al volverse, la curiosidad lo tentó y quiso ver algo del Nacimiento que estaba en el ángulo de la habitación. Y frente a esa maravilla se quedó embobado. Y tocó el lago que, según su amito, era un pedazo de espejo; y alzó a uno de los Reyes Magos, al negro, para verlo mejor a la luz de un cirio... y se quedó yerto de miedo porque la sombra de un hombre se dibujaba en el muro y una mano grande caía sobre su manita y le quitaba el Rey Mago... ¡Era el amo!

—¡Pícaro! ¡Ratero! — le dijo furibundo. — ¡Fuera de aquí! ¡No hago escándalo para no asustar

a la niña. Pero ya cobrarás buenos azotes mañana. ¡Bien empezará el año para tí, tunante!

Y a empellones salió el negrito del oratorio.

¡Qué noche de angustia aquélla! No tuvo mama Justina necesidad de despertarle. Tembloroso de miedo se fué con ella a rezar las oraciones matinales, presididas por el amo. ¡Ni siquiera se atrevió a mirar a Josesito! Y creyó morir de terror cuando el amo, terminados los rezos, despidió a sus servidores y dijo con enojo:

—Justina ¡quédate! y contigo tu hijo... ¡Josesito, ven acá! — agregó. — Hoy cumples siete años, niño, y aprenderás que las malas acciones siempre se descubren y reciben su castigo.

Mama Justina, ignorante de todo, se echó a temblar al ver que su señor miraba irritadísimo a Tomás y que éste hacía un enorme puchero y rompía a llorar.

—¡Sí, llora, pícaro! — dijo el amo iracundo. — Has de saber, Justina, que anoche sorprendí a este arrapiezo en el momento en que robaba una de las figurillas del Nacimiento. ¡No tiene respeto por las cosas sagradas... ni por la niña enferma!

—¡Hijo! — gritó Justina. — ¿Tú has hecho eso? ¿Tú?...

—¡Calla, Justina! Yo lo he visto y lo he echado a empellones del oratorio. ¡Veinte azotes le darás con una vara! Y no saldrá de su pieza en diez días, ¡yo lo mando!

—¡No! ¡No, padre! — saltó Josesito, desesperado. — ¡Tomás no vino al oratorio a robar!...

—¿Qué sabes tú, niño?

—¡Sí, lo sé, padre! Sólo quería salvar a Nieves. ¡A él se debe el milagro!... Santa Rosa está en el altar...

—¿Qué disparate dices, criatura? ¡Salvar a Nieves!... No hay imagen alguna de Santa Rosa en el altar.

—Busque usted, padre, detrás del fanal. Allí la ha escondido Tomás, porque tiene fe en esa santa. Dos noches seguidas la ha traído para que, por la mañana, reciba los rezos de todos... ¡Y la santa los ha escuchado! ¿Verdad, Tomás?

Y el negrito, entre pucheros, asentía y señalaba hacia el altar con su manita oscura.

Mama Justina reía y lloraba.

—¿Es verdad eso, amito?... ¡Si yo sabía que mi Tomás era incapaz de una mala acción!

—¡Es verdad, es verdad! Busque usted, padre... detrás del fanal.

Y obligó a su padre a mirar detrás del fanal donde, bien oculta, halló aquél una tosca imagen, pequeñita, medio rota, deslucida.

—¡Oh, mi Santa Rosa! ¡La única capaz de hacer grandes milagros! — gritó alborozada mama Justina. — ¡Qué idea has tenido, hijo! ¡Qué gran idea!

Y abrazó a Tomás con efusión.

El amo estaba perplejo.

—Entonces, chiquillo ¿por qué te hallé junto al Nacimiento con una de las figurillas en la mano?

—Quería ver... tocar el lago... ver bien al rey negro...

—¡Ah, la pícara curiosidad!

Y el amo caviló, pesaroso de haber juzgado con ligereza y aun ordenado un castigo fiándose sólo de apariencias, sin escuchar antes al negrito que, inocente y bondadoso, había llevado la pureza de su fe de niño al altar donde se rezaba por la salud de Nieves.

—¡Acércate, Tomás! — díjole el amo cariñosamente. — déjame que enjugue yo tus lágrimas... Sí, chiquillo, acaso tu fe ha hecho milagros. La niña Nieves ha amanecido casi sana. Llévalo, Justina — agregó, — para que la niña y la señora lo bendigan... Y tú, Josesito, dime qué deseas hoy, día de tu cumpleaños.

—Ir con usted al balneario... a la bajada de los mercedarios. ¡Y llevar también a Tomás!

—¡Concedido! Y ahora, vete con Justina y su hijo a saludar a tu hermana.

Un cuento y un consejo

Mucho se divirtieron aquella tarde en la costa Josesito y Tomás. No tuvo el negrito necesidad de llevar farol, porque fueron cuando el sol estaba aún

alto y regresaron al caer la tarde, después de merendar en el tambo de la ribera, tal como lo habían deseado un día bajo el naranjo del patio.

Al llegar a la casa una nueva alegría los esperaba. En el oratorio, todo resplandeciente de luces, Nieves, sentada en un sillón junto al Nacimiento, rodeada por su madre y la servidumbre, parecía casi sana. Y así que llegaron su padre y los dos niños, pidió que se acercasen todos al Nacimiento para admirarlo de cerca.

—¿Ves, Tomás? — decíale mimosamente al negrito. — Los reyes Magos se prosternan ante el niño y le traen ofrendas. Pero al marcharse se llevarán dones más valiosos que sus ofrendas. Yo sé una historia que dice así:

Cuando los Reyes Magos se despedían para volverse a sus tierras, la Virgen cortó un ricito rubio del niño y se lo dió a Baltasar, el rey negro, y le dijo: —Te llevas oro de su cabello. Conviértelo en halago para los niños.

Y así lo ha hecho Baltasar. Doradas son las sonajas de las panderetas; dorados los alegres cascabeles; brillo de oro tienen los rubios cabellos de algunas muñecas; dorados son los galones de los tambores con que juegan los niños, y de oro parecen las borlas que adornan las cornetas; doradas son las lucecitas de las bujías que alumbran las fiestas.

A Gaspar, el rey mozo de cabellos blondos, el Niño Dios le sonrió. Y la Virgen le dijo: —Te llevas

alegría de su sonrisa. Hazla circular por el mundo infantil.

Y Gaspar es el que pone sonrisas en los labios de las muñecas que las niñas mecen. Y hace que rían de contento los pequeños que encuentran junto a sus zapatitos obsequios y juguetes...

Y Melchor, el viejo Rey Mago de las barbas blancas, rozó con sus manos rugosas las gordezuelas manitas del niño Jesús. Y la Virgen le dijo: —Te llevas la gracia de sus manos. Difúndela por el mundo, para bien de todos, grandes y pequeños, porque todos la necesitan.

Así lo ha hecho Melchor. Por eso hay en el mundo entero manos de niños, de jóvenes y de viejos que hacen el bien; manos que consuelan a los afligidos; manos que acarician, que bendicen, que guían, ayudan y protegen...

Calló Nieves y, a poco, despidió a sus servidores con palabras de agradecimiento y buenos deseos. A Tomás lo atrajo hacia sí y, cariñosamente, le dijo muy quedito, para que nadie se enterase: —Sigue, Tomasito, rogándole a Santa Rosa por mí... pero otra vez, aun para hacer el bien, no consultes sólo a Josesito, sino también a mama Justina.

LEGADO DE PATRIOTISMO

I

Ni un rayo de luz, ni un alegre rumor de vida partía jamás de la hermosa casa que habitaba la familia de don Joaquín de Haedo. Se la hubiera creído deshabitada, si los vecinos madrugadores no vieran, muy de mañanita, cómo los criados — un moreno viejo y un pardito ágil como un mono — limpiaban el frente de la casa y luego, por la rendija de la puerta que les había dado paso, se colaban de nuevo en el interior.

Para misa de alba salía también todas las mañanas misia Angelita, la vieja hermana de don Joaquín, bien envuelta en su pañolón de merino y acompañada de dos pardas, una de las cuales llevaba la alfombrilla sobre la cual había de arrodillarse su ama. Volvían al cabo de una hora; sonaba un fuerte aldabonazo; la puerta se abría apenas para darles paso, y se cerraba definitivamente durante el resto del día. Los criados salían en busca

de provisiones, o para llevar recados, por la puerta de los fondos que, como la principal, se cerraba en cuanto alguien pasaba sus umbrales.

Aquella casa estaba de duelo hacía cuatro años; duelo guardado rigurosamente por su dueño desde que había muerto su hijo mayor, en los días que siguieron a la primera invasión inglesa. Era fama que el joven se había batido como un héroe el día de la Reconquista. Trajéronle mal herido a la casa de su padre y, después de un mes de sufrimientos, murió dejando enlutada una casa que antes había sido hospitalaria, alegre, de puertas siempre abiertas para que las miradas de cuantos pasaran se recrearan en su gran patio florido.

Al principio nadie extrañó tanto encerramiento. Pero pasados tres años, se hicieron toda clase de conjeturas y se inventaron novelas.

—¿Sabes, tú — preguntaba a otro un vecino noticioso —, por qué no se ve nunca al niño de don Joaquín?

—No lo sé... será por lo del duelo...

—¡Qué esperanza! Dicen que el pequeño se ha vuelto idiota y el padre quiere ocultarlo.

—No es verdad — desmentía una mulata —. El niño está inválido. Rodó un día por la escalera del mirador y ha quedado el pobrecito hecho una miseria.

—¿Y don Joaquín, por qué no se deja ver?

¿Qué le impide abrir su casa a los amigos, como antes?

—La pesadumbre, tal vez...

—¡No, mujer! Se encierra de puro maniático. Aseguran que anda vestido de penitente, desarrapado; que castiga al niño sin motivo; que misia Angelita se pasa el día llorando...

—¿Y qué cuentan los criados? — preguntaba otro.

—¡Nada! El moreno parece mudo. Las mulatas bendicen a sus amos cada vez que se los nombramos. Y juran que don Joaquín es un santo y el niño una gloria de Dios.

—Y el pardito, ¿qué dice?

—¿Ese?... Es de la piel de Mandinga — refunfuñaba la mulata —. En cuanto se le pregunta algo, hace cuatro piruetas y responde una desvergüenza. ¿Pues no me ha llamado mil veces curiosona y chismosa? ¡A mí!...

¡Qué sorpresa la de todos aquellos murmuradores si hubiesen alcanzado a ver el interior de 'la casa cerrada" en aquellos días del mes de mayo de 1810! Patios cuidados con esmero, alegres a pesar de haber pasado la estación de las flores; habitaciones alhajadas con muebles sólidos, brillantes de limpieza; bien abastecida mesa adornada con vajilla de plata maciza, tendida siempre con mantel largo y a la cual se sentaban don Joaquín, atildado en el vestir y gran señor en las maneras; misia

Angelita, risueña, parlanchina, pulcra, y Bernardo, el niño sobre el cual hacían tantas conjeturas los vecinos, convertido en un adolescente hermoso, sano, que escuchaba a todas horas con inteligencia y cariño, la palabra de su padre, que era a la vez maestro y amigo. En ternura y cuidados, don Joaquín y misia Angelita reemplazaban a la madre, muerta cuando el niño era pequeñito.

Alguna verdad había, sin embargo, en las murmuraciones de los vecinos. Don Joaquín, complaciente en todo, era inflexible en un punto: desde el día que le trajeron herido a su hijo mayor, no permitió jamás que el niño saliera a la calle ni tuviera trato con gente extraña.

Cuando misia Angelita se atrevía a reprocharle tímidamente el encierro de Bernardo, contestaba:

—Nada le falta. Tiene patios tan amplios como la plaza Mayor; aire, luz y sol en el jardín. Te tiene a tí para que le cuides y a mí para que lo instruya y le enseñe cuanto debe saber un hombre de su clase y su fortuna. Da gusto verle tan sano, tan bueno, tan instruído ya...

—Verdad es. Pero le convendría el trato de otros jóvenes; conocer la ciudad; apreciar el mundo en el que ha de vivir...

—¿Para qué? ¿Quieres llenarle la cabeza de fantasías?

Y, trémulo, proseguía con muestras de gran exaltación:

—Este niño es más entusiasta, más apasionado aún que lo fué su hermano. ¿Has olvidado la fiebre que lo abrasó, sus delirios, sus extremos, cuando no pudimos ocultarle la segunda invasión inglesa? Tú no sabes los días de agitación que se avecinan. Yo sí lo sé.. Desde mi retiro todo lo averiguo. ¡Ay de nosotros si se producen acontecimientos en los que sea necesario exponer la vida por la patria! ¡Perderé a mi único hijo!

—Pero si Bernardo es un niño todavía...

—Casi un niño era el otro. Y éste lleva en el alma un ideal que su hermano le ha encendido.

—¿Tú lo crees?

—Estoy seguro. ¿Qué se ha hecho, Angelita, aquel pliego que Jaime escribió unos días antes de morir y que no permitió que se leyera? ¿Quién lo tiene? En vano he revuelto la casa para encontrarlo. Y, sin embargo, en la casa ha de estar. Cuando hablo de esto a Bernardo, enmudece; pero yo advierto llamaradas en sus ojos...

—No me convences. La vida que llevamos perjudicará al niño...

—¡Pues no llevaremos otra! Más cerradas que nunca deben permanecer las puertas y ventanas en los días que corren. ¡Ay, de quienes me desobedezcan! — concluía por responder don Joaquín, exaltadísimo.

Y misia Angelita, amedrentada, abatía la cabeza y callaba.

II

Agitado, como quien ha hecho una larga carrera, entró en la casa, por la puerta de los fondos. Fermín el pardito. Parecía excitadísimo. Aspiró profundamente el aire frío de aquella memorable, lluviosa mañana del 25 de mayo, y pareció calmarse. Entonces tomó el aspecto más inocente que pudo, y fué a dar cuenta a misia Angelita del recado que ésta le encomendara para una amiga suya con la cual acostumbraba cambiar postres y recetas.

No bien misia Angelita lo despachó a sus quehaceres, Fermín dejó su aire sumiso, y con el semblante animadísimo, llegóse sin ser visto hasta la ventana de una habitación que daba al patio principal y se detuvo a espiar muy a sus anchas. Movió una y otra vez la rama de una enredadera que se prendía a la reja, cual si quisiese hacer con ella una señal convenida, y debió quedar muy satisfecho porque se marchó contento, camino del jardín.

A poco vió llegar de prisa a Bernardo quien, sin decir una palabra, sacudióle un brazo y le interrogó con la mirada y un ademán ansioso de su bella cabeza.

En respuesta, Fermín le preguntó alarmado:

—¿Y el amo?...

—Sigue enfermo... La fiebre no cede y ya es el tercer día que guarda cama. En este momento duerme... — dijo con tristeza el niño. Y luego nerviosamente, averiguó:

—¿Qué novedades hay, Fermín? ¡Cuéntame algo! ¡Pronto!... ¿A quién pediste noticias?

—No es necesario pedirlas. ¡Todo el mundo las comenta! ¡Hay una efervescencia! Dicen que hoy se reunirá otra vez el pueblo en la plaza Mayor... que habrá tumulto... Nadie quiere que nos gobierne esa Junta de la que le hablé ayer, amito, porque en ella figura el virrey... ¡Lo que he sabido! Me lo contó Zoilo, el criado negro de don Tomasito.

—¿De don Tomasito?...

—¡Sí! De don Tomás Guido.

—¡El amigo de mi hermano!... ¡Quién pudiera verlo, hablarlo! — dijo conmovido el niño —. ¿Qué has sabido, Fermín?

—Lo que ha contado don Tomás esta madrugada cuando llegó a su casa, donde la familia lo esperaba ansiosa... Ya nadie guarda misterio como hasta hace unos días, porque los patriotas están decididos a obligar que se cumpla lo que han resuelto. Sí, amito — continuó Fermín, enardecido —, anoche... en el comedor de la quinta de Rodríguez Peña se reunieron los patriotas para resolver quiénes debían componer la nueva Junta... la que impondrán hoy. Llegaba ya el alba, y la discusión seguía, seguía... Entonces don Manuel Belgrano, que escuchaba fatigado en la sala contigua, se presentó en medio de la reunión y poniendo la mano sobre la cruz de su espada, dijo: "Juro a la patria, y a mis compañeros que si a las tres de la tarde del día

inmediato, el virrey no hubiese sido derrocado; a fe de caballero, yo le derribaré con mis armas". Todos aplaudieron... Y dicen que don Antonio Beruti escribió los nombres de los que habían de gobernarnos...

Bernardo, encendido el rostro, alucinado con la visión de aquella escena que el pardito pintaba tan a lo vivo, volvió a la realidad estremecido:

—¿Oyes?... ¡Campanas!

—¡La campana del Cabildo, amito! ¡Llama al pueblo!

Y ambos quedaron suspensos.

Luego oyeron rumor de gentes que pasaban por las calles, camino de la plaza de la Victoria, como ya se la llamaba.

Bernardo y el pardito se miraron en los ojos. ¡Y se comprendieron!

Angustiados observaron que, cerca de la puerta que daba a los fondos, rondaba el viejo moreno y tendía su oído al rumor callejero. ¡Imposible escapar por allí!

—¡Nadie vigila la puerta principal, amito!... — dijo rápidamente Fermín.

—Tienes razón. ¡Anda! Descorre los pasadores y espérame. Iré en seguida... ¡Apresúrate!

Y en tanto que el pardito se deslizaba hacia el frente de la casa, Bernardo entrábase en las habitaciones. Con precaución infinita llegóse al salón y se dirigió a un cuadro pintado en tela, que repre-

sentaba la rígida figura de un antepasado. Los dedos expertos y finos del niño se introdujeron entre el marco y la tela, en el reverso del cuadro, y no sin trabajo extrajeron un papel plegado a lo largo. Luego, de puntillas, el niño pasó a la habitación donde dormía su padre.

Sentada en un sillón, misia Angelita, dormitaba plácidamente con un rosario entre los dedos inmóviles.

Con mucho tiento, Bernardo desplegó el papel manuscrito y besó la firma antes de dejarlo, extendido, sobre el lecho de su padre. Miró ansiosamente el rostro de éste y, al verlo sereno, escapó ligero como un duende.

En el zaguán esperábalo Fermín, impaciente. Con febril empuje, Bernardo abrió de par en par las puertas que hacía cuatro años no trasponía y, sin cuidarse de cerrarlas, sin preocuparse por la lluvia, escapó a todo correr, seguido de Fermín, hacía la plaza Mayor.

La campana del Cabildo seguía llamando al pueblo.

III

Se incorporó de pronto en su lecho don Joaquín y misia Angelita despertó sobresaltada.

—¡La campana del Cabildo! — exclamó el enfermo —. ¡Angela! ¿Qué sucede?

—¡Nada, que yo sepa!

Algo más despabilado, el pensamiento de don Joaquín, fué hacia su hijo.

—¿Y Bernardo?... ¿Dónde está?

—Aquí estaba hace un momento... Ya volverá.

—¡Llámalo! Quiero tenerlo a mi lado.

Obediente, misia Angelita salió en busca del niño; pero se detuvo asustada en medio de la habitación siguiente al ver que, consternadas, la esperaban allí las dos pardas, detrás de las cuales asomaba su afligido rostro el viejo moreno.

—¡Jesús!—díjole éste aspavientosamente — ¡Venga vuestra merced a ver lo que ha sucedido¡ ¡La puerta principal está abierta! ¡Santo Dios! ¡Que no se entere el amo!

Palideció misia Angelita al darse cuenta cabal de lo que había sucedido. Y en voz muy queda, después de hacer señas a sus servidores para que hablasen en el mismo tono, exclamó:

—¡Bernardo ha escapado a la calle! ¡Y ese condenado de Fermín se ha ido con él! ¿No es así?

—Por todas partes los hemos buscado... En la casa no están...

Seguida de los criados salióse al patio misia Angelita y miró desconsolada el cielo gris que, en ese momento, descargaba porfiada lluvia.

—¡Anda tú, Remigio! — dijo por fin al viejo criado —. Busca al niño y hazle volver... En la plaza Mayor ha de estar... ¡Tráelo antes que mi hermano se entere de su escapada! ¡Anda!

El viejo la miró suplicante. Parecía pedir piedad para el reumatismo que lo martirizaba y casi le impedía caminar. Pero misia Angelita no estaba para contemplaciones y entre ella y las pardas empujáronle suavemente hasta que, al fin, lograron llevarlo hasta el zaguán.

En tanto, don Joaquín había visto el amarillento pliego de papel sobre el lecho, y se apoderó de él vivamente. A la luz escasa de aquella mañana lluviosa reconoció la letra de su hijo mayor.

—¡Oh! ¡El pliego perdido!

Y leyó en él, tembloroso, estas palabras: "¡Hermanito! Yo que muero por defender a mi tierra, te dejo lo mejor de mi alma; mi amor a la patria. ¡Júrame que cuando algo hermoso, algo grande suceda en bien de ella, tú procurarás presenciarlo y, si fuere posible, actuar como lo haría yo! Te lego mi entusiasmo y mi fe en la patria. ¡Auméntalos! Con sangre de mis heridas, firmo este testamento.— Jaime".

—¡Hijos míos! — sollozó don Joaquín —. ¡Ellos son más fuertes que yo! ¿Cómo oponerme a lo que Dios quiere? — Y besó la firma borrosa, de un rojo desvaído, que era sangre de su sangre.

Vibrante, con la energía de un hombre joven y sano, don Joaquín dejó el lecho y se vistió rápidamente. Echó sobre sus hombros una amplia capa y, después de buscar su sombrero y un paraguas, salió

resueltamente al patio, en dirección a la puerta principal.

En el zaguán estaban todavía misia Angelita y las dos mulatas, empeñadas en convencer a Remigio de que debía ir en busca del niño. Aterrados quedaron todos al ver ante ellos la alta figura del amo, en traje de calle. Creyeron que era una visión. Misia Angelita cayó de rodillas; las mulatas se santiguaron, y Remigio tambaleó.

—¡Levántate, hermana! — dijo serenamente don Joaquín, a tiempo que ayudaba a ponerse en pie a la angustiada señora. — Vosotras, ¡a vuestros quehaceres! — ordenó severo a las dos pardas —. Y tú, Remigio, vé y cuida tus reumatismos. Pero, escuchad bien lo que voy a deciros: ¡De hoy en adelante, estas puertas permanecerán abiertas todo el día!

Y sin dar mayores explicaciones, traspasó los umbrales de su casa y, con paso rápido, tomó la calle adelante, camino de la plaza Mayor.

Allí una muchedumbre se agolpaba frente al balcón corrido del Cabildo, en espera de la resolución que el pueblo patriota pedía a voces. La lluvia continuaba y los paraguas, al estorbar los movimientos, aumentaban la confusión.

Desde un ángulo de la plaza tendió don Joaquín la mirada. Sus ojos indagadores ,pronto divisaron dos cabezas de adolescentes, la de su hijo y la del pardito, descubiertas, mojadas por la lluvia persistente. Un caballero amonestaba en ese momento a

los dos niños y les exigía que se marchasen...; pero ellos no le atendían. Fermín, inquieto, miraba a uno y otro lado; Bernardo, como en éxtaxis, clavaba los ojos en los balcones de la sala capitular, en espera de algo grande..., cuando sintió que una capa de fino paño le abrigaba con cuidado la cabeza y las espaldas y vió extenderse, para protegerlo de la lluvia, un gran paraguas.

Asombrado, volvió en alto la cabeza y quedó yerto... ¡Su padre! ¡Su padre a quien había dejado enfermo y en cama, estaba allí, despojado de su abrigo para cubrirlo a él!...

Unió el niño las manos como para pedir perdón.

—¡Vámonos, padre! — exclamó desesperado —. ¡No se quede usted aquí! ¡Abríguese!.. Jamás volveré a desobedecerle!.. ¡Vámonos!

—No, hijo. ¡Quédate!.. ¡Quedémonos! Estas son horas sagradas. Vívelas, y que ellas te iluminen toda la vida. ¡Tu hermano te ha llamado aquí! ¡Dios estará con nosotros!

Y el niño sintió que el brazo trémulo de su padre le rodeaba el cuello con ternura. Bajó la cabeza y besó con unción la mano que le acariciaba el rostro.

IV

Seis años después, en una tarde de invierno, pero toda inundada de sol, don Joaquín sano y hermoso bajo la blancura de sus cabellos, leía a su hermana

Angelita un pliego recibido de Mendoza y firmado por Bernardo.

Guerrero del ejército que había de atravesar los Andes, el joven escribía a su padre las impresiones de un día memorable, en que los jefes y oficiales del ejército juraron en la ciudad de Mendoza — en la sala del despacho del gobernador intendente de la provincia, coronel mayor don José de San Martín — defender con su vida, haberes y fama, la independencia y libertad de la patria.

"Padre — decíale Bernardo —. Ya no podrán llamarnos insurrectos. ¡Tenemos soberanía! ¡Cómo sentimos que nos atraen ahora las cumbres!..."

Misia Angelita, que había escuchado con maravilla el relato de su sobrino, sin dejar de pasar las cuentas benditas de su rosario, lloró de emoción al ver que su hermano desdoblaba otro pliego amarillento y, comparándolas, besaba las dos firmas: una, escrita por mano heroíca, pero afiebrada por la muerte cercana; otra, escrita por una mano en la cual la vida ponía fiebre de entusiasmo y de fe.

—¡Hijos míos! — murmuró don Joaquín, como si orase.

Y oprimió sobre su corazón las dos reliquias: el testamento de amor a la patria signado con sangre, y la promesa del heroico empeño con que había de asegurarse la libertad.

LA OFRENDA DE UN HUMILDE

Animados grupos de concurrentes íbanse allegando a la Casa Provisoria de Comedias de Buenos Aires, cierta velada del mes de agosto de mil ochocientos doce.

Muy azarosos eran, por cierto, los días que atravesaba entonces la patria; mas no por eso la sociedad porteña, que con sus sacrificios ayudaba de continuo a la causa americana, rehuía el solaz que le proporcionaba una compañía de cómicos, cuyo éxito palmario podía juzgarse por el buen número de familias que, en busca de esparcimiento, afluía a las representaciones.

Albergue poco seguro y nada lucido para el arte escénico y la elegancia porteña era la Casa de Comedias, tan destartalada ya, que amenazaba ruina.

Insistentes rumores propalaban que, por esa causa, las autoridades ordenarían la suspensión de las funciones. Y no era otra la comidilla que, en algunos grupos bien informados, alimentaba la conversación con que entretenían el trayecto por las calles los con-

currentes a la función. Lamentaban todos la posibilidad de que cesasen tan sabrosas diversiones, pero nadie paraba mientes en la difícil situación que sobrevendría para los actores si el Cabildo daba en cerrar las puertas por las que entraba el sustento diario de la compañía.

Con el ansia de llegar, las niñas porteñas apuraban los menudos pasos por las aceras estrechas de mal ladrillo y seguían la ruta de luz trazada por el farol que manejaba el tradicional negrito, acompañante obligado de sus amos en las excursiones nocherniegas.

La premura del paso juvenil exigía que la gente reposada acelerase la marcha, y hacía jadear a los criados que escoltaban a la familia cargados con las sillas de que carecían los palcos.

Aquella función prometía ser lucidísima. Y por el feliz desempeño de los actores y por la nutrida y elegante concurrencia que llenaba la sala, no defraudó en nada lo que de ella se esperaba. Antes bien, hubo sorpresa, por haberse revelado intérprete de insospechada valía el cómico Ventura Ortega, que hasta entonces desempeñara sin mayor relieve papeles secundarios. Tanta gracia y comicidad desplegó al hacer de criado, ingenioso en ardides, que llenó la escena con su prestancia y obtuvo como premio la constante hilaridad del público.

No le faltaron al bueno de Ortega, allá entre bastidores y a la salida de tal o cual escena, las pullas,

mitad mortificantes, mitad amistosas, de algunos camaradas.

—¡Viva el niño chancero!... ¡Lo que le alegra el ánima tener asegurada la pitanza!

—Cuida, hombre, cuida que las onzas embolsadas hoy no se las lleve el aire como las risas del público...

Aludían a las ganancias de la temporada, percibidas esa tarde por toda la compañía. Parte de ellas habíanle correspondido a Ventura Ortega, quien vió juntos, cual nunca los viera hasta ese día, cuatrocientos ochenta pesos.

Recordaban sus camaradas la emoción sin disimulos con que el modesto cómico embolsó sus ganancias, así como el desasosiego y las distracciones no habituales en él que siguieron a la cobranza. A todo eso sumábase la eufórica exaltación que derrochaba en la escena y que le valía los aplausos de la concurrencia. De ahí las pullas y las alusiones en las que se mezclaba su adarme la envidia, y a las que Ortega ni siquiera respondía. Movido por visible entusiasmo se superaba a sí mismo, iba y venía, triunfante.

Al terminarse la función, el nombre del cómico, hasta entonces indiferente, se mezclaba en las conversaciones. Perduraba también el regocijo que su chispeante juego escénico dejara en los ojos luminosamente bellos de las porteñas que cruzaban el portal de la vieja Casa de Comedias, embozadas y muy

calladitas para afrontar sin peligro el frío callejero.

Por último, atravesaron el mismo portal los cómicos y, entre plácemes y bromas, se dispersaron envueltos en sus capas y a la luz de sus linternas.

Buen rato anduvo Ventura Ortega antes de llegar a su pobre casa. Halló la puerta franca y el recibimiento cordial de su mujer que lo esperaba, según era su costumbre, pronta a brindarle un tazón de hirviente "candeal".

De una sola mirada apreció ella que algo inusitado pasaba en su marido.

—¿Ha gustado la comedia? — preguntó, curiosamente.

—Mucho, muchísimo. Ha reído la gente que era una gloria oírla... Pero más alegre que yo ¡nadie! ¡Mira, mujer, mira!

Y sobre la mesa de alas, iluminada por un velón, colocó jubilosamente la bolsa repleta con las ganancias de la temporada.

La mujer cruzó las manos y abrió mucho los ojos. Su contento tenía una expresión casi infantil.

—¡Virgen purísima! Falta hacía ya esa bolsa. Mañana, Ventura, podremos ¡al fin! comprar para los niños...

—¡Calla, mujer, no te ilusiones! Esa suma es sagrada y ni un cuartillo gastaremos de ella. La destino a la patria.

Criolla de buena ley, la pobre mujer comprendió el sacrificio que se le exigía; pero su mirada de ma-

dre volvióse hacia la alcoba donde dormían sus hijos, y su tristeza fué evidente.

Comprendió Ortega el callado reproche de aquella mirada. No le era ajeno el pensamiento de que su resolución comprometía el bienestar inmediato de sus hijitos y mataba en su mujer muchas ilusiones modestas. Abatió la cabeza y su silencio, grávido de preocupaciones, ahogó por un rato el contento de su corazón.

—Y además — insinuó tímidamente la mujer —si es verdad lo que se dice... si se suspendiesen las funciones, ya no habría esperanza de nuevas ganancias por mucho tiempo...

Irguió Ortega la cabeza y, libre ya de toda debilidad, dejó que sus palabras, brotadas de una fe y un entusiasmo exaltados, trasmitieran elocuencia a su réplica.

—Felices nuestros hijos que, sin sospecharlo y siendo tan pequeños, ya pueden servir a la patria, pues por amor a ellos sus padres sacrificarán lo que les pertenecería si el país no lo necesitara. Déjame mujer, déjame realizar lo que ha sido mi ilusión en las horas de trabajo... Deja que este pobre cómico dé un ejemplo a los señorones que han reído en la comedia, ignorantes de que muchas de las monedas pagadas por ellos para divertirse, alguien sabría convertirlas en ofrendas a la patria. No cambio su alegría reidora, provocada más de una vez a mi antojo, por la que yo siento. La de ellos fué pasajera porque

no tenía raíces en el alma, en tanto que la mía durará toda mi vida... No llores, mujer, que por los niños velará la Virgen de tu fe...

—Si no lloro por los niños, Ventura... ¡Virgen purísima! Lloro por las cosas tan puestas en razón que sabes decir. Hablas como un libro, Ventura, y yo todo lo creo... a todo me avengo...

Y afanosa, pasada la primera emoción, no perdió su tiempo en sensibleras consideraciones. Práctica y sencilla como era, enjugó sus lagrimones y se apartó de la humilde mesa atraída por otros quehaceres, mientras Ortega hacía honor al reconfortante "candeal" relegado por sus entusiasmos de buen patriota.

En la Sala Capitular de Buenos Aires, el día 18 de agosto de 1812, según lo atestiguan documentos, el excelentísimo cuerpo de Cabildo resultó ser actuante en una escena hasta entonces sin precedentes.

Con reñida insistencia pidió ser recibido por el ayuntamiento un modesto sujeto. Y así que estuvo en presencia de los cabildantes, vencida la timidez que en el primer momento le impusiera la solemne reunión, invitado a hablar, "dió testimonio, el más irrefragable, de lo que es capaz el espíritu de patriotismo electrizado con el entusiasmo de la libertad..."

Ventura Ortega en persona, pedía se le permitiera

oblar íntegra su única fortuna, fruto exclusivo de su trabajo, "para que se invirtiese en objetos útiles a la patria".

Miráronse absortos los cabildantes y creció su asombro cuando uno de aquellos graves señores, que había asistido a la comedia la víspera, reconoció al cómico. En breves instantes, por ciertos indicios unos, por referencias del momento o por averiguación directa otros, supieron todos que era Ventura Ortega un pobre padre de familia que al oblar a la patria todas sus ganancias exponía a su mujer y a sus hijos a "sufrir escaseces de bulto".

El asombro se convirtió en admiración y ésta en escrúpulos de conciencia que fluctuaron entre no aceptar tamaño sacrificio y no desairar a tan buen patriota. Mas como no se hallase solución al problema, el Cabildo salió de apuros resolviendo ocurrir al Superior Gobierno para que éste decidiera, no sin advertirle la manifiesta pobreza del donante.

Inquietábalo a Ortega tan larga deliberación y sufría el desencanto de que su desprendimiento no fuera acogido sin reserva y con el mismo fervor que a él lo animaba. Y al conocer lo resuelto, que ponía dilaciones a su deseo, fueron tales su exaltación, sus ruegos y lágrimas, que sus demostraciones "excitaron toda la sensibilidad del cuerpo capitular y lo estrecharon por entonces a significar a Ortega que estaba admitida su generosa donación, pero que para

recibir el dinero era preciso esperar la superior resolución...".

Aquietóse un tanto Ortega, y hubo de retirarse con su ofrenda, pesaroso de que al impulso sostenido de su buen deseo, a la dicha de dar, al mejor entusiasmo de su vida, opusiera su dique la autoridad. Muy distintas reflexiones hubiérale sugerido el conocimiento de la verdad; pero Ortega ignoraba que era la consideración humana la que, escudada tras las rigideces de la magistratura, defendía al buen patriota de una excesiva largueza "cuando aun no había llegado el caso para esos arbitrios" a juicio del Cabildo.

Un fusil flamante, colgado en lugar preferente y alto de una pared, ponía su nota marcial en la pobre casa de Ventura Ortega. Y la veneración de toda una familia elevábase hasta el arma, que parecía estar allí para presidir la vida de aquel hogar y llenarlo de honra.

Muchas veces la madre, ufana y agradecida, había relatado a sus hijos el rasgo de generosidad del padre en aras de la patria, y explicádoles que el Superior Gobierno tan sólo aceptó el "donativo de una onza con destino a la satisfacción de un fusil" para que el virtuoso Ortega defendiera con él "los derechos de su patria en las ocasiones de guerra..."

Recordaban los niños mayores el regocijo de su

padre el día que recibió de las autoridades el fusil con permiso de guardarlo en su casa, y la alegría y satisfacción de su madre al saber que en un decreto el gobierno llamaba a la suya "benemérita familia". Y a tanto honor habíase agregado para ella la tranquilidad de disponer de las ganancias acumuladas por su marido, tan necesarias para el sustento de los hijos.

Y era de verse el revuelo de los niños en torno del fusil, cuando Ortega descolgábalo del muro para limpiarlo pulcramente. Acomodábanse, por fin, a su alrededor para mirarlo curiosamente a su sabor, interesarse por su manejo, conocer sus piezas, tocarlo respetuosamente... Y los que ya sabían deletrear cercioránbanse de que era el nombre de Ventura Ortega el que podía leerse en las letras grabadas en el fusil, prueba elocuente del agradecimiento de la patria que solía premiar así a sus beneméritos.

Como hecho aislado que fué, y sin que la patria estuviera "en estado de echar mano de semejantes recursos" — según opinara el ayuntamiento — el sacrificio de Ortega valió por su intención; pero, con ser más grande, no tuvo la resonancia histórica de las donaciones colectivas y aun particulares que se aceptaron después en nombre de la patria.

Un oficio del Cabildo dirigido al Superior Gobierno y un decreto de éste publicado en la "Gaceta Ministerial" Nº 20 permiten, a los que gustan

descansar del presente en la indagación de las fuentes de nuestra historia, sacar a luz con valor documentario un ejemplo olvidado de los muchos que forman el abolengo del sentimiento patriótico nacional, ejemplo que, cual lo expresara el Cabildo en el mencionado oficio, "debe servir de modelo a todos y de confusión a muchos".

ARMONIAS Y ALFILERAZOS

Ocupados en pequeñeces del momento andaban los ánimos de la sociedad porteña las vísperas de las fiestas del Santo Patrono, en aquel año de regeneración política y administrativa que se inició con el gobierno de Rodríguez.

No era de extrañar que, sabedores los habitantes de Buenos Aires de la encarrilada y vigorosa intención de sus gobernantes, descansaran de cuidados mayores, y que ciertas naderías sociales exaltaran las opiniones, ya que esas naderías amenazaban los bolsillos, traían revueltos el mundo artísticomusical, o mantenían alerta la vanidad femenina. Sobraban, pues, causas para que en aquellas vísperas fuesen animados los comentarios que sostenían los paseantes de la Alameda.

—¡Malhayan los que tan diestramente han conseguido introducir moneda de mala ley y hacerla pasar por buena! — exclamaba un caballero cincuentón, en medio de un grupo de graves señores, a tiempo que extraía de su escuálido bolsillo una moneda de oro fidedigna al parecer.

—Pero si ésta es cabal... — replicaba otro después de sopesarla y observar detenidamente el anverso y reverso. — Así quisiera yo muchas...

—Sí; sin el plomo que contiene.

Y con aires de importancia, explicaba el noticioso la denuncia, hecha ya por la policía, sobre circulación de monedas formadas por dos láminas de oro de ley que, cerradas perfectamente por el cordón, cubrían una plancha de plomo... y, también, cómo estaba al tanto de la resolución que en breve tomaría el gobierno para impedir que la Receptoría General aceptase monedas de oro sin probarlas por medio de una incisión hecha con instrumento cortante sobre el cordón.

—¡Buena medida! — comentaba otro. — Con eso se descubrirá la unión de las láminas en las monedas falsas.

—Y se arguye que la marca servirá al mismo tiempo de seguridad.

—¡Habrá pillos! — Y ¿se sabe ya quienes son los culpables de la fraudulenta introducción?

—Ni se sabe, ni se sospecha siquiera, a pesar de las diligencias practicadas.

—¡Hum! ¡Sospechas!... Las habría si los que debieran abrir los ojos quisieran ver la insólita rumbosidad de algunas casas — gruñó más que dijo uno de los del grupo, acibarado el gesto y maligna la intención.

—¿Se atrevería vuestra merced a sindicar personas?

—No me compete hacerlo — respondió el solapado. — Pero nadie puede impedirme que haga presunciones. Y no es necesario hilar muy fino... ¿De dónde sacan, de la noche a la mañana, ciertos señores que vivían hasta ahora atenidos a menguados recursos, forte piano para sus hijas, unto con qué costearles lecciones de música, asientos en el teatro, faralaes y lujos en el vestir?... ¿De dónde? Oro de buena ley no ha de ser el que tan repentinamente les ha llovido para tantas esplendideces — dijo. Y un ataque de tos violenta cortó su maledicencia.

—Miren, miren ustedes qué garbo de reinas traen doña Luz de Ochoa y su hija Marcelita.

—¡Hum! — exclamó el catarroso.

Voltearon sus sombreros de alta copa con mucha ceremonia aquellos graves señores, al paso de doña Luz, dama de españolísima y notable belleza que lucía también, algo más dulcificada, en su hija Marcela, jovencita que, a la gracia de su trato, muy reservado hasta entonces, unía el prestigio que le daba su virtuosidad como cantante.

Al verla, la admiración paralizó la charla en otro grupo, currutaco y juvenil, que subrayó el homenaje de la reverencia llevando la siniestra al pecho. Y un adolescente, Juan Pedro Esnaola, iniciado ya en el éxito y las responsabilidades de un arte en el que había de sobresalir, prendió en Marcela una larga mirada de ensoñador.

—¡Niño! — díjole celoso uno de los currutacos.

— Tempranero te demuestras... ¡y no sólo para el arte!

—¡Si la oyeras cantar! — respondió emocionado el aludido — Es la discípula más talentosa de la escuela de música. Mi tío Picazzarri la considera su mejor alumna también en el forte piano.

—Entonces la admiraremos mañana en el concierto de la Academia.

—No concurrirá...

—¿Por qué? ¿No presenta acaso, Picazzarri, por primera vez ante el público, a sus mejores discípulas?

—Pero Marcelita no irá. La envuelve cierta hostilidad disimulada. Eclipsaría a las demás señoritas. Ella lo sabe y... se esquiva.

En tanto doña Luz de Ochoa que como otras damas españolas comenzaba a concurrir a paseos y fiestas públicas después de los sucesos del año 10, paseó con su hija sin demostrar el dolor que le causaba la frialdad con que la saludaban algunas damas, y la distanciada actitud de las jovencitas, que se paseaban también en grupos, y muchas de las cuales eran compañeras de Marcela en la clase de música.

—Que se acerque ella a nosotras — murmuraban algunas. — No ha de pretender superarnos aquí también...

—¿Y... los figurines? — preguntó una, alarmada.

—¡Es verdad!

—¿Le habrán llegado ya los últimos? Nos los prestará, seguramente.

Y la magia del último figurín venido de Europa, que Marcelita nunca dejaba de recibir y prestar gentilmente a las amigas, abatió la arrogancia de aquellas jovencitas. Indisponerse con Marcela equivalía a quedarse sin figurines. Escasas personas los recibían entonces en Buenos Aires. Mimosamente rodearon a la niña de Ochoa y, después de congraciarse con ella y con su madre, se aseguraron el codiciado préstamo.

Menos diplomáticamente inquirieron sobre la asistencia de Marcelita al concierto del día siguiente.

—¿No irás? — preguntó muy compungida una de las niñas. — ¡Lástima será que no luzcas en público tu habilidad, ya que tan bien ejecutas la partitura de la "Gazza ladra"...

—"La urraca ladrona" — tradujo malignamente otra. — (Era hija del caballero catarroso y mal pensado). Tus manos — agregó — parecen de oro en los compases brillantes y tienen pesantez de plomo para las notas fuertes...

Hubo un silencio incómodo y algunas miradas reprobatorias condenaron aquella demasía.

Marcela sintió la púa, sin explicarse su razón. Su madre sí la comprendió. La indignación enrojeció el rostro de la señora, quien, con fútil pretexto, se llevó a su hija.

II

De mal talante entró doña Luz en su casa, donde su marido, español de recio temple y edad provecta, conversaba con el maestro Picazzarri, quien, a fuer de cortés, quería inclinar la voluntad del padre para que no faltara el lucido concurso de Marcelita en el concierto de alumnas del día siguiente. Prometía don Carlos vencer la oposición de su mujer, cuando ésta hizo su entrada en el patio, todo florido, donde a la luz del atardecer y sentados en mecedoras departían los dos hombres.

Cambiáronse cumplidos entre las recién llegadas y el maestro. Pero bien pronto echó de ver éste la agitación de la señora y, con tacto encomiable, abrevió su visita.

Doña Luz, desembarazada de los perifollos de su tocado, que confió a su hija para alejarla, se acercó a su marido y tomándole las manos con vehemencia, le preguntó:

—¿Por qué, dime, nos hostiga una malevolencia social que no hay por dónde asirla para pulverizarla? Explícame en qué se apoya la sospecha que atribuye mala procedencia a nuestra reciente prosperidad.

—Rumores son esos de envidiosos y enemigos. Desóyelos y goza en paz de lo que es tan lícito como el bien mismo.

—Es que la hostilidad mortifica también a Marcelita.

—Belleza, fortuna y habilidades como las de ella

levantan admiradores, pero también revuelcan a los mezquinos. ¡Déjalos que se pringuen con su propia baba! No por eso disminuirán el talento ni la belleza de nuestra hija.

—¡Carlos! — exclamó exasperada doña Luz. — Hablas como si nada importara la opinión. Despreciarla y callar suele ser recurso de indefensos. Injurias apenas veladas nos han encendido ya el rostro.

—¿Injurias... dices?

—Sí. Con ingenio, pero sin reparos, alguien comparó hoy las manos puras de Marcela con el oro y el plomo de las monedas circulantes de mala ley, cual si de ellas procediese, y de otras ruindades, nuestra reciente fortuna, inexplicable para todos.

—Y tú... ¿qué respondiste?

—Nada. Enrojecí. ¿Acaso sé yo el origen del oro que tan generosamente gastas hoy en nosotras?

Don Carlos dió un respingo.

—¿Dudas de su limpieza, Luz?

—Ni un punto. Lo creo honrado. Pero es necesario que sepa de dónde nos viene. Creer que se tiene honra, es suficiencia; saber por qué se la tiene, pone defensas en la lengua, en la frente y en la mirada. Ignorante, enrojecí; sabedora, hubiera hallado la palabra que desconcierta a la impertinencia, y la mirada que castiga.

Oyó don Carlos el rotundo juicio de su mujer y sintió reproches en la conciencia.

—¡Ven! — dijo sencillamente. — Y llevó a doña Luz hasta el salón del pupitre donde, entre anaqueles bien provistos de libros y algunos muebles severos había uno muy macizo, de seguros herrajes, y cuya llave siempre había llevado don Carlos y ofrecido con falsa indiferencia a doña Luz cuando, en los primeros años de su matrimonio, le preguntaba ésta con curioso mimo qué tesoros guardaba allí.

—Documentos... — respondía; — legajos de familia cuya revisión te fastidiaría. El mueble vale más por su aspecto que por su contenido. Regístralo si quieres...

Y con eso jamás espoleó a doña Luz el deseo de averiguar lo que se le ofrecía con anuncio de fastidios.

Encendió don Carlos las luminarias de un candelabro y, silenciosamente, abrió por primera vez ante los ojos asombrados de doña Luz el misterioso mueble. Muchos legajos había en él que disimulaban tres arquillas de diferente tamaño y labor. Don Carlos las extrajo.

—Llama a Marcela — dijo a su mujer. — También ella ha de saber lo que tan mal hice en ocultaros.

Y así que tuvo a su lado a su hija, don Carlos abrió los tres cofrecillos, repletos de onzas de oro.

—Bien lo adivinaste, Luz, en otro tiempo. Tesoro había; pero no mío.

—¿Pues a quién pertenece?

—A Marcela, proque se cumple en ella la condición que, para gozarlo, impuso un idealista: mi abuelo. Todo ese oro es una herencia confiada al porvenir por un hombre de mi casta que quiso ser músico y vivir para el arte y a quien la vida le exigió ser negociante. Su hijo no heredó el amor al arte que atormentaba a su progenitor; pero sí sus bienes, menos este oro. Depositario de él lo hizo su padre al morir, para que si alguno de los descendientes tenía inclinaciones artísticas, las exigencias materiales no le estorbaran cultivarlas. Intacto recibí el legado, junto con las noticias que os doy, e intacto lo conservé hasta el día que vi llorar a Marcelita al oírle cantar un aria a la Campomanes; hasta que vi despertar con bríos interés musical en Buenos Aires y fué posible empezar la educación artística de nuestra hija sin arrancarla de la tierra que es su patria. De estos cofres extraje el oro con que se compró el forte piano que llena de armonías mi casa, echadas a volar por el talento de Marcelita. De los recursos de mi hacienda vivimos; pero es el oro del abuelo el que paga la enseñanza en la escuela de música y las lecciones extraordinarias, los asientos en teatros y conciertos y cuanto exige para presentarse en ellos con gusto y decoro. ¿Tienen los extraños por qué saber esta historia que es por sí misma un legado de idealismo? ¿La creerían, acaso?...

Y con vehemencia agregó:

—Mira, hija, si es de ley y de noble procedencia el oro que gasto en tí. ¡Tiene pergaminos!

Y, efectivamente, don Carlos desenrrolló a la vista de las dos mujeres un pergamino en el cual el abuelo idealista ponía condiciones a su legado.

Instalada en los altos del Tribunal de Cuentas, la Academia de música ofreció su primer concierto con un fausto social que provenía de la calidad y honra de los concurrentes.

Atildado y gran señor, Rivadavia, protector del movimiento artístico musical en Buenos Aires, ocupaba con su colega García sitio de honor en el salón.

Fué aquel un triunfo de la juventud porteña. Las once discípulas de Picazzarri desplegaron la gracia de su timidez al presentarse, por vez primera, ante un público que, con sus aplausos, estimuló en ellas sus dotes de concertistas y las hizo olvidar pequeñeces recíprocas para preocuparse de sí mismas. Y como el entusiasmo colectivo inflama sobre todo a los espíritus emotivos y juveniles, las compañeras de Marcelita la aplaudieron con creces, cuando la niña, con talento indiscutible, deleitó a todos al dejar oír la potencia cálida de su voz en música de Mozart, acompañada por la técnica y el precoz sentimiento artístico de Esnaola, profesor a los quince años.

Pero si las mortificantes intenciones nacidas de ligeras y juveniles vanidades amainan ante el mérito y vuelven por la justicia, la envidia y la malignidad se enconan.

No extrañó, pues, a doña Luz de Ochoa que, al rodear a su hija las compañeras para elogiarla sinceramente, la viperina de la víspera, envalentonada con la impunidad, le dijese ponderativa:

—¡Has estado brillante! Brillante como el oro que circula y puede apreciarse de cerca, tal ha sido tu voz al llegarnos a todos...

—En más me estimo — respondió con serenidad la aludida. — Guarda para tí, si te place, ese brillo de moneda circulante que se manosea, y déjame el mío, de arca guardada, y que me viene de herencia. Si no lo crees — añadió Marcela con un mirada altiva que enorgulleció a su madre, — pídele a tu padre, don Ramón de la Ribera, que te acompañe hasta la casa del mío y allí, ambos, podréis purificar vuestras intenciones a la vista de los pergaminos de mi brillo.

Y volvió al trato amable de sus amigas.

El conocimiento de la verdad, como lo dijera su madre, le había puesto defensas en la lengua y en la mirada.

COMPLICIDADES DEL AZAR

Tenía doña Teresita Balbastro—dama porteña, cuyo preclaro abolengo entroncaba con virreyes — gran aversión hacia los ingleses. Tanto menos explicable era esa ojeriza, cuanto se murmuraba, con el respeto debido, que en sus años de donosa juventud fué una de aquellas porteñas que, con ser muy patriotas, deslindaron el agravio hecho por los invasores, del embeleso que les causara el gallardo porte de aquellos oficiales ingleses que se hospedaron en los hogares bonaerenses, y cuyos ojos azules prendieron ensueños en la cálida fantasía de las niñas que ya estaban "en edad de merecer".

Lo cierto es que si veinte años atrás hubo algún incipiente idilio, no terminó como en los cuentos de hadas, pues doña Teresita mantúvose siempre en honrada soltería. Nunca, sin embargo, se la oyó maldecir de los ingleses, ni por lo que atañía a requemores guardados en el corazón, ni por las angustias que ocasionaron a su ciudad natal. Antes bien, solía felicitarse de aquellas sonadas invasiones y decir con un poco de temblor en la voz:

—Bienvenidas fueron. — ¡Dios me perdone!,— pues dieron ocasión a que la gloria entrase de rondón en Buenos Aires.

Doña Teresita fincaba su animosidad en las preocupaciones de su fe católica, acentuada con los años. Y cada vez que un elogio merecido, hecho en su presencia, enaltecía a algún británico, su acento, generalmente dulce, encontraba acrimonías al replicar:

—Sí, sí; pero es un hereje... ¡Ya asomará la oreja Lucifer!

Huelga decir, pues, que en su casa no se filtraron ciertas amables costumbres inglesas que, por contagio de simpatía, veníanse adoptando, de algunos años a esa parte, en los hogares porteños.

La señorial hospitalidad de doña Teresita se erizaba de frialdad ante los caballeros ingleses, a quienes nunca franqueó sus salones, que de buena gana hubieran ellos frecuentado atraídos por la gracia de María del Cármen, sobrina de la linajuda solterona.

No participaba la niña de las aversiones de su tía, sobre tódo desde que dió en fijarse con cuánta frecuencia encontraba a su paso, ya en el paseo, ya a la entrada del templo o en su tránsito por la calle, a cierto atildado caballero inglés que daba a su mirada azul, al fijarla en ella, toda la elocuencia vedada a sus palabras por la distancia que, firmemente, ponía doña Teresita entre su sobrina y él. Ni aun en las tertulias de amigos comunes había osado hablar

a la niña, detenido por las consecuencias que para su porvenir sentimental hubiera podido traerle ese atrevimiento.

—Es necesario — se decía. — ganar sin borrascas pleito tan delicado.

Y como le venía de raza no dar puntada sin nudo, varió de conducta, aunque no de miras. Sacrificó a éstas su aficiones de sociabilidad y galanteos para dedicarse a sus actividades de médico, con lo cual se proponía ganar práctica profesional, gratitud del Estado, admiración en el corazón de María del Carmen, y confianza en el de su enemiga.

Llegado al país como médico particular de Mr. Posomby — ministro de S. M. B. — al joven doctor Wilton le fué fácil obtener que se le permitiera desplegar la abnegación de sus cuidados, durante las horas de la mañana, en el hospital de Mujeres que Rivadavia acababa de poner en condiciones de funcionar nuevamente.

Por eso, cuando todas las mañanas, después de oír misa, aparecía la piadosa doña Teresita en la sala de las enfermas para llevarles el aliento de su palabra o la caridad de sus recursos, veía, inclinada sobre la cama de alguna doliente, la rubia cabeza del doctor Wilton. Sorda inquina la inquietaba entonces. Y muy aferrada a su convicción de que no tardaría en asomar la oreja de Lucifer, posaba un momento la cruz de su rosario, a manera de exorcismo, sobre las almohadas de las pobres enfermas, quie-

nes, sin comprender la intención, agradecíanle esa nueva muestra de piedad, muchas veces con palabras que la inquietaban.

—Sin su merced o sin el doctor Wilton, ¡qué sería de nosotras!

—Que el señor bendiga a usted, doña Teresita, como ha de bendecir al médico inglés que me salvó la vida...

—¡La caridad de su merced completa la obra del doctor Wilton!

Asaltada doña Teresita por sentimientos en pugna (su aversión no quería ceder un ápice a la simpatía que amenazaba invadirle el corazón) y escandalizada de que su nombre subiese junto al de un hereje en las oraciones de aquellas infelices, concluía por marcharse apresuradamente y por urdir pretextos que la impidieran volver al hospital. Pero su caridad acallaba su indignación, y a la mañana siguiente volvía a la sala de las dolientes, donde el doctor Wilton la había precedido ya. Al verla entrar, éste la saludaba con una leve inclinación algo mortificante para ella, que tan acostumbrada estaba a la amplia cortesía criolla.

Ignorante María del Carmen de la escaramuza de beneficencia en que estaban empeñados su tía y el doctor Wilton, no sabía a qué atribuir el eclipse social del médico, como tampoco ciertas irregularidades de carácter en su tía, antes de tan apacible palabra, y que ahora tenía hoscos mutismos y frecuentes

desplantes y reflexiones que a la niña le parecían incoherencias.

—Hay abnegaciones sospechosas cuando no nacen de la verdadera fe... — solía decirle su tía, de buenas a primeras. — Verdad es que el bien no puede provenir sino de Dios, pero... tengo mis dudas y sospechas.

—¿A quien se refiere usted? — preguntaba la joven con intuiciones de enamorada.

—A nadie, niña, a nadie. Son reflexiones, nada más.

Pero un día supo María del Carmen el encuentro cotidiano de su tía Teresita y el doctor Wilton, así como la noticia corriente de que el médico inglés había hecho una importante donación al hospital de Mujeres y que una dama muy piadosa no tardaría en imitarlo, sacrificando, según lo había dado a entender, una joya histórica por su procedencia.

—¡Oh! — se dijo después de asociar cosas y circonstancias. — ¿Una dama muy piadosa? — Mi tía Teresita. ¿Una joya histórica? Pues la gargantilla de diamantes que fué de doña María Amelia de Sajonia, esposa de Carlos III.

Y el diablillo travieso que cada joven bonita lleva en sí cuando juzga a una solterona, sobre todo si ésta es beata, le dictó una impertinente pregunta:

—¿Si se habrá enamorado mi tía Teresita del doctor Wilton?

Una risa retozona la acometió al imaginar por

dónde Lucifer había asomado la oreja. Más no tardó en sentir que la angustia cortaba su risa. Y quedó confundida al confesarse que quien estaba rematadamente enamorada del médico inglés era ella, y que el muy ingrato, después de prendarla con la reverente ternura de sus miradas, la olvidaba por su ciencia y sus humos de benefactor.

—Pues no ha de ser así — dijo al plantarse, segura de su valer, frente a un gran espejo que la reflejó encendida en resoluciones. — ¡Lo he de atraer con imán de amor, por bonita, por morena y por mi gracia porteña!

(Ignoraba María del Carmen que era inútil preparar combate, pues ya tenía vencido a su presunto contendor, precisamente por eso: por bonita, por morena y por su gracia porteña).

Revelado el nombre de la dama que sacrificaría a la beneficencia una preciosa joya, la curiosidad social se aplicó a averiguar qué alhaja era esa, ya que nadie había visto que doña Teresita luciera, en todos los días de su vida, más que un guardapelo de oro. Y es que la solterona sustentaba la discreta creencia de que una joya, cuanto más hermosa es, mayor belleza exige en quien la lleva. Y doña Teresita nunca había sido hermosa ni tenido el cuello esbelto.

Con tácito consentimiento de la autoridad suprema de Rivadavia — que aplaudía la intervención de la mujer en la beneficencia pública, — doña Teresita resolvió sortear en su casa, entre personas pudientes y

de calidad que quisieran hacer alguna donación en favor del hospital, una gargantilla de diamantes habida por herencia de una antepasada, quien a su vez la recibió de manos de doña María Amelia de Sajonia, esposa de Carlos III, cuando aquélla dama se despidió de su soberana para venirse a América. La joya había pues resplandecido en las tertulias virreynales de Buenos Aires.

La mañana del día en que doña Teresita se desprendería de su reliquia, entró como todas en la sala del hospital y vió al doctor Wilton, atento al estado de una enferma, iluminado por el sol, que doraba aún más el rubio ardiente de sus cabellos.

—¡Lástima que sea hereje, teniendo, como tiene, cabeza de arcángel! — pensó doña Teresita.

Y lo observó de soslayo.

El médico recorrió casi toda la sala con su habitual mesura. Mas, al llegar frente a su enemiga, no pasó de largo como acostumbraba. Detúvose resuelto y grave, aunque muy divertido interiormente con la visible sofocación de doña Teresita, quien sintió el golpeteo acelerado de su corazón, seguramente por razones de conciencia, o por la inesperada actitud del hereje.

—Señora — díjole tras leve inclinación y en buen castellano: — debo pedirle como una gracia que me sea permitido llevar mi contribución a su casa en favor de este hospital que tanto lo necesita, así como la del ministro de S. M.B., quien me ha pedido que lo represente... No puede negarme esa gracia — añadió

con firmeza al verla titubear — la dama que con la caridad de su presencia reconforta las almas de las hermanas sufrientes que mi ciencia cura.

Puesta en el trance doña Teresita de tener que dar su aceptación, respondió en el tono más cortés que pudo:

—Hoy a las 5 de la tarde se sorteará la gargantilla en mi casa. El doctor Wilton será recibido en ella como representante de lord Posomby y como caballero que se interesa por el bien de la ciudad.

Dicho lo cual saludó y se marchó después de dar tiempo escaso a su interlocutor para expresar su agradecimiento.

Nunca había visto María del Carmen llegar a su tía con muestras de mayor contrariedad, ni vió en ella tan completa mudanza en tan breve tiempo.

Al tono nervioso y perentorio con que doña Teresita dió órdenes para que el acto no revistiera cariz de tertulia, sino de oficio en favor de la beneficencia, sucedió una mansa disposición de ánimo que, más tarde, se trocó en la tranquila cortesía con que comenzó a recibir a los visitantes.

Damas y caballeros, atraídos por la novedad del recurso de doña Teresita y por la esperanza de llegar a poseer la historiada joya, llenaron el salón y, con mucho tacto social, después de saludar a la dueña de la casa, dejaban valores en una arquilla de madera labrada que, a manera de hucha, ofrecíase a la generosidad de los concurrentes junto a la hermosa

gargantilla cuyo estuche de terciopelo marfileño ostentaba, bordado, el blasón de una reina.

Con aplomo británico y cortesanía de perfecto hombre de mundo, hizo su entrada el doctor Wilton en el salón, sin advertir, al parecer, el asombro de la concurrencia, que no esperaba, por cierto, verlo bajo aquel techo.

Después de besar la mano que le ofrecía doña Teresita, el doctor Wilton la saludó en nombre de lord Posomby y fué a detenerse, dadivoso, frente a la arquilla, para acercarse luego a María del Carmen que, provista de una malla de plata, dejaba a los visitantes escoger en ella una cedulilla.

La niña, que a punto estuvo de perder su entereza ante la inesperada aparición del caballero inglés, recurrió a su gracia de porteña para disimular su turbación, cuando aquél le dijo con audacia de enamorado:

—Por la senda de la abnegación he llegado hasta la morada de mi diosa...

—Cuidado, doctor — respondió ella, — de mantener propicias las puertas del templo. A las diosas les es grata la presencia asidua de sus devotos. Y corrigió con una ola de rubor la osadía de las primeras palabras que cambiaba con el hombre que la había enamorado.

Con pinzas de plata, la jovencita que designara la concurrencia extrajo una de las cien cedulillas que campeaban sobre una bandeja cincelada. Des-

enrolló la niña el papelito y lo exhibió un momento a tiempo que cantaba el número que contenía:

—¡Cincuenta y cinco!

Hubo un murmullo de general decepción, ya que sólo una persona, entre todas aquellas podía ser la beneficiada. Luego, con olvido de las conveniencias, volviéronse unos a otros deseosos de sorprender en algún rostro la satisfacción denunciadora, mientras doña Teresita cogía en sus manos el estuche para depositarlo en las muy afortunadas que lo reclamasen. Nadie respondió.

—¡Cincuenta y cinco! — volvió a cantar la juvenil voz.

Sólo entonces, cual si hubiera procurado aumentar la espectativa con aquella breve espera, se adelantó el doctor Wilton hasta el estrado donde doña Teresita, acompañada de otras damas, hacía de oficiante, y a ella le presentó la cedulilla premiada.

Durante aquellos segundos, la imaginación, con rapidez sorprendente, bordó novelas.

Doña Teresita, sin denunciarlo, sintió un inmenso deseo de defender su joya, porque la vió cruzar los mares para ir a adornar la garganta de alguna hereje que la luciría en los salones de su país.

María del Carmen conoció la angustia de quien teme lo que desea, y creyó que se turbaría hasta el ridículo, si el doctor Wilton, con rendimiento que esperaba, se volvía hacia ella para regalarle la joya.

La niña que había cantado el número se inmutó

y de sus ojos gitanos partió un rayo de seducción que se malogró porque el doctor Wilton no apartó los suyos de doña Teresita al decirle, con tono muy respetuoso, pero con cierto triunfo en la mirada que sublevó a la dama:

—La buena fortuna, señora, se declara mi aliada en esta dignísima casa...

—Juguetes del azar doctor Wilton, que suele ser muy tornadizo.

Y doña Teresita, para corregir la descortesía de su réplica y del tono cortante que la acompañó, sonrió amablemente al ofrecer el estuche al favorecido caballero.

Con la siniestra apoyada en el pecho, resaltante de finura entre las plegadas muselinas de su alba pechera, el doctor Wilton recibió en la diestra la codiciada joya, la contempló un instante, y luego se la tendió con mucha reverencia a doña Teresita.

—Nunca — dijo — encontrará esta reliquia dueña que más digna sea de poseerla. En vuestras manos, tan consagradas al bien, se duplica su mérito, señora...

Doña Teresita sintió el derrumbamiento de veinte años de tenaces aversiones. La sorpresa, el elogio sin lisonjas de quien menos lo esperaba, el contento de poder explicar socialmente una simpatía que, a su pesar, había hecho gran mella en sus intolerancias... todo ello hizo que pronunciase palabras balbuceantes

de emoción y que una tosecilla intempestiva justificase por qué llevaba, a sus labios primero y a los ojos después, su primoroso pañuelo.

El aplauso de la concurrencia fué verdaderamente triunfal cuando, en presencia de todos y para su satisfacción, se contaron los valores recaudados en la arquilla repleta de onzas y de billetes convertibles en tales, y que se donarían en beneficio del hospital de Mujeres, como contribución de los concurrentes de aquel día a la casa de doña Teresita Balbastro.

Largo rato duró el ceremonial de despedida.

Con tino mujeril, logró María del Carmen maniobrar de modo que, al llegarse a ella el doctor Wilton para saludarla, la encontrase aislada de sus amigas. Pudo por lo tanto contestar con una mirada muy expresiva, envuelta en el donaire de una inclinación, a las palabras con que el caballero inglés le probó que si puso la gargantilla en las manos de doña Teresita, fué porque tuvo puesto el pensamiento en el hechizo de la sobrina.

Y por eso le supo a gloria oirle preguntar:

—¿Ha complacido a la diosa el más rendido de sus devotos, al comprometer propicias las puertas del templo?...

ENTEREZA FEMENINA

Finalizaba el verano de 1835, que fué — según las tradiciones — particularmente caluroso y tan prolongado que las familias pudientes se dejaron estar, más de lo común, en las quintas suburbanas diseminadas en la costa del Norte de la ciudad, donde gozaban de regalada tranquilidad y agradable temperatura, sobre todo en los atardeceres refrescados por el "aire del río".

Ya algo entrado el mes de marzo regresó con mucho rumbo y servidumbre, la familia de Guardiola, que no permaneció más tiempo en su quinta de San Isidro, a causa del inquietante estado de ánimo de Nieves, hija única de aquel hogar y muy mimada de sus padres, a quienes tenía alarmados con su incomprensible tristeza y sus desapacibles arranques. A cada intento de averiguación sobre las causas de tales acrimonias, la niña respondía invariablemente: — Me irrita vivir aquí y no estaré a gusto hasta encontrarme de nuevo en la ciudad.

Deseaba la joven volver a la casa urbana, no por

disgusto al campo, sino porque desde allí le era difícil saber lo que pasaba en la casa vecina a la suya y, sobre todo, en la vida de su amiga Rosario, quien, más de una vez, desorientaba sus conjeturas al suponer, chuscamente, que Eduardo Llorente hallábase enamorado de las dos, a juzgar por la acariciante mirada en que las envolvía cada vez que las encontraba juntas en la retreta o en las tertulias.

No obstante su vanidad, la niña de los Guardiola sospechaba en Rosario una rival preferida. Lastimada en su orgullo y en su amor por el joven, reprochábase Nieves sus descuidos y la seguridad que había fiado a su belleza, a sus caudales y a su rango social. Crecía su rebelión al recordar que Rosario Torres — según era voz admitida — llevaba en las venas un hilito de sangre negra traída por la línea materna, mientras que la estirpe de los Guardiola era diamantina. Mortificábala mucho verse obligada a reconocer que aquella lejana y debilitadísima herencia de sangre oscura, había dotado a Rosario de una delicada tez de color quebrado, precioso tinte romántico, muy en armonía con los ojos luminosamente negros de la niña y la undosa cabellera en la que su dueña hincaba con donaire el labrado carey del enorme peinetón de moda.

En todo eso pensaba Nieves la mañana siguiente de su llegada a la ciudad, cuando por conducto inesperado llególe confirmación de su sospecha, y

más rotunda de lo que hubieran querido sus esperanzas.

Mientras la orgullosa niña cavilaba, una escena pintoresca se desenvolvía en los fondos de su enorme casa. Junto a la pared medianera que separaba su jardín del huerto vecino, Roque, un pardito taimado, como de trece años, silbó muy quedo repetidas veces. Y a poco, sus ojos se alegraron porque sobre lo alto de la pared aparecieron, como garfios, dos manos oscuras, juveniles y ,tras ellas, la risueña cara de una negrita, más o menos de su edad.

—¡Melchora!

—¡Roque !Sube, sube...

A esa invitación respondió el tempranero galán sin hacerse rogar y escaló el muro, ayudado por las grietas del mal ladrillo de la pared. Comenzó entonces un sabroso palique: chismes de barrio, comentarios de menudencias caseras, quejas... y por último, ¡la gran noticia!

—¿Sabes, Roque, que la niña Rosarito se casa?

—La niña... Rosarito... ¿con quién?

—Pues, con el niño Ernesto. Dicen que ya puede curar enfermos, que es médico... ¡no! practicante en el hospital. Y se casan, se casan... Han traído cajas llenas de ropa blanca y unas mantillas y unos rebozos ¡más lindos! Las niñas están todo el día "cose que te cose" ¡uf!... ¡más cosas! ¡Ah! Mira, también han llegado muchos de estos papeles escri-

tos y yo sé que dentro de una semana los van a mandar a las amigas...

Y sin dejar de hablar, ponía en manos de Roque uno de los consabidos papeles, pulcramente impreso.

De pronto, la negrita desapareció del escenario, hundiéndose detrás de la pared. Un grito de dolor y de miedo acompañó su desaparición, a tiempo que se sentían los golpes que alguien, desde abajo y con unas ramas, aplicaba a las desnudas piernas de Melchora.

Roque, a su vez, se hizo humo. Y al escurrirse entre las plantas, oyó los quejidos de la muchacha y la voz chillona y amenazante de la parda Lorenza, capitana de los criados de la casa vecina.

Vuelto a la realidad de sus deberes, recordó Roque que la niña estaría en espera del mate matutino. Guardó el papel en el bolsillo de su pantalón blanco listado de punzó y se dirigió a la sala donde Nieves se hallaba sola por estar sus padres descansando aun de los traqueteos del viaje.

La niña seguía ensimismada. Llegóse hasta ella el pardito y con los brazos cruzados en señal de servidumbre y los ojos humildes, como si no hubiera matado una mosca en toda su vida, preguntó melosamente: — ¿Gusta su merced que le cebe mate?

—Sí... y de prisa — respondió Nieves malhumorada.

Una sucesión de matecitos dulces la entonó algo.

Y al sorber el último y mirar a Roque para despedirlo, advirtió en el rostro del pardito una sonrisa insistente, como de alguien que espera permiso para decir lo que cuesta callar.

—¿De qué te ríes tan estúpidamente?

—De una noticia, niña... ¡Qué noticia! Si supiera su merced lo que me ha contado la Melchora...

—¿Cuándo?

—Reciencito, niña, subida a la pared del fondo...

—¿Ya has vuelto a las andadas, pícaro? Una semana de encierro te costaría si lo supiera la señora... ¡Eres incorregible, un desobediente, un... forajido!

—Si su merced lo dice, así será... — contestó Roque con la más humilde resignación, pero bien seguro de que la curiosidad de su ama acortaría el chubasco.

—Y ¿qué noticia es esa?

—Lea, su merced, esto que me ha dado la Melchora... Yo creo que toda la noticia está escrita aquí.

Tomó Nieves el pulcro papel impreso que le alargaba Roque y leyó una de aquellas corteses y anticipadas participaciones de boda, frecuentes en los tiempos que corrían: "Si la aprobación de las personas sensatas puede contribuir a la felicidad del Santo Sacramento del matrimonio, Rosario Torres y Eduardo Llorente, solicitan de usted la suya".

Nieves no esperaba tan contundente certidumbre.

Como reacción inmediata, fijó en Roque una mirada tal de irritación que, por segunda vez en aquella mañana, el pardito se hizo humo.

Entonces, la orgullosa niña, libre ya de las indiscreciones de aquel mico, antes de guardarla, estrujó la malhadada participación e, incapaz de dominarse, rompió a llorar.

Cuando una semana después llamó la parda Lorenza al portal de los Guardiola, portadora de la participación matrimonial y de una fuente con dulces caseros como obsequio, Nieves, en ausencia de su madre, la recibió sonriente y afectuosa, acorazada contra todo espionaje que pretendiera averiguar sus verdaderos sentimientos. Y con tan buenas palabras agradeció a la criada las atenciones de su ama, que aquélla se fué hecha unas pascuas a contar lo linda y amable que había encontrado a Nieves.

No sospechaban las buenas vecinas toda la actividad social desplegada por la niña de Guardiola en la última semana: visitó las familias mas influyentes en el gobierno y, con mucho agasajo, a la del futuro e inminente gobernador, en cuyas manos no tardaría en recaer la suma del poder público. Con gran habilidad, hizo que la conversación se deslizara sobre la falta de asistencia médica en las fronteras a causa de la carencia de profesionales

que quisieran ir allá en cumplimiento del deber, en pago de lo mucho que debían a la patria por haberles costeado los estudios; insinuó, como al descuido, el poco entusiasmo de sus vecinas por la causa federal; tuvo apartes significativos en los cuales lució toda su gracia y coquetería, de las que se valió para hacer tácitas promesas, e hizo resaltar la influencia social que gozaba su padre. Manejó tan bien los recursos que le sugería su despecho, que de todas las entrevistas salió radiante y satisfecha.

Su madre, ignorante de esos enredos aplaudía, llena de regocijo, la actividad social y la excelente disposición de ánimo de la niña. Nunca se le hubiera ocurrido comparar a su linda hija con la víbora, tanto más vibrante y erguida cuanto más cerca está de inocular su veneno.

Tres días faltaban tan sólo para la celebración de la anunciada boda de Rosario Torres.

Engalanada y dichosa esperaba la niña la visita de su novio, muy agradecida a sus hermanas que, con femenina solidaridad, habíanle prometido entretener mucho tiempo a la madre en los menudos preparativos del acontecimiento cercano, a fin de que los novios pudiesen conversar a su gusto y sin testigos en la sala principal.

No tardó en anunciarse Eduardo y, cumplidos

los cordiales saludos de bienvenida, una mirada de Rosario recordó a sus hermanas la bella promesa que le hicieran. Y entre halagos, preguntas y demandas a su ayuda, las niñas se llevaron a la mamá... que se dejó llevar.

Buscó Rosario los ojos de su novio, y, en vez de la efusión y el contento, vió en ellos pesadumbre y desánimo. Sorprendida por el mutismo y la sombría expresión de Eduardo, reclamóle amorosamente la confidencia que, como otras veces, haría desaparecer la pena.

Pero Eduardo no encontró ánimo para hablar. Sacó del bolsillo de su flamante frac azul con botones dorados un pliego que puso en manos de Rosario, mientras él, vencido, doblegaba la cabeza. Todo su valor se había aniquilado y sólo su prometida, si se sobreponía a la desdicha, era capaz de trasmitirle el que necesitaba para no desesperarse.

La niña desdobló el pliego — un despacho del departamento de gobierno — y, trémula, pasó rápidamente la mirada sobre las fórmulas oficiales para leer pausadamente la sentencia dirigida contra su felicidad:

"... Por cuanto como practicante de medicina, empleado en el hospital general de hombres, se halla don Eduardo Llorente obligado a prestar por dos años servicio público — como lo establece el decreto del 15 de mayo de 1834 — se le ordena

pasar por esta repartición para recibir instrucciones".

—¿Qué significa ésto, Eduardo? ¡Habla, por Dios!...

Significa, Rosario, como ya me lo han confirmado, que antes de diez días debo marchar como médico a la frontera...

—¡No es posible, Eduardo! ¿Con qué derecho dispone así el gobierno de tu persona?

—Con el derecho que le da el decreto mencionado en ese pliego; decreto que para muchos no rezará nunca... Debo marchar porque el erario ha costeado mis estudios... y porque una mano perversa, una envidia oculta, celos, maldad, ¡qué se yo!, andan mezclados en este asunto...

Rosario, ansiosa, miró en dirección de la casa vecina y Eduardo movió afirmativamente la cabeza. Todo lo comprendía: la resistencia era inútil. Tachadas de federales sin entusiasmo, las familias de ambos carecían de influencia política. El decreto se cumpliría con todo rigor, y tratar de eludirlo significaba mayores desgracias: el destierro quizá; la separación sin término, acaso definitiva.

Pausadamente, para evitar un sollozo, Eduardo expresó la tortura de su situación.

—¿Cómo realizar la boda bajo estas circunstancias? Llevarte a la frontera es imposible; unirnos, sabiendo que debo dejarte, es indigno... Decide

tú, Rosario, porque sólo tú eres capaz de librarme de la locura...

A pesar de su juventud sintió la niña la llamada que se hacía a su temple de mujer y no detuvo su pensamiento en las mezquindades sociales. Ante la magnitud de la pesadumbre que los alcanzaba, midió la fuerza de su amor y se sintió poderosa. Puso sus manos leales en las de Eduardo, y con una resolución que venció a la debilidad de las lágrimas, se impuso el deber de superarse a toda miseria y hacer del dolor una prueba de su ternura.

Hecha ruego, su palabra subió como una plegaria.

—Cumple, Eduardo, la desconsiderada misión que te imponen. Acepta la tiránica condición que puede aplazar, pero no destrozar nuestra dicha. No te amargue el pensamiento de dejar una esposa, como novia esperaré tu regreso que quizá los acontecimientos y tu obediencia apresuren. Nuestra unión debe ser jubilosa, no sombría. Levanta, Eduardo, esa cabeza que quiero ver siempre alta; mírame en los ojos, dime que aceptarás con valentía la ventura de sufrir por amor.

Más allá del muro divisorio, en la casa vecina, Nieves, a solas, como era su costumbre cuando cavilaba, sonreía nerviosamente. Tenía el corazón apretado y no lograba engañarse a sí misma: su malig-

no triunfo le negaba la satisfacción esperada. Fortuna era para ella no ver, a pocos metros de sí, la beatitud de un amor que, por obra suya, se había poetizado para siempre. El recuerdo de aquella hora de firmeza y de fe, nacidas de la desventura, tendría en adelante para los dos enamorados algo de religiosa veneración que hizo decir a un poeta: "Dios está allí donde el dolor empieza".

EL PRIMER VALS DE STRAUSS EN BUENOS AIRES

Unitarios y federales, arrebatados de entusiasmo, batían palmas por la misma causa. Los aplausos prolongados llevaban una sola onda de admiración hasta la orquesta que acababa de ejecutar, por tercera vez, en la sala del viejo Coliseo, el primer vals de Strauss, hasta entonces no escuchado en Buenos Aires.

Durante un momento, como una tregua de amor, el arte ponía olvido a las terribles divisiones políticas y al disimulo de los verdaderos sentimientos. El auditorio, seducido por aquella curiosidad sinfónica que había de hacer furor en la sociedad bonaerense, no tenía en esa hora color político, a pesar de los tonos rojos dominantes en la sala y en el tocado de las damas, denunciadores, de la adhesión a la tiranía imperante o de sumisiones llenas de calladas rebeldías. El ritmo de una música hecha para todos los corazones capaces de sentir su belleza, lograba una fraternización que, a la mañana siguiente, lejos de su embrujo, desaparecería, ahogada por los enconos, la desconfianza a las delaciones, el terror...

No tardó el encanto del primer vals de Strauss en trasponer el ambiente del viejo y tradicional teatro porteño: su melodía pegóse a los oídos y casi no hubo clave en los hogares al cual la gente moza dotada de buena retentiva musical, no le arrancase la cadenciosa melodía.

Y decimos que casi no hubo clave que no desgranara sobre su teclado la dulzura del vals de Strauss, porque las dos vetustas señoritas de Ordóñez, devotas de la gavota y del minué, defendieron siempre al suyo de novelerías y valses a los cuales llamaron "música de herejes", cuando no los consideraban música liviana y transtornadora capaz de sacar a las muchachas de sus casillas. Así lo comprobaron una vez más, en las mañanas siguientes a la velada teatral que diera a conocer el nuevo vals, cuando en su trayecto a la misa matutina oyeron escandalizadas que, en la mayoría de las casas pudientes, manos juveniles lo ensayaban porfiadamente a hora tan temprana como inadecuada.

—¡Jesús! — decían al pasar. — Y se arrebujaban en sus mantos.

Nadie conocía a ciencia cierta la edad de las "niñas" de Ordóñez, ni los caudales que poseían, ni sus sentimientos sobre la trágica división política del momento. Pero todos aseguraban que cada una de ellas hacía ya tiempo que había pasado el medio siglo y que era mucha su riqueza. Tenían fama de devotas, retraídas, y de ser muy celosas de la tradición en lo

que ésta tiene de árido, de anquilosado y de rancio. Alimentaban su razón con prejuicios y éstos gobernaban su conducta.

Un rayo de luz entraba a veces en aquella casa opulenta, pero tétrica: era Juan Bernabé, sobrino mozo, bien plantado, alegre, despejadísimo, hijo de una hermana muerta ya y de un buen federal que malvendió los bienes de su mujer. Las dos tías adoraban al sobrino. Sabíalo éste y menudeaba sus visitas aunque le empalagaban los mimos y las obsequiosidades de sus tías, cuya generosidad no iba más allá de tender la mesa con mantel largo y llenarla de manjares en obsequio de su sobrino.

Pero jamás logró el mozo que alguna de sus tías maternas aflojara, en su favor, los cordones de sus repletos bolsillos. Y era que las dos solteronas rivalizaban en lo tocante al sobrino y tenían una vanidad póstuma: la de superarse en el caudal que le dejarían al morir. Sospechábalo el joven, y pensando en el futuro consolaba algo sus angustias del momento. En tanto, para poder vivir sin estrecheses, su padre y él habían aceptado empleos civiles.

Tampoco consiguió Juan Bernabé que la mansión de sus tías se remozara con tertulias en las que él hubiera hecho los honores de la casa y desbordado su afán de galantería de buen tono y ciertos gustos de gran señor que no podía ejercitar en su pobre hogar.

Mas, lo que no consiguió el amor púdolo el rencor

— que así suele ser de flaca la moral de los acérrimos.

Cierto día, las dos señoritas de Ordóñez, entretenidas en inacabables labores al ganchillo, bien seguras de hallarse a solas y libres de indiscreciones, bajaron cuanto pudieron sus atipladas voces, para comentar el acontecimiento del día; la muerte del gobernador de la provincia de Santa Fe.

Con la rapidez con que se extienden los rumores públicos, sin que se sepa su verdad exacta ni su origen, llegó a oídos de las dos retraídas solteronas la sospecha propalada de que el brigadier general de la Nación, don Estanislao López, enfermo de gravedad desde hacía algún tiempo en Buenos Aires, había sido envenenado por orden de Rosas, porque era conveniente a los planes de éste apresurarle la muerte.

Entonces salió a luz — sin que trascendiera más allá de las cuatro paredes de la habitación donde hablaban — el hondo resuello unitario tan cuidadosamente oculto por las señoritas de Ordóñez. Federales, hubieran rechazado indignadas la sospecha; unitarias, la exprimían sacando todo el zumo posible de la perfidia que daban por cierta.

—El médico hereje, vendido al demonio, que asistiera a López le ha dado el veneno — afirmaba Alfonsina.

—Mejor así — respondía no muy cristianamente Eulalia. — De esa manera ha hecho tres fa-

vores al diablo: se ha perdido él, ha condenado al tirano y ha quitado del mundo a otro tirano para que vaya pronto al infierno, donde ya debe estar quemándose.

Y ambas callaban un rato, para ensañarse después más en sus comentarios.

—Si es verdad lo del envenenamiento, como no cabe duda que lo sea, ¿a qué viene el decreto ordenando la exequias en la catedral, los honores militares, el proyecto del monumento de mármol costeado por el tesoro y... la temeridad, la herejía de que el nombre de López se inscriba en la Pirámide de la plaza de la Victoria para las fiestas cívicas?...

—Apariencias, apariencias; tierra echada a los ojos de los que se dejan cegar; bambollas para ocultar el crimen — respondía Eulalia con autoridad.

Eso sabían y esas cosas comentaban las señoritas de Ordóñez, cuando se les presentó Juan Bernabé, con cara de circunstancias y llevando luto en el traje. Sus dos tías quedaron atónitas.

—¿De luto, Juan Bernabé?... ¿Tú?...

El joven simuló un aire compungido y, después de cerciorarse que sólo sus tías le escuchaban, respondió entre dolido e indignado:

—De luto, sí... Bien a mi pesar, pues me repugna llevarlo por un secuaz de Rosas... pero, a mi pobreza le debo ser empleado civil y, según el decreto de ayer, es obligación que los empleados civiles y militares lleven luto tres días consecutivos...

Miró con el rabillo del ojo a sus tías y vió que cambiaban entre sí una mirada feroz, como si cada una hiciera responsable a la otra de la situación del sobrino.

—Si yo tuviera las fincas en la ciudad que heredó Eulalia — dijo hipócritamente Alfonsina, — no serías tú empleado civil...

—¡Calla, mujer! — respondió la aludida. — ¿Qué valen mis fincas? Cuatro cuartos... Si yo tuviera las estancias que heredaste tú, Juan Bernabé no llevaría luto en esta hora.

Y se encerraron en un mutismo precursor de nuevas tempestades.

Juan Bernabé se despidió cariacontecido al parecer, pero retozándole de esperanza el corazón. Su intuición juvenil decíale que había triunfado y reinaría en el bolslllo de sus dos tías, porque la división entre ellas era manifiesta.

Equivocado iba el joven, no en lo tocante a resultados, sino en el proceso con que se lograrían éstos. La rencilla se transformó en armonía.

Apenas desapareció el joven, las dos solteronas estallaron en exclamaciones a la sordina contra la tiranía. Todas las rebeliones ahogadas durante varios años, los silencios forzados, el aislamiento beato impuesto como explicación a una vida apartada de la sociedad federal, las genuflexiones a que las obligaba su condición de mujeres sin defensa, se resolvieron en dos rasgos impensados.

—El hijo de mi hermana llevando luto por un bribón... — decía entre dientes Eulalia. — Mi querido Juan Bernabé obligado a vivir de un miserable empleo civil y expuesto a ser federal de corazón... ¡nunca! Yo lo salvaré aunque tenga que darle el usufructo de mis fincas... Mi notario arreglará eso...

—Luto en las ropas; luto obligado por un tirano en honor de otro tirano... Esto pide un desagravio a la decencia, — decía a su vez Alfonsina. — En cuanto pasen los tres días de gimoteos exigidos por el decreto... ¡ya verán! Oye, Eulalia — agregó resuelta, — en esta casa habrá pronto tertulia. Invitaremos a muchos federales y no sabrán que bailan a expensas de nuestra alegría de unitarias porque hay en el mundo un tirano menos...

—¿Una tertulia... aquí?...

—Aquí, sí. La habrá o moriré de un sofocón.

Y ambas hermanas bajaron los ojos sobre sus labores al ganchillo, con esa tranquilidad que dejan las grandes e inmutables resoluciones.

Al día siguiente Eulalia habló con su notario y Alfonsina ya no se dió tregua hasta hermosear el gran salón de la casa. Un ejército de criadas, mestizas casi todas, pulieron los pisos, lustraron las molduras, prepararon arañas y candelabros. Eulalia secundó a su hermana con entusiasmo quinceañero y una ola de rejuvenecimiento refrescó el interior de la casa y puso animación desusada en los ojos de las dos solteronas.

Las invitaciones, llevadas por las criadas de mayor confianza, llenaron de asombro a los convidados y se dispusieron a asistir, unos por cortesía, otros por curiosidad, descontando todos el aburrimiento de una tertulia soporífera.

El día de la fiesta, Juan Bernabé libre ya de las trabas de su empleo, gracias a su tía Eulalia, no fué admitido en los preparativos y sólo se le permitió acudir unos momentos antes que a los demás invitados. Su deslumbramiento, como el de éstos, fué grande al ver brillar los damascos de los tapices, los espejos y las profusas bujías; cuando se cercioró del señorío con que sus dos tías daban la bienvenida a los tertulianos y, sobre todo, cuando vió llegar, deshaciéndose en reverencias, junto al músico que arrancaría al clave sus mejores notas, a un pardo violinista, verdadero lujo de las tertulias que con las vibraciones de su arco parecía encender en gracia y entusiasmo a los danzantes.

Mas no se detuvieron ahí las sorpresas. Concluído el minué que permitió a la gente madura lucir su galantería y dar tono a la reunión, a una señal de Alfonsina, el violinista rompió el aire con la triunfante melodía del primer vals de Strauss. Una ráfaga de placer empurpuró las mejillas juveniles; los breves pies de las niñas, ansiosos de cadencias, se agitaron bajo los pliegues de sus amplias faldas: los brazos varoniles se ofrecieron con caballeresca cor-

tesía y el gran salón se animó con parejas unidas por el abrazo rítmico del vals.

La tía Alfonsina estaba transfigurada de regocijo: los federales bailaban por su voluntad de unitaria que festejaba, recónditamente, la desaparición de uno de ellos... ¿Venganza pueril o perfidia femenina?

En tanto, más de una niña de alma unitaria sentíase atraída hacia algún joven federal al verle danzar gallardamente y suspiraba por tenerle como acompañante, sabedora de que sólo baila bien un vals quién puede... y no quien quiere.

Y por virtud del arte sucedió, pues, que en el salón de las vetustas señoritas de Ordóñez, como en la sala del viejo Coliseo, la melodía triunfadora del primer vals de Strauss derrotaba a la política.

DE LA ARGUCIA AL IDEAL

De soslayo, mientras hacía calceta, la solterona de Robles, miró a su hermano Fabián. Paseábase éste, nerviosamente, sin decir palabra, de un extremo a otro de la habitación. Su levita azul y su flamante chaleco colorado realzaban una apostura altanera, casi marcial, acentuada por los bigotazos erizados y el empaque de la cabeza, tiesa dentro de un alto y puntiagudo cuello blanco. Las patillas federales ponían su línea dura en el rostro de don Fabián, que hubiera parecido ríspido, si los ojos no revelasen en aquel momento timorata inquietud.

—¿Qué te pasa Fabián? — preguntó la solterona con cierta guasa en la mirada.

—¡Nada! ¡Qué ha de pasarme! Aguardo la hora de ir a ver al Gobernador.

—Pues aguárdala sentado. Me vuelves tarumba con tanto paseo. Son apenas las dos de la tarde y hasta las cuatro no ha de recibirte. ¡Siéntate, hombre, que mareas! Y para matar el tiempo y aliviar el ánimo, dime qué sofión esperas... porqué toda

esa nerviosidad (aquí bajó mucho la voz) es a cuenta de alguna barrabasada que esperas de Rosas... ¡Y yo que te creía tan tigre!

Quedóse plantado don Fabián y vaciló entre recomendar a su hermana que metiese la nariz en la calceta y no hurgase negocios ajenos, o buscar ánimo en la confidencia y recursos de defensa en la sagacidad de aquella mujer que solía emitir juicios de oráculo y dar sazonados consejos.

Triunfó su flaqueza. Amansado por ella, acercó al de su hermana un sillón en el que dió descanso a su andariega actividad.

—Bien sabes, Juanita — dijo — los desvelos que me ha costado encauzar ese programa de exámenes públicos para el Colegio del Plata...

Dejó de hacer calceta la aludida; aguzó el gesto y movió la cabeza muy complacida, como si pensase: — Así te quiero ver, sin humos de persona inabordable, reducido a confiar en mí, la única capaz de volver a entonarte...

—...Y asimismo sabes que mi cargo de inspector me obliga a presentar un informe sobre ese programa.

—Que, sin tener yo muchas luces, juzgo malísimo.

—Es lo mejor que ha podido planearse en los actuales momentos. Y mi informe debe apoyarlo. No hay en él materia, tópico, o palabra que no haya sido objeto de mucha cautela y reflexión. Pero temo repulsas de parte de Su Excelencia; presiento enmiendas hechas por propia mano, y me atormenta la mofa que

puede hacer de mí con una sola palabra, y el descrédito con que esa palabra puede maltratarme.

—Pues ataja el dardo.

—¿Por dónde, si creo haberlo previsto todo; si no hay ya tiempo para componendas; si dentro de dos horas debo poner en manos de Rosas el programa y el informe?

—Sobra tiempo si anda listo el seso.

—Préstame el tuyo, Juana, que el mío ya está estrujado.

Y con gesto de cansancio, don Fabián extrajo de las honduras de un bolsillo el programa de marras, impreso y acondicionado en forma de cuaderno.

De papel color rojo, sin una sola inscripción, era la cubierta. No necesitaba de leyendas el programa para declarar su bandera: federalismo. Toda la enseñanza prescripta bajo esas tapas coloradas, tenía necesariamente que convenir con el régimen político imperante. Tiránico era éste; dogmática había de ser aquella, ya que el dogmatismo es el despotismo de la enseñanza. Nada debía encerrar que incitase a los estudiantes a investigar: de ahí la ausencia absoluta del estudio de las ciencias naturales, tan propicias para avivar el deseo de descubrir, de actuar por cuenta propia. Nada podía haber allí que advirtiese a la juventud los errores que llevan a los pueblos hacia la ruina; nada que revelase las consecuencias de la opresión o el proceso íntimo de las sociedades que un día estallan para redimirse. Ni pueblos oprimidos, ni pue-

blos felices regidos por leyes que respetan los derechos de la sociedad y afianzan su soberanía, debían desfilar, a juicio de los pedagogos federales de 1846, en el programa de estudios del Colegio del Plata. Ignorancia de la historia griega y romana, no obstante exigirse cursos intensivos de latín y de literatura latina — ignorancia de la historia de Oriente, de la Edad Media y de la Edad Moderna y aún de la historia contemporánea europea, parecía ser la consigna impuesta a la enseñanza. Transparente era la intención: eludir el estudio de la historia universal por considerarlo subversivo para la tiranía.

La agudeza de la vieja señorita de Robles alcanzaba la razón de esas omisiones. Huelga decir que la solterona conocía bien las fallas y ventajas de aquel programa por haber revisado, más de una vez, a hurtadillas la carpeta donde guardaba don Fabián sus trabajos profesionales. Curiosa por hábito de su soltería y por interés solícito a cuanto se relacionara con su hermano, conocía tan bien como él sus vacilaciones, sus reveses y sus modestos triunfos: de ahí lo madurados y provechosos que resultaban sus consejos.

Detuvo doña Juanita su mirada en la página inicial del cuaderno y leyó con gran prosopopeya: "¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios!" Y luego, con mayor solemnidad aún, la frase latina que a renglón seguido saltaba a la vista con pretensiones patéticas: "Gloria Labores Sequitur!!"

—Me repugna, Fabián, esta mezcolanza. Vayan

unidos en buena hora el "¡viva!" y el "¡muera!" Pero que a eso siga la serena y levantada sentencia latina... me repugna por falso, por incongruente...

—Juana, lo primero es de rigor, lo segundo es la verdad...

—Y lo tercero es que veo aquí mucha mitología, mucha historia sagrada, mucho catecismo y literatura latina — agregó la solterona hojeando el cuaderno — y muy poca, poquísima historia nuestra, de aquella que hemos vivido en nuestra juventud, que debiera ser ejemplo y es orgullo nacional. ¡Tres tópicos breves, puestos ahí como por misericordia, cual si se tratase de cosas insignificantes, para referirse a la revolución y a la independencia!

—Mucho se cree haber concedido al permitir que se aluda así a esos acontecimientos. Más de una vez he temido que una voluntad muy poderosa ordenara su supresión. Pero debe haberse estimado que sería peligrosa una omisión absoluta. Y se ha permitido que esa parte de nuestra historia quede sintetizada en tres temas que figuran, modestamente, casi escondidos en la detallada acción del actual gobierno.

—¿Detallada?... ¡Ampulosa! ¡Teatral! Oye cómo suena: "Lid gloriosa sostenida por el general Rosas. Su expedición en los desiertos del Sud. Narrar las tres épocas más notables de Rosas: 1ª época, en 1820; 2ª época en 1828; 3ª época, en 1835. Asociación del partido rebelde al intruso Rivera, azote de la República Oriental..."

Aquí doña Juanita se detuvo y masculló.

—¿Qué te extraña?

—Lo suave del término... Vayamos a lo esencial. El programa está impreso ya; obedece a indicaciones todopoderosas y no se ha de cambiar por ahora... Pero los minutos pasan y tú no has requerido mi juicio para oir críticas sino para que te ayude a salir airoso y a evitar reprimendas o mofas. La púa del trompo está en el informe que elevarás. Veámosle.

Con un ademán perentorio de la diestra, la soltero- na reclamó el pliego que debía presentar su hermano. Obedeció éste y puso en manos de doña Juanita un prolijo manuscrito que la solterona leyó concienzudamente.

—Muy bien — dijo — muy edificante... sobre todo el final: "Tanto las obras adoptadas como el pro- "grama, no contrarían a la doctrina ortodoxa de la " Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, la moral " ni al orden, ni al sentir político del Estado, y creo " que con las pocas correcciones que se han hecho en " lo relativo a la Confederación Argentina, puede " V. E., siendo servido, acordarle su suprema aprobación...."

Quedó pensativa doña Juanita; releyó una que otra parte del programa; volvió a cavilar y, sin mirar a su hermano, dijo, como si hablase a un ente imaginario.

—El mal es grande, pero pudo ser mayor. Exige este programa estudios muy intensos y, si se cumple,

la juventud hará acopio de saber... Doblemos, pues, la hoja. Lo que importa ahora, es evitar lo que Fabián teme, con sobrada razón El informe es flojo y no denuncia a un federal muy exaltado. Debió ponerse en él más celo partidario, proponer enmiendas... Y ya que no lo ha hecho por escrito, que lo haga verbalmente y ofrezca oportunidad de hacer suyas esas enmiendas a quien podrá ordenar que se cumplan autoritariamente.

—¿Qué enmiendas se te ocurren, Juanita? Encuentra una sola que halague a Rosas, sin que parezca muy rastrera, y cuenta con mi admiración. ¡Habla! ¿La has hallado?

—No una, sino dos.

Y el índice enjuto de doña Juanita, señaló aquellas palabras que le habían llamado la atención por juzgarlas descoloridas para la exigencia federal.

—"Partido rebelde..." — volvió a decir. — Muy chirle habrá de parecer a Su Excelencia esa manera de designar a sus enemigos. Consúltale si no sería mejor llamarle "bando rebelde de salvajes unitarios". ¿Y estotro?... ¿Si le propusieras que este "caudillo" aplicado a Lavalle, se convirtiese en "cabecilla?" Como le caiga en gracia el trastueque, subirán tus méritos de federal celoso. Una sola palabra puede hoy condenar o congraciar.

Dejó en paz don Fabián los bigotazos que no había cesado de martirizar mientras hablaba su hermana y,

apresuradamente, hizo anotaciones en un memorandum.

—Me has dado lo que necesitaba, Juanita — dijo con verdadera emoción. — Valgan lo que valieren esas dos enmiendas que propones, me harán parecer celoso del detalle efectista... Y eso le agrada a Rosas. ¡Hasta luego, Juanita! Me marcho ya. Iba a presentarme amilanado sin saber por qué ante el Gobernador, y me siento ahora deseoso de estar ya en su presencia. ¡Cuánto ánimo dá al hombre un argumento, un recurso cualquiera en el que pueda afirmarse...! ¡Gracias!

—¡Jesús, Fabián, no es para tanto! — dijo la solterona tranquilamente a tiempo de aplicarse de nuevo a su calceta.

Y a través de los vidrios de la ventana con vistas a la calle, divisó a don Fabián en el momento de atravesar la calzada. Iba muy aparatoso e imponente dentro de su levita azul y su chaleco punzó; prócer la estatura que el sombrero de alta copa hacía aparecer más aventajada; fieros los ojos y firme el andar.

Sonrió doña Juanita y no pudo menos que decirse:

—¡Tanto geniazo... tanto rumbo, y en qué poca agua se ahogan los hombres, Dios mío!

II

—¡No hay duda! Son los hijos de Clara... Sí; es la voz de Merceditas la que oigo... Tarde vienen. No los esperaba ya...

A pesar de la demora, muy gratas debían ser las visitas que se anunciaban, porque la solterona dejó las agujas, levantó las gafas que quedaron sobre su frente como una diadema, y esperó sonriente y halagada a sus sobrinos. No tardaron éstos en aparecer, enmarcados entre los rojos cortinajes de una puerta. Detuviéronse en ella un instante, adelantando graciosamente las juveniles cabezas, cual si quisieran obtener permiso para entrar, antes que Merceditas, con su voz de pájaro preguntase:

—¿Tienen permiso para pasar adelante estos dos pecadores?

—Sí, niña, siempre que dejen los pecados afuera — respondió la tía. Y tendió los brazos a una jovencita muy pizpireta y a un adolescente dueño de una mirada ensoñadora que faltaba en su hermana y que la hubiese hecho irresistible.

Acercáronse alegremente los dos jóvenes al sillón de doña Juanita. Dejóse ésta besar por la niña, pero retuvo con ternura la mano de Matías, su ahijado, y fué más solícita con él.

Merceditas hizo un mohín de enfado. Y del enojo pasó a la risa, y de la risa a parlerías que divirtieron por un momento a la solterona para cansarla presto.

A fin de alejar a su sobrina, tendió una tentadora celada que había de costarle buenos pesos, de los que no era avara, por cierto.

—¿Te gustaría, Merceditas, tener una manteleta y una sombrilla de las que ya se han puesto en venta para la primavera próxima en la tienda de don Marcelino?

Los ojos de la niña hablaron por ella. Cruzó después las manos, como arrobada, y preguntó:

—¿Me las regalará usted, tía Juanita? Si es así me acerco ahora mismo a la tienda con mis criadas — que en el patio están — y en menos tiempos del que emplea en cantar un gallo, estoy de vuelta con la más bonita manteleta y la sombrilla más cuca que haya en la tienda:

—Hazte el gusto Merceditas... Y que a mi cuenta se carguen. Vete con tus criadas y con Matea que es persona de respeto, y elije la que más te agrade. Pero no tardes en volver... ¡No olvides que anochece pronto! — díjole al verla marcharse como un torbellino. — Y se quedó muy tranquila, segura que Merceditas revolvería toda la tienda y más de una hora larga pasaría antes de su regreso.

El adolescente, ajeno a las trivialidades de su hermana, habíase acercado a una cómoda de factura colonial, y observaba detalladamente un florero, regalo de don Fabián a su hermana. De porcelana punzó, con manijas, pie y cuello dorados al mercurio, el florero ostentaba el retrato de Rosas, de perfil, con uni-

forme y banda roja, dentro de un medallón orlado de laureles. La mirada de Matías se detuvo en una leyenda que, en caracteres colorados, resaltaba sobre fondo blanco:

"¡¡Rosas!!"

"Federación o Muerte"

Con el rabillo del ojo, observaba doña Juanita a su sobrino. Le vió inmutarse y se dijo complacida: —¡Buena señal! Ni el ambiente, ni la enseñanza bombástica y falseada de la época, han maleado la excelencia de su alma. Hereda la fibra del abuelo. ¡Ya lo presentía yo...! Después del extremecimiento prende bien la semilla del idealismo. ¡Aprovechemos!

Simuló indiferencia en el tono la tía Juanita al decir:

—De fabricación francesa es el florero... Parece que te encanta.

Hizo un gesto negativo el adolescente y se acercó a su tía.

—¿Por qué, madrina, ha de recordarse siempre y en todas partes, aún en los adornos, a la muerte? ¡Harto estoy de ver escrita la palabra "¡mueran!" No puedo acostumbrarme a ella. Quite usted ese florero de ahí. Deja de ser bello por la leyenda...

—¡Qué esperanza! Es de buenos federales lucir en sus casas adornos como ese, criatura. Al tenerlo aquí, tu tío se siente tan tranquilo como lo estabas tú, cuan-

do pequeño, en los días de tormenta porque te consolaba saber que junto a tu cama una palma bendita te libraba del rayo. Y el tío Fabián es un poco niño, a pesar de sus bigotazos y sus años

—¿Y usted, madrina no tiene amuletos o reliquias que la tranquilicen cuando está agitada o temerosa?

—¡Ya lo creo! Y tan sagradas son esas reliquias que no necesito tenerlas a la vista constantemente. Su recuerdo y lo que significan como abnegación y valor, me dan a mí esas virtudes en todos los momentos de mi vida: ¡Ni una vez me han traicionado!

Matías escuchaba incrédulo. Pero, impresionado al fin por la expresión de verdad que notara en el rostro de doña Juanita, sintió vivísimo deseo de saber qué devoción era esa que él no conocía.

—De dónde provienen, madrina? ¿Qué son...?

—Ya lo verás.

—¿Hoy...? ¿Ahora?

—Bien, sí, porque ya estás en edad de valorarlas. Tuyas serán algún día. Pero no eches en olvido que son una herencia de patriotismo. Si tus manos las tocan contraen el compromiso de ser generosas y defender los ideales que sustentaron los que obtuvieron esos premios, que son reliquias.

Dirigió doña Juanita el breve y apresurado paso, peculiar en ella, hacia la cómoda e hizo jugar la cerradura del primer cajón con un llavín que pendía con otros de su inseparable llavero y, con mucho

cuidado extrajo una caja de raso cerrada por un broche de plata.

Antes de abrir el estuche, la solterona pasó su mano ardorosa por la frente de Matías, como para trasmitirle sus fervores. Más que una caricia pareció aquello una consagración.

El adolescente sintió esa emoción, mezcla de angustia y de placer, que acomete a los espíritus sensibles en espectativa. Su ansiedad decidió a doña Juanita.

Abierto el estuche, Matías vió, sobre un fondo de terciopelo azul celeste, un escudo de plata ovalado y otro de paño blanco con orla celeste, palmas de laurel en sotuer bordadas en seda del mismo color y una inscripción en plata.

Sin animarse a tocarlos, por el respeto natural que infunde lo que se adivina sagrado, Matías leyó las palabras bordadas con cordoncillo de plata, que campeaban en el escudo de paño blanco: "La patria a su defensor en Tucumán".

Curiosa, la mirada se fijó sin tregua en el escudo de plata. Sobre su campo, entre un gajo de laurel y otro de palmas, dos manos unidas sostenían en alto un sable corvo con el gorro de la libertad. Y con cierta unción leyó las palabras circundantes: "La patria a los vencedores de Salta en 20 de febrero de 1913".

Interrogante fué la mirada del joven al buscar la de su tía.

—Ambos escudos — díjole ésta — los ganó mi

padre cuando, por no tener un hijo con años suficientes para combatir por la patria (Fabián, sólo contaba entonces trece años) se alistó en las filas del ejército de Belgrano, a una edad en que otros sólo piensan en descansar. Cincuenta años había cumplido el abuelo cuando ganó en Tucumán y Salta esos escudos.

Vió doña Juanita en Matías la turbación de la ignorancia que quiere disimularse y, benévola, la atenuó con su palabra disculpadora.

—No es afrenta tuya ignorar la grandeza de esas acciones en las que tu abuelo ganó la gratitud de la patria. Culpa es de los que no te han aleccionado...

—Algo he oído contar a mi madre de esas campañas...

—Pero nada, o muy poco, en el Colegio del Plata, al cual concurres.

—Ligera mención se ha hecho... Los nombres de esas batallas los he oído... pero, me parecieron tan insignificantes comparadas con las lides de nuestro Ilustre Restaurador.

—¡Ah! ¡No niegan los nombres; pero ocultan su grandeza! Así consiguen lo que se proponen: acumular indiferencia sobre lo que podría encender admiración. Pero tú tienes a la tía Juanita, que ha de despejar tu inocente ignorancia con visiones que le han sido trasmitidas por los actores mismos de esas jornadas.

En presencia del estuche abierto, sobre el cual la mitigada luz de la tarde ponía su suavidad, doña Juanita, elocuente en virtud de su entusiasmo patrió-

tico, hizo fulgurar la figura abnegada y heroica de Belgrano en los campos de Tucumán y Salta.

Maestra de emoción parecía en aquellos momentos la solterona. Y fué su premio la atenta ansiedad con que el adolescente seguía el relato de un pasado muy cercano, para él casi desconocido, pero lleno de consonancias con su espíritu.

Dejó trunco el relato doña Juanita y tendió el oído. Otro cuidado la interrumpió: defender de la curiosidad banal aquellos recuerdos de gloria que en sus manos tenía.

Bullanguera se acercaba Merceditas. La inminencia de su llegada hizo que doña Juanita se pusiera en pie y, rápidamente, cerrase el estuche para esconderlo en la cómoda, a la cual protegió de indiscretos echando llave a la cerradura.

—Permita, usted, madrina, que Merceditas vea esos escudos... — suplicó Matías.

—No, niño. No son comidilla para tontuelas las reliquias de la patria.

Y se volvió para ver aparecer a Merceditas que, aspaventosa y regocijada, traía a remolque a don Fabián con una mano y en la otra levantaba las codiciadas prendas que había adquirido.

Le bastó a doña Juanita ver la docilidad risueña con que se dejaba arrastrar don Fabián, para saber que éste había cosechado satisfacciones. Innecesarias fueron sus palabras.

—He hallado en mi camino a esta niña, con su le-

gión de criadas... ¡Uf! ¡Me trae sin aliento! ¡Juanita! — agregó con un guiño de inteligencia. — ¡Tus consejos han sido todo un triunfo!

—¡Cállate, Fabián! — respondió tan secamente la aludida, que el hombre sintió mortificados sus respetos y se quedó mohino.

Toda oídos pareció doña Juanita para las exageradas palabras de agradecimiento con que su sobrina matizaba las ponderaciones que le merecían las novedades vistas en la tienda. Y tan infantil como Merceditas se demostró al desplegar la manteleta joyante y al hacer lucir la sombrilla de colorines a la luz muriente de la tarde. Y de esclavinas, capotas y miriñaques se habló hasta que la joven, con la misma gracia que derrochara al llegar, se marchó con su hermano.

Salió de su adusto mutismo don Fabián porque la solterona dijo conciliadora.

—Imprudencia hubiera sido referirse a lo que mucho importa, en presencia de los niños. Habla, hombre, que estoy deseosa de saber la opinión de Su Excelencia.

—Ya te lo he dicho... Las enmiendas que propuse hicieron el efecto que esperábamos. Rosas las aprobó y las hizo suyas. De sobra sabía que él estaba tan enterado como yo del texto del programa. A sus órdenes responde enteramente y, antes de compaginarse en la imprenta, debe haber pasado por sus manos... No era de extrañar, pues, que lo aprobase tras ligero vis-

tazo. Pero ¡qué triunfo el mío, Juanita! De su puño y letra redactó la nota de aprobación, con las enmiendas por mí propuestas verbalmente... ¡Aquí la traigo! Escucha este párrafo: "... No guardando ar-
" monía con la realidad de los hechos ni con las leyes
" sancionadas por la H. J. de Representantes de la
"Provincia de Buenos Aires y decreto del poder eje-
" cutivo la calificación de *caudillo*, aplicada al *salva-*
" *je unitario amotinado*, Lavalle; la de *partido rebel-*
" *de*, al de *salvajes unitarios*, corríjase esto en el pro-
" grama expresando: *cabecilla* Lavalle y *bando rebel-*
"*de de salvajes unitarios...*". ¿Qué te parece, Juanita? Nada mejor que ser animoso y arriesgar opiniones ¿verdad? Mira: en su presencia tuve que enmendar los términos ¿ves? aquí, en la página 22...

Y don Fabián, hueco de ufanía, como si el mérito de la ocurrencia fuera suyo, señalaba las enmiendas hechas de su puño y letra, con golpecitos breves de su índice.

Sonrió misericordiosamente doña Juanita ante la fachendosa debilidad de su hermano. Nada dijo, y fué a dar luz a las bujías de los candelabros que, junto con el florero federal de porcelana rojo y oro, eran ornato externo sobre la cómoda de factura colonial. En lo hondo de ésta, encerrada como en un corazón, la tradición de la gloria velaba...

Algunas horas más tarde, en el recogimiento de su soledad, la solterona de Robles se decía:

—¿Quién me hubiera dicho hoy, al despertar, que por no tener talante para soportar la charla de Merceditas, contribuiría a darle gusto a su vanidad de coquetuela, tan criticada por mí...? ¿De dónde iba a suponer que aumentaría yo el prestigio de federal celoso de Fabián, y que mi consejo pesaría en enmiendas oficiales? ¡Tonterías! ¡Cosas sin importancia! Las enmiendas ni mejoran ni empeoran el programa...

Más, al pensar en Matías, y en la emoción del adolescente ante los escudos de Tucumán y Salta, doña Juanita sintió descender sobre sí la bienaventuranza con que se cierran los días en los cuales se ha sabido conmover a otra alma para que dé acogida a un ideal.

HILOS OCULTOS

Casi a oscuras acostumbraba misia Margarita a mantener las habitaciones donde permanecía durante las horas de sol, aún en los días de invierno. Sus ojos enfermos, orlados de párpados rubicundos, pedían penumbras. Pero su pensamiento iba recto hacia una lucecita: su hijo ausente.

Mas de una vez, sus propios soliloquios habíanla advertido que se hallaba en pecado de vanidad. Y ella subrayaba ese pecado con una satisfecha sonrisa de aprobación.

—¿Quién se atreverá a negarme que Pedrito es todo un buen mozo? — preguntaba a media voz, ufana, casi retadora.

Y a la docto Córdoba se iba en volandas de su encantada imaginación, para gozarse en ver cómo se pavoneaba por los claustros de la Universidad de San Carlos, aquel hijo suyo, elegante con el lujo que le costeaba su repleta bolsa de viuda rica.

Bien presentes tenía los afanes que precedieron al viaje de Pedrito. Con mano de madre había ella

acondicionado, en el más portátil de sus arcones, un frac gris plata y otro, flamante, de un hermoso tono azul pavón; una severa levita para emergencias solemnes y una buena capa de abrigo. Nada faltaba en el equipo de su hijo, bien nutrido en finas holandas y ropas de seda. Como galas mayores, habíase llevado el mozo dos suntuosas cadenas de oro, herencia de su abuelo y de su padre: que el verdadero lujo — decía misia Margarita — no se improvisa; también requiere raza.

Esos recuerdos y ciertos planes halagüeños para el porvenir de su hijo, entretenían el sosiego de la siesta de misia Margarita en un radiante día de junio de 1854. Amodorrada, dejábase estar la señora en la oscuridad de un salón, calentado con las brasas que ardían en un enorme copón de bronce donde se quemaban también olorosas pastillas de Lima.

Impetuosamente se abrió la puerta. Un filón de luz soleada se recortó en el piso. Y en el vano entrabierto, nimbada de sol, se detuvo la airosa figura de una joven.

—¡Cierra esa puerta, niña! — ordenó misia Margarita con voz que quiso parecer terrible y sólo fué temblorosa — ¡Me irrita la luz!

Sin obedecer al imperativo, Rosita (así se llamaba la importuna) se precipitó hacia la poltrona de donde partía la voz y, segura del efecto de sus palabras, gritó:

—¡Correo de Córdoba, tía! ¡Noticias de Pedrito!

Con vivaz arranque se puso en pie misia Margarita y arrebató la carta a su sobrina. Sin cuidarse para nada de sus ojos rubicundos, ni del frío que se colaba, se plantó en pleno haz de sol y, con apremios de enamorada, comenzó a leer un pliego caligráficamente escrito.

Por sobre el hombro de su tía asomaba Rosita su chispeante mirada y seguía, curiosa, la lectura de la carta. Y a los mohines sucesivos de incredulidad, de pasmo y de indignación de la señora, acompañábalos la burlesca admiración de la niña y una risa retozona, contenida con dificultad, que de buena gana hubiera cascabeleado en carcajada.

—Luego... ¿es cierto? — comentaba misia Margarita a medida que leía — ¿Se exige a los universitarios el cumplimiento de un decreto que yo tomé por paparruchas...? ¡El gobierno abusa! ¿Qué mal hacen los jóvenes en vestir elegantemente?

Y crecía su indignación con las quejas de su hijo.

—¿Habráse visto nunca mayor limitación!... No les permitirán usar ropa de seda — ¿lo oyes Rosita? — ni frac, ni cadena... Lucidos andarán con levita azul abotonada, botines de becerro y esa horrible corbata negra de rigor. ¡Querrán, dentro de poco, que vistan sotana! Y hay más aún... ¡se cumple la prohibición de no asignar a los jóvenes más de cuarenta centésimos semanales! ¿De qué le sirve a su madre ser pudiente y a él tener garbo y buen gusto...? ¿Qué dices tú, niña?

—¿Yo? Pues... que todo eso lo ordena el gobierno porque hay quien le obedezca. No se apure usted, tía, que ya encontraremos remedio para que Pedríto no lo sufra.

Y, muy divertida al imaginar las tribulaciones que al gomoso de su primo le causaría la severa resolución del gobierno, llevó a su tía hasta un butacón y comenzó a dar curso a sus planes de mujercita resuelta, defensora de sus conveniencias.

Poco entraban en esas conveniencias las de su primo. Reducíanse a que Eduardo Cuestas, su enamorado, abandonase cuanto antes y para siempre las aulas universitarias de Córdoba, que de tan mala gana frecuentaba el mozo, obligado por su madre.

—¡Más taimada es...! — decíase Rosita al pensar en ella — ¡Ha encontrado un provechoso expediente para separarme de su hijo: poner tierra por medio y un título de doctor como remate... Pero he de poder muy poco si no acorto tiempo y distancias. Si ella es ladina, también lo soy yo; si ella tiene como recurso su autoridad y su bolsillo, yo tengo de mi parte al amor y a mi despavilado ingenio...

(Quien así pensaba vivía alerta, en espera de oportunidades fortuitas para sus propósitos).

Con palabra reposada, que misia Margarita no le conocía, trató Rosita de calmar el disgusto de su tía. Y con muchas y muy buenas razones probóle que para nada hacía falta a Pedrito doctorarse, teniendo, como tenía, próspera hacienda, talento natural para

prestar, elegancia y soltura que perdería mucha de su gracia con el moho de los claustros universitarios.

—Ha visto usted, mi tía, partir a un mozo despejado y entusiasta, y verá volver un leguleyo seriote y mal vestido, cicatero, pedante, enflaquecido, enfermo...

Misia Margarita se irguió asustada.

—Sí, tía. Los miserables cuarenta centésimos semanales le limarán el buen gusto y el estómago. ¡No lo sacrifique usted a la vanidad de verlo doctor!

—¡Era la ambición de su padre!

—Porque no pudo prever las estrecheces a que lo expondría el gobierno... ¡Con lo rumboso que era mi tío!

—Es verdad... Y ¿qué harías tú, niña? — preguntó, claudicante, misia Margarita.

—Hacerlo volver con la primera diligencia; enviar órdenes con la que parte mañana; esperarle sin chistar para que nadie pueda opinar sobre lo que se considerará debilidad materna... y reirme después, cuando rabien los envidiosos al ver de fiesta mi casa con la llegada de un hijo garboso y feliz, que valdrá mucho más ¡ya lo creo! muchísimo mas que un título andante enfundado en una levita azul abotonada.

—Tienes razón, criatura... tienes razón — repetía misia Margarita compungida — mañana mismo...

—¿Enviará usted la orden de regreso¿ ¿Sí? ¡A eso le llamo yo tener corazón de madre! Y ahora

permítame que vaya de visita a lo de misia Carmen Cuestas, para saber qué talante le han dejado las noticias que debe haber recibido de Eduardo.

—No, niña, no vayas. Bien sabes que Carmen y yo estamos distanciadas y de contrapunto desde que tuvo la poca delicadeza de opinar que ni el día del juicio final sería doctor Pedrito. ¡Habrá insolencia!

—Sí, tía, iré... con su permiso, por supuesto. Nada he de decirle acerca de su sensata resolución. No debe sospecharlo siquiera, pues la imitaría sólo por parecer tan buena como usted... ¿Voy tiíta...? Me acompañará Remigia. En un periquete estoy de vuelta.

Y segura de haber conjurado el proyecto, muchas veces expresado por misia Margarita, de radicarse en Córdoba, Rosita tomó los deshechos de ese nubarrón para esgrimirlos como armas.

Requirió la joven la compañía de una criada vieja y, después de completar su tocado con una capotita muy cuca, se miró en un espejo y señaló con su índice los reidores ojos que aquél reflejaba, a tiempo que les hacía esta recomendación:

—Portaos bien, amiguitos, como verdaderos artistas. A vosotros confío mi éxito. Buena cuenta os pediré luego... La recompensa se la pediréis vosotros á Eduardo ¡ay! algún día.

Media hora después, su mano descargaba un aldabonazo en la maciza puerta de calle que había de franquearse a su palmito y a su astucia.

Con cortesía de buen tono, exenta de efusiones, misia Carmen recibió a la joven. Y como ella había tenido también noticias de Eduardo, se dijo :

—¡Te veo venir, cordera! ¡Trabajo te costará sondearme!

Sorprendida quedó, pues, cuando cambiados los cumplimientos que la prolija urbanidad de aquella época exigía, Rosita, lejos de sonsacarle noticias, se encendió de entusiasmo al comunicarle la razón de su visita.

—¡Nos vamos a Córdoba, misia Carmen! ¡A Córdoba! ¿Lo oye usted? Y ha querido mi tía que no demorase ni una hora mi visita, para traerle las seguridades de que, mientras permanezcamos allí, tendrá Eduardo el arrimo de una familia amiga, trato y cuidados afables en los días de asueto...

Palideció la señora al ver luces de triunfo y de dicha en los ojos de Rosita.

—Y ¿cuándo ha decidido ese viaje misia Margarita? — preguntó, entrecerrados los dientes.

—Muchos días hace. Pero ¡lástima grande es que no hayamos sido previsoras! ¡Hubiéramos podido marcharnos con la diligencia que parte mañana!

Y los ojos arteros de Rosita revelaron contrariedad muy grande.

—¿Cómo así?... ¿Parte mañana la diligencia?

—Sí... Y con ella las órdenes de mi tía para que se hagan apresuradamente refecciones en la finca que fué de su padre... la de la calle Ancha.

—Luego ¿es cosa resuelta?

—Madurada y resuelta, sí, señora. Sus órdenes espera mi tía para cumplirlas con toda prolijidad.

Misia Carmen midió el peligro. Ante la amenaza del encantamiento que los ojos gitanos de la niña ejercerían de nuevo sobre su hijo, perdió aplomo y mesura. La mirada triunfante de Rosita la sublevó. Y con frialdad muy grande, para no demostrar que era dolorosa y del momento su resolución, respondió:

—Agradezco las finezas de misia Margarita; pero no podré usar de ellas... He resuelto, hace ya algún tiempo, que Eduardo regrese a Buenos Aires. Aprovecharé el correo que parte mañana para ordenarlo...

Honda fué su satisfacción al ver cómo se abrían atónitos los ojos de Rosita y se desmoronaba su alegría.

Juntó sus manos la niña y dijo muy quedito, con la mirada diluída en lágrimas:

—¡No haga usted eso, misia Carmen! ¡Medítelo bien! ¡Interrumpir así los estudios de Eduardo...

—¡Es cosa madurada y resuelta! — respondió con retintín la señora, imitando el tonillo con que Rosita había pronunciado antes esas mismas palabras.

Un poema de dolor pasó por los ojos de la joven; poema que se resolvió en dos lágrimas densas, despaciosas, como el movimiento con que abatió la cabeza, hasta entonces alegremente erguida.

—¿Por qué lloras, niña? — preguntó irónica la señora — ¿Tanto te apena que Eduardo malogre sus estudios?

—Me aflijo por... por Pedrito. Perderá la compañía de un buen amigo.

Y, angustiosa la mirada, preguntó tímidamente:

—¿No preferiría usted que llevásemos nosotras esa orden a Córdoba?

—(¡Hum! Es lo que tú quisieras... verle todavía en Córdoba, marearle de nuevo...) No, niña, eso traería dilaciones. Tengo apremio en que mi hijo vuelva. Mañana partirá mi orden.

Tornóse protector su tono y, para dar a entender que vería con gusto abreviarse la visita, deseó que fuesen leves, para la tía y la sobrina, los afanes de viaje.

Mustia y con parcas palabras se despidió Rosita de su enemiga. Pero, así que tomó la calle, la alegre vivacidad de su paso, provocó protestas en la reumática Remigia::

—¡Niña! ¡No se apresure! Parece que la llevaran alas... ¡Niña! ¡por Santa Filomena, que no puedo alcanzarla!

—¡Calla! ¿Qué sabes tú de alas cuando éstas son de alegría y se llevan en el corazón?

Esas mismas alas condujeron, seguramente, a Rosita, así que llegó a su casa, hasta el espejo confidencial. Sonriente, contempló en él sus lindos ojos,

artistas consumados, y con mucho mimo les sopló, por la palma de la mano, un par de besos.

—Este — díjoles — por mí.. y este otro, por Eduardo.

Fuese luego en busca de su tía que, reconciliada con la luz de aquel temprano atardecer de junio, había abierto los postigos y dejaba ver en su rostro la placidez gozosa de los que han echado preocupaciones y pesares a la espalda. Con sólo mirarla, Rosita tuvo esta convicción: en su breve ausencia había prendido y cobrado robustez la determinación de que Pedrito regresara: — ¡Gracias a Dios! — pensó con alivio — ¡Ya espanté la idea fija del viaje a Córdoba!

—¿Por qué callas, criatura? — preguntó alarmada misia Margarita — ¿Cómo has hallado a Carmen?

—¡Cómo había de hallarla! ¡Hecha un témpano! ¡Más testaruda es! Empeñada está en que su hijo siga los estudios a pesar de tanta ridícula exigencia: No dejé, por cierto, traslucir la sensata determinación de usted... ¡Qué diferencias en el alma de las madres! Ya le contaré pormenores de la visita. Ahora, tía, aprovechemos la luz de la tarde.

Lista y alegre, corrió Rosita la butaca de su tía hasta una ventana; acercó una mesa y, después de colocar sobre ella un escritorio portátil, dijo con cariñoso imperio:

—¡Animo! Primero redactaré yo una nota al Rec-

tor para que licencie a Pedrito. No tendrá usted más trabajo que firmarla... Después, la buena mamita escribirá dos líneas a su hijo, que lo harán brincar de gusto... ¡Animo, tía! ¡Pídale usted fuerzas a sus ojos!

Y con talento de letrado, comenzó ella a redactar la nota donde imponía su voluntad, ladinamente injertada en la de misia Margarita.

Hilos ocultos, manejados por una ligera mano femenina, movieron títeres. Con irreverente desparpajo se enredaron también en la austera letra de un moralizador decreto del gobierno; aligeraron las aulas de la Universidad de San Carlos de dos remisos estudiantes, y permitieron que campase, una vez más, en los destinos humanos, el diocesillo flechador.

PUENTE DE PLATA

I

Cuando Thalberg se puso en pie para recibir la ovación de la concurrencia que llenaba el teatro Argentino, después de uno de aquellos memorables conciertos con que deleitó a la sociedad porteña, levantó sus ojos de sereno mirar hacia la cazuela. De allí le llegaría, como otras veces, la lluvia de frescas flores deshojadas que caería con blandura copiosa sobre su figura de príncipe. Allí el entusiasmo, sin la mesura de la etiqueta propia de los palcos, daba más soltura a los aplausos, que se sostenían incansables.

Y no desmerecía en distinción ni en belleza la concurrencia de la cazuela, si se la comparaba con la de los palcos, ya que en las distintas funciones alternaban en una y otros las mismas damas y, sobre todo las jovencitas

No era, pues, de extrañar que Thalberg, sabedor de que, en obsequio suyo, un grupo de niñas de lo más granado de nuestra sociedad había ideado reducir a

pétalos las flores que harían descender sobre él, dirigiera con preferencia la mirada al juvenil conjunto de la cazuela, durante la ovación final.

En tanto, desde un palco bajo, un joven caballero prodigaba su justiciero aplauso, sin dejar de mirar también hacia la cazuela con manifiesto disgusto. Y quien hubiera seguido el hilo de su mirada habríase detenido en una bellísima jovencita que, con entusiasmo excesivo, aplaudía ostentosamente al ilustre pianista, sin apartar de él los ojos un solo instante.

Terminado el concierto, el joven caballero del palco — don Felipe Hernández — acudió, como era su costumbre, a formar en aquella guardia de honor que, en dos apretadas filas de galanes, se estacionaba a la salida del teatro para que desfilaran entre sus saludos las bellezas porteñas.

Al pasar junto a él, María de la Paz Boado — la niña del excesivo entusiasmo — buscó graciosamente la mirada de homenaje y de ternura que estaba habituada a recibir; mas encontróse sólo con un reverendo saludo, que iba dirigido tanto a su madre como a ella. La mirada que buscaba le fué esquiva. Sin embargo, pudo advertir la joven que aquel desvío no era indiferencia, sino enojo. Y con ello se consoló.

—¡Celoso! — se dijo muy ufana al seguir su camino entre la admiración de las miradas varoniles.

II

Bajo la luz de la araña de plata que llenaba de claridades una antesala de la casa señorial de la familia de Boado, conversaban confidencialmente María de la Paz y su amiga predilecta, Lola Ponce.

Sobre el fondo amarillo pálido del brocado de los tapices, la figura de ambas jóvenes destacábase graciosa en la amplitud de sus faldas engalanadas con volantes y flores.

En el semblante de María de la Paz había inquietudes y mohines de despecho, afirmados por golpecitos secos que imprimía a su abanico de varilla de nácar. En el de su amiga Lola advertíase un desasosiego más reflexivo.

Sin dejar de mirarse en la ovalada luna de Venecia que reflejaba su figura, María de la Paz alisó su cabello prendido con flores y pareció querer despedirse de sus temores al decir con un gestito muy resuelto:

—Y bien: si tan necio es que no quiere perdonarme un entusiasmo puramente artístico... que galantee a otra más seca de corazón. No seré yo quien pierda una lágrima por él.

Dijo, y dos lágrimas muy densas aplacaron la llama colérica de sus pupilas.

—Tú sabes, Lola — continuó apenada — que aunque Felipe y yo no somos novios oficiales, nuestro cariño no es pasatiempo, ni es de ayer... Pero tam-

poco es soportable — concluyó, encendida de nuevo en enojo — que haya pasado una semana entera sin dejarse ver ni darme noticias suyas.

Sin decir una palabra, bajó Lola la cabeza con visible preocupación.

María de la Paz perdió la paciencia ante su mutismo. Con dos golpecitos recios de su abanico, castigó los brazos desnudos de su amiga, como para sacudirla de su silencio.

—Y tú, Lola, ¿nada me dices que me consuele? ¿Qué piensas,dí?...

—Que por muy poca cosa te alarmas. Felipe conoce tu pasión por la música. Tus aplausos al ilustre pianista, por muy arrebatados que hayan sido, no pueden haber causado en él más que un enojo pasajero. Pero...

—Pero ¿qué?...

—Si supiera lo otro... lo del retrato firmado...

—¡Oh!...

Y María de la Paz, desconcertada por un momento, reaccionó muy luego, para darse el valor que le faltaba.

—¿Y quién puede decírselo? Es un secretito entre tu hermano, tú y yo. Thalberg ignora quien es la señorita porteña que ha requerido su retrato y su firma. Nada tan natural por otra parte, que tu hermano Luis, familiar en la sociedad filarmónica, le haya pedido ese obsequio.

—Thalberg, caballero y complaciente, dará el re-

trato sin hacer averiguaciones indiscretas Pero mucho me temo que mi hermano no resista al deseo de mostrarlo a sus amigos. Y si Felipe se entera...

—¿Crees capaz a Luis de tamaña indiscreción?

—¿Quién fía en un tarambana como él? Imprudente has sido. Y luego aquella dedicatoria, pecado de tu vanidad, que Luis te prometió hacer escribir antes de la firma... "A la porteña que más admira mi arte y más virtuosa es en él", no dejará dudas a la suspicacia de Felipe sobre quién es esa porteña.

Desconcertada de nuevo, María de la Paz abatió la frente y sólo contestó con un ademán de asentimiento a la criada de confianza que, sin preámbulos, asomó a la antesala para decirle:

—Niña Paz: la señora recuerda a usted que los invitados no tardarán en llegar, y le pide se sirva cuidar de que se encienden en seguida las luces del gran salón.

Dispúsose la joven a hacer cumplir la orden de su madre.

—Y bien, Lola — dijo con mucho ánimo, como para poner punto final a sus preocupaciones — ya no hay manera de intentar componendas. Esta noche saldremos de dudas, puesto que Felipe, invitado como está, no podrá faltar a la tertulia sin hacer a mi madre un desaire. Vendrá y... ¡algo ha de poder el cariño! Además, Luis ha prometido traerme hoy el peligroso retrato. Ven. Acompáñame a vigilar los últimos preparativos del salón.

Y con el paso señorial que les exigían sus pomposos vestidos de baile, desplegados con lujo de volantes sobre los miriñaques, las dos jóvenes se alejaron hacia el salón, que no tardaría en verse animado por las contradanzas iniciales de la velada (con las cuales se complacía a las damas y caballeros más conservadores) y por los valses cuyo ritmo preferían los jóvenes.

II

Cortesía era entonces llegar puntualmente a los saraos. No había, pues, desánimo en los comienzos de una velada, menos aún cuando era nutrido el grupo de niñas hermosas como el que formaban las amigas a quienes agasajaba aquella noche María de la Paz, cuya comedida actividad le merecía más de un justo cumplido.

Barruntaba su amiga Lola que tan incansable obsequiosidad respondía al propósito de aturdirse para no trasparentar el verdadero estado de su ánimo, mortificado por la ausencia de Felipe en la tertulia, inexcusable ya, por lo avanzado de la hora.

—Estoy sofocada de indignación — dijo María de la Paz a su amiga confidente en un breve encuentro que con ella tuvo. — La conducta de Felipe es intolerable.

Y la niña miró el paisaje de su abanico para disimular el temblor de sus labios.

—Procura, Lola — rogó, — dar caza por un momento a tu hermano y tráelo a mi presencia. Su afán de rehuirme es alarmante.

—Tampoco he podido darle alcance yo. Nada bueno me augura eso. Pero... ¡no levantes la mirada de ese marqués pintado en tu abanico, porque en este momento acaba de entrar Felipe en el salón!

—¿Sí?... ¿Y qué talante trae? Fíjate bien, Lola. ¿Parece cohibido?

—Nada de eso. Con gran desenvoltura se acerca a tu madre y debe darle alguna escusa enigmática u original, porque ella enarca las cejas, sonríe y asiente.

Y así era, en efecto. Adelantándose al amable reproche de la dueña de la casa, Felipe, al inclinarse, justificó su tardanza con una promesa.

—Cuando usted sepa, mi señora doña Julia, las razones de mi demora, agregará a su perdón un aplauso. Pido, pues, para alcanzar ambos, su atención por un momento cuando termine la tertulia y sólo queden aquí sus íntimos.

—Concedido, Felipe, con la condición de que no pierda usted pieza de baile de las que aún faltan — respondió bondadosamente la señora.

No había levantado María de la Paz sus ojos del abanico, y, muy sonriente, como si hablara de cosas frívolas, inquiría a su amiga, sobre Felipe.

—Dí, ¿me busca con la mirada?

—No con mucho empeño. Pero... a fuer de buen caballero tiene que acercarse a tí como a dueña de la

casa, para saludarte... ¡Ya te ha descubierto! Se acerca... ¡Qué seriedad, Señor!

—¿Sí? Pues esperará si quiere saludarme.

Y con fingida complacencia aceptó el brazo de otro caballero que en ese momento la invitaba a bailar.

No se detuvo, ni se inmutó Felipe. Acercóse a Lola y danzó con ella sin preguntarle por su amiga.

Cuando la ocasión le permitió bailar con María de la Paz, ésta se demostró tanto más jovial cuanto él más grave. Y con audacia retadora trajo a colación el mérito de Thalberg y la emoción de sus oyentes en el último concierto.

—Razón ha sobrado — dijo Felipe — a quien, entre nosotros, llamó "mágico" a Thalberg por su maestría. Lástima que a tanta nobleza como es la de su arte y la de su porte, opongan algunas señoritas de nuestra sociedad desentonos de pésimo gusto que han de chocar al artista y al caballero.

Sintío María de la Paz la hiriente alusión que para ella tenían esas palabras. Dominó su rubor y, con el corazón apretado, afectó burlarse del temor de quienes suponían que un artista como Thalberg pudiera perder su tiempo en pensar bien o mal de los entusiasmos o desplantes que su talento suscitaba.

Y ya no cambiaron más palabras.

No había estado ociosa Lola, en tanto. Consiguió acercarse a su hermano quien como buen cobarde, se defendió acusando, antes que aquélla le interpelara.

—Anda — díjole — y advierte a María de la Paz

que el pícaro de Felipe, en un descuido mío, me ha arrebatado el retrato de Thalberg, ya firmado.

Lola lo aplanó con su desprecio.

—¡Torpe! ¡Más que torpe!... ¡Descastado!

Y le volvió la espalda.

En vano procuró luego hablar a solas con María de la Paz. Resolvió entonces esperar a que diera fin la tertulia para hacerlo.

Muchos invitados habíanse despedido cuando Felipe reclamó la atención de la dueña de la casa, que, en ese momento, tenía a su hija junto a sí.

—Señora — mintió — si llegué retardado a esta reunión fué porque el gran Thalberg me retuvo. Con mucha gentileza me ha pedido que haga de juez musical y ponga en manos de la mejor pianista entre nuestras niñas un retrato suyo grabado, en el que ha escrito cierta expresiva dedicatoria, y su firma. A mi vez, señora, declino en las manos de usted esa judicatura.

Y con mucha delicadeza extrajo de un bolsillo el retrato del pianista y se lo presentó a la señora.

María de la Paz no dudó que aquel retrato era el que ella había pedido, y era tal la expresión de su angustia, que Felipe se conmovió. Y no quiso ensañarse.

—Mas si usted, señora — continuó — tiene algún inconveniente en aceptar esa judicatura, me conformaré con que designe dos caballeros que formen conmigo tribunal, no sin rogarle que brinde este sa-

lón, en día próximo, a las niñas que quieran concurrir al certamen.

La señora comprendió que Felipe deseaba hacer de juez. No aceptó pues, ser depositaria del retrato, pero aplaudió y agradeció la idea de realizar tan interesante certamen en su casa, y prometió organizarlo entre las niñas de su relación.

Al despedirse, Felipe besó la mano de la señora y miró a María de la Paz, a tiempo que decía:

—No me he animado a ser único juez, porque desde los tiempos mitológicos los jueces únicos, en valores femeninos, traen mala sombra. Paris provocó una guerra... y yo sólo quiero la paz.

Pocos momentos después, al retirarse Lola, besó a su amiga y le sopló al oído estas palabras:

—Me parece que el enemigo se bate en retirada. Tiéndele tú el puente de plata que su cariño busca para que huyan sus enojos.

IV

Nadie dudaba que María de la Paz triunfaría en el certamen, por la excelencia de sus condiciones de pianista. Y fiaba en ello también Felipe que esperaba encontrar en el triunfo de la niña, oportunidad de darle una lección al poner abiertamente en sus manos, para honrarla, el retrato de Thalberg, salvándola asimismo de los chismecillos que hubieran tejido las indiscreciones de Luis y reservándose la sa-

tisfacción de ser él, y no otro, quien cumpliera el deseo de María de la Paz.

Llegó el día del certámen y sólo cuatro señoritas se atrevieron a competir con aquélla, animadas, más que por la esperanza de triunfar, por la ocasión que se les presentaba de asistir a la tertulia que seguiría al concurso de las pianistas.

En el salón cambiábanse comentarios sobre los triunfos alcanzados en Europa por Thalberg, y también sobre su alcurnia.

—Asegúrase que es hijo de un príncipe austriaco y de una baronesa — decía alguien.

—Y no lo desmiente su distinción — replicaba otro. — Pero lo que está probado y vale más que su alcurnia, es que ha medido su virtuosidad con el mismo Liszt, y que por el éxito de sus conciertos, dados ante soberanos y príncipes, se le ha llamado "rey de los pianistas y pianista de los reyes".

Y entre comentario y comentario, sonó la hora del certamen, que comenzó con la anuencia de la dueña de casa y bajo la autoridad de un tribunal formado por Felipe y dos caballeros más, de mediana edad uno y anciano el otro, muy entendidos los tres en crítica musical.

Por cortesía, el jurado invitó a María de la Paz a iniciar el concierto. Rehusó la niña, en favor de una de sus amigas, quien ejecutó con destreza un estudio en "la menor".

Una a una las cuatro señoritas lucieron su prestancia para la técnica y la expresión.

Cuando tocó su turno a María de la Paz, todos se acomodaron para escucharla, si no con mayor religiosidad, con mayor deleite, fiados en su talento.

La joven se adelantó al estrado del piano con tranquila gracia. Mortificábala, sin embargo, la indiferencia de Felipe, quien, una hora antes, al saludarla, en vez de la cordialidad que ella esperaba y en la que hubiera visto el fin de sus enojos, le brindó el frío homenaje de una cortesía.

Con gran limpieza de ejecución, María de la Paz, dejó oír las notas de una Balada, toda embebida en la emoción que solo el alma artista sabe transmitir a la técnica. Pero, luego, hizo a Felipe el sacrificio de su triunfo. Y sin que los oyentes pudieran explicarse su mutación, manejó torpemente los diestros dedos, amenguó la expresión, y hasta cometió uno que otro error con perfecto disimulo de su intención.

El puente de plata estaba tendido.

Lola, asombrada, admiró a su amiga.

Y cuando María de la Paz abandonó el piano en medio de los aplausos de la cortesía social, hallo junto a sí a Felipe que para ayudarla a descender del estrado, le tendía la mano y encontraba ocasión de decirle con voz acariciante y queda:

—¡Me has rendido, mi niña!... Tu sacrificio me pone a tus pies.

—Pues entonces, Felipe, yo estoy recompensada — fué la breve y regocijada respuesta.

No conquistó, por cierto, María de la Paz el premio. Y no lo lamentó tampoco. Otra conquista hecha a la verdad de la vida, acababa de enriquecer su juvenil experiencia: que para rendir varoniles enojos, es necesario saber rendirse, con lo cual, aunque parezca paradójico, resulta triunfadora la mujer.

VERDADES Y VANIDADES EN LAS COSAS DEL PASADO

Perfilada sobre el fondo de un cielo oscurecido por las primeras sombras de la noche, la cúpula de "Las Catalinas" proyecta su austera significación sobre el espíritu de más de un transeunte o de un estudioso, que, al desviarse de nuestra tradicional calle de la Florida, endereza sus pasos en dirección al viejo convento.

Libres por unas horas de la seriedad de la vida, recogimos en nuestro tránsito por la animada ciudad un caudal de imágenes múltiples y cambiantes, magnificadas por las luces de los escaparates, sabiamente dispuestas. Y sucediéronse las irisaciones y los centelleos de joyas: las suntuosidades del arte y de la moda; la elegancia triunfadora que, al pasar, con el natural descuido de lo que no se aprende, deja caer el ridículo sobre el remedo lastimoso de una multitud deseosa de exhibirse. Miradas, conversaciones ocasionales, vanidades y tentaciones; todo el cortejo de la vida en su "mundanal rüido".

La luz, el bullicio y la turbadora sucesión de las cosas que nos contagiaron con su trivialidad, desaparecieron al desviarnos de la brillante vía y, a poco, la cúpula de "Las Catalinas", con sus líneas severas, nos comunicó mucha de su tranquilidad, y preparó nuestro ánimo para entrar en la vieja y amada casa, cercana al convento, llena de nostálgicos recuerdos, donde durante muchos años nutrimos el espíritu de clasicismo y de belleza.

Antes de llegar a ella, templada ya la fiebre del rudio callejero, pero presente aun su recuerdo, acudieron a la memoria las palabras atribuídas a Sócrates, cuando el filósofo, ante las cosas supérfluas que se vendían en el mercado, decíase a sí mismo: "¡Cuánto hay que no necesito!", y aquellos yambos que con frecuencia repetía:

Las alhajas de plata,
de púrpura las ropas,
útiles podrán ser en las tragedias;
Pero de nada sirven a la vida.

Bajo la emoción de dos juicios tan opuestos sobre el mundo, nos internamos en la casa siempre hospitalaria para los estudiantes, que buscan en ella la iniciación en las grandes disciplinas del espíritu.

Desde el aula magna, partía la voz clara de un profesor que elogiaba la fuerza segura y serena del arte de Fidias. Sin detenernos, descendimos por la modesta escalera que nos llevaría hasta el museo

etnográfico, orgullo de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, por sus valiosas colecciones y por la obra de cultura que realiza.

Hasta aquel recinto no llegaban los ruidos de la calle. La luz, discreta, se quebraba sin reflejos en los colores mortecinos y oscuros de las piezas arqueológicas. Paz y silencio parecían desprenderse de las cosas que allí se guardaron. Y entre momias, esqueletos y urnas funerarias; entre armas y utensilios, se sentía la serena curiosidad y el respeto que despiertan los testimonios tangibles de las civilizaciones remotas y desaparecidas.

Todo ese conjunto ordenado de despojos humanos y de cosas inermes cobró y cobra sentido y animación, gracias a la palabra segura del entusiasta director del museo, que evoca la vida y la historia con la autoridad que le da su ciencia y la emoción de quien ha explorado por sí mismo las ruinas, descendido a los enterratorios, hallado y trasladado las valiosas piezas con que continuamente se enriquece el museo.

No cabe la fantasía donde la realidad la supera.

La admiración se detuvo ante una tumba prehispánica hallada en Jujuy, minuciosamente reconstruída. Guarda los restos de una mujer indígena y el ajuar que le perteneció.

Semitendido, recostado contra la pirca que circunda la tumba, el esqueleto ostenta, a manera de collar, una larga sarta de malaquitas de ese claro color

azul verdoso, característico de las turquesas. Una que otra cuenta ha emblanquecido descompuesta por la acción del tiempo o de los líquidos cadavéricos. Gala de la vida, el hermoso collar debió lucir hace siglos, para halago de la vanidad, sobre la piel oscura de su dueña y formar vistoso contraste con el negro intenso de su cabellera lacia. Gala de la muerte, la presencia de ese atavío sobre el macabro despojo, estremece como un sarcasmo. No así los demás objetos modestos y necesarios: los vasos de uso común y la peculiar "tableta de ofrendas".

Tejedora debió ser la indígena, que así lo denuncia el huso colocado a su alcance. Y presuntuosa debió ser además, pues algunos terrones de ocre rojo hacen suponer que estos le eran necesarios para sus afeites habituales. Las creencias de sus enterradores, muy previsoras para el viaje de la muerte, juzgaron indispensable colocarlos cerca de la mano de esa hija de Eva que no desmintió, por cierto, la natural coquetería de su sexo.

Un collar de turquesas y unos terrones de ocre rojo consiguen que la sugestión del "eterno femenino" se adueñe de nosotros y guíe nuestra curiosidad en busca de los vestigios denunciadores de la vida prehispánica en las hijas del suelo americano.

¡Una cuna!... Todo el poema del amor materno revive entero en ese conjunto de cañas y madera de "chonta", cuidadosamente unidas para formar un lecho cómodo, propicio al descanso. Y como no fue-

ron canciones las que arrullaron a los niños indígenas, las madres supieron hallar, para adormecerlos, un medio sencillo e ingenioso: llenaron el hueco de las cañas con semillas que al chocarse en el dulce vaivén de la cuna, arrullaban con un ruido monótono y suave a los niños peruanos de la región costera, donde fué hallada la cuna, cuyos largueros de madera, prolijamente tallada, nos prueban que era orgullo de las madres la belleza del lecho de sus hijos pequeños.

Acaso, mientras el niño dormía atado a su cuna portátil, la madre hilaba el algodón que debía servirle para tejer más tarde la tela profusamente decorada con estilizaciones variadísimas, combinadas en la misma trama.

O, quizá, mientras sus hijos jugaban con un pequeño puma domesticado o con un perro indígena — "cani ingae", como lo llama von Ihering — y se adiestraban en el manejo de la honda, la india madre bordaba las telas que nos admiran hoy por la firmeza de su tejido y de sus colores derivados del rojo, del amarillo y del negro, y por la pulcritud de los dibujos en sus decoraciones zoomorfas y geométricas.

Los husos en manos de las mujeres indígenas debieron parecer juguetes preciosos. Livianos, delicados, de madera pulida y aguzada en sus extremos, son los utensilios más femeninos y más estéticos entre todos. En la tortera — el peso del huso — hecha

generalmente de barro cocido y de madera, y pocas veces de piedra, se reunen el lujo de la decoración tallada y la elegancia varia de las formas.

Los husos más bellos son los que pertenecieron a la civilización de Trujillo, del Norte del Perú, anterior a la de los Incas. Al verlos tan pulidos y algunos con restos del algodón hilado, cuesta creer que pertenecen al ajuar de una tétrica momia peruana, mejor dicho, del cadáver disecado de una mujer, ya que es un caso de momificación natural debido a la sequedad del medio donde fué sepultada. Y cuesta aún más imaginar que las manos que al hilar debieron moverse ágiles en torno de aquellos preciosos husos, son las mismas que, apretadas tapan el rostro de la negra momia. Esas manos rígidas y secas tejieron y bordaron la hermosa vincha de colores que se exhibe en una vitrina y el poncho de caprichosos y bien combinados dibujos; son las mismas que embellecieron con una guarda decorativa la bocamanga de la camisa de algodón blanco que vestía la momia, y orlaron su parte inferior con un estrecho adorno, a manera de franja que forma, en colores, bonitos dibujos.

Al ajuar de las momias peruanas pertenecen los "topus", grandes alfileres de madera tallada con que se prendían los mantos, llamados "llijlla", considerados como el origen del poncho.

La prehispánica coquetería de nuestras remotas abuelas del Perú las hizo cuidadosas de su aliño

personal. Al alisamiento de su cabellera recia debieron dedicar mucho cuidado, a juzgar por los peines dobles formados por una serie de espinas uniformes y resistentes, ajustadas a un eje con hilos de algodón. Completaban su tocado con sombreros o casquetes, algunos de los cuales, semejantes a las ligeras cofias de la actualidad, provocan nuestra admiración. Formadas por una malla abierta de hilo, ostentan dibujos muy característicos y nos recuerdan, por su ejecución y su apariencia, ciertos encajes favoritos del capricho moderno.

La muerte no es tan niveladora como se pretende. Unida a la memoria de los hombres va el recuerdo de sus obras, que los diferencia. Sobre los restos del poderoso se levanta el mausoleo suntuoso y, muchas veces, la ciencia, en sus continuas investigaciones, halla junto a los despojos humanos los atributos de la riqueza o el sello de la humildad, respetados por el tiempo.

El hermoso y variado ajuar de las momias peruanas contrasta con la triste vestimenta que cubre el cuerpo de una mujer, disecado también por momificación natural, hallado en Calingasta. Es de una pobreza impresionante. Las industriosas manos de su dueña zurcieron muchas veces el manto que la envuelve. No luce los lindos "topus" prehispánicos que como prendido de los ponchos se usaron desde Perú hasta el Sur de Chile. No disfrutó de esas galas ni de los tejidos profusamente decorados. Prendió mo-

destamente con espinas de cardón el tosco manto que debía denunciarnos su pobreza.

En medio de esas reliquias reveladoras de la idiosincrasia de la mujer prehispánica de nuestro continente; junto a sus ornamentos y a las pruebas de su industria, conforta pensar que si pesaron sobre ella las tareas más rudas y sufrió la relegación natural entre los indígenas, los primores de su arte la eternizan y las leyendas, que tienen mucho de aureola, la dignifican en la consideración de las generaciones que la estudian.

Leyendas de oro, mitos y grandezas que parecen desprenderse de las cosas pertenecientes a civilizaciones desaparecidas; cosas inermes y muertas que guardan en sí la historia sabia de la vida: silencio y culto por la ciencia, aquí. Pocos pasos más allá, sobre nuestras cabezas, el brillo, las pasiones, el ruido callejero. Contrastes que invitan a pensar y que al volver al mundo afanoso de los vivos estimulan una buena sonrisa, algo enigmática quizá, provocada sin duda por lo mucho que nos dijo el collar de malaquitas ufanamente suspendido de los míseros restos de su dueña.

LA RELIGION DE LA ENSEÑANZA

Allá por el año 1859, un joven tucumano, que ya había demostrado su talento en las pruebas universitarias y en el temprano ejercicio que de la abogacía hiciera en su provincia natal, afrontaba valientemente la vida en Buenos Aires.

Sin fortuna y sin haber intentado nunca buscar la protección que hubiera podido valerle la memoria ilustre y heroicamente trágica de su padre — el mártir de Metán, cantado por Echeverría en uno de sus más conmovidos poemas, — el doctor Nicolás Avellaneda sacrificaba su ahincada afición a la literatura para dedicarse al desempeño de su profesión en el bufete del doctor José Roque Pérez.

Quiere a veces el éxito que sus cuestas primeras sean áridas, acaso para que la planta de sus dilectos se afirme en las austeridades del trabajo, entre cuyas escabrosidades disimula los peldaños del triunfo. Y así fué cómo aquel joven que en sus cartas confidenciales se lamentaba de tener que entregarse por completo a las tareas agobiadoras de la práctica forense, en detrimento de fuerzas intelectuales que hu-

biera podido emplear en la creación literaria, recibía diariamente en el despacho del doctor Pérez, concurrido por hombres eminentes, la experiencia ajena de la vida política y social sorprendida en su descuidada sinceridad. Observador de ingénita agudeza, valoraba a esos hombres, algunos de ellos ilustres ya, "fuera de la escena, sin el gesto convencional y la expresión estatuaria que dan a sus fisonomías para mostrarse al público". Les oía hablar, discutir; departía con ellos y los juzgaba... Uno, entre todos, es el señalado por la admiración juvenil de Avellaneda: Sarmiento. Y le admiraba por la preconización de sus principios económicos, por habernos revelado el carácter de nuestros fenómenos nacionales y haber sido el primer expositor del régimen federal "como experiencia y como doctrina", y, más que todo, por su vital propaganda en favor de la educación primaria.

Formidable de sugestión debió estar, indudablemente, aquel hombre superior al conversar sobre el más caro de sus ideales y hacerle el don de su exuberancia verbal al joven inteligente que le escuchaba, y en quien su sagacidad adivinaba otro idealista capaz de realizar sus utopías.

No en balde Avellaneda escribe al doctor Vallejo, en 1859: "Cuando Sarmiento me habla de educación, de instrucción primaria, se me representa un vidente, un iluminado, e inspira a mi fervor intelectual y patriótico anhelos sinceros de continuar con todas mis

armas peleando la gran cruzada, aunque mi palabra y mi acción se reduzcan a un simple grito de fe, a un relámpago más en medio de la vasta tormenta".

La obra educativa de Avellaneda pregona la persistencia del anhelo que las convicciones de Sarmiento despertaron en él, y que un día, en 1866, al despedirse de sus colegas y discípulos de la Universidad, donde dictaba la cátedra de economía política, pudo llamarlo — porque así lo había practicado — "religión de la enseñanza". En esa oportunidad pronuncia palabras que, por su misma belleza y sinceridad debieron quedar acariciadoras en su memoria, pues las repite diez y seis años más tarde en el Liceo literario portugués, de Río de Janeiro: "Vivamos entre los niños, eduquemos su alma, levantemos su espíritu, y al hacerlo complaceremos los sentimientos más íntimos y hallaremos recompensas; porque está averiguado que el viento que pasa por el cabello del niño, refresca la frente y el alma del maestro".

Desde el día en que Avellaneda se separó de la cátedra universitaria para ocupar el ministerio de Gobierno de la provincia de Buenos Aires, la religión de la enseñanza tuvo en él, para siempre, un devoto, todo acción, que le levantó templos — escuelas y bibliotecas, — y se aferró al espíritu de la Constitución para dar fundamento legal a sus más fructuosas iniciativas.

Admirador de las ideas de Horacio Mann, que no cesa de difundir, hace suyo y robustece con nuevos

argumentos el postulado de que la verdadera libertad supone la razón colectiva del pueblo. La escuela primaria es para él la formación de la razón pública, y "el alfabeto que deletrea el niño en sus bancos, es el vínculo que viene a ligarlo con la historia del espíritu humano, dándole la clave del libro, que es la memoria de la humanidad y el resumen de sus progresos".

Por eso, su patriótico anhelo quiere que la educación popular llegue a ser en la República "como el aire y la luz, un don gratuito y universal".

Cual la simiente de la parábola del sembrador que cae en el surco hondo de una tierra propicia para dar el fruto en sazón, la prédica consecuente de Avellaneda acerca de las fuerzas que deben completarse para sostener la educación popular, se impone y se realiza hoy, cuarenta años después de la muerte del ilustre estadista, en la escuela argentina, no en su parte material resuelta con recursos oficiales casi en su totalidad, pero sí en su espíritu.

En la nutrida información de sus memorias ministeriales; en la difusión de sus ideas, fiada a la elocuencia de sus discursos; en las notas oficiales, y en las ocasiones todas en que pudo hacerlo, sembró y defendió la idea de que, para organizar un vasto y verdadero sistema de educación popular, sería impotente la acción oficial, sin el concurso de la acción privada del vecindario: "Es necesario — dice — que el colegio o la escuela nazcan vinculados con la voluntad y

el trabajo de los que están llamados a recibir sus ventajas, si se quiere que ellos promuevan después su mejora o adelanto con su atención solícita".

Hoy, las asociaciones cooperadoras de las escuelas realizan esa obra de interés solícito que reclamaba Avellaneda. La intervención particular sacude de una inercia perjudicial a nuestra sociedad, que entregaba despreocupadamente a la acción oficial la más prometedora y vital de sus fuerzas: la educación de sus hijos. Una ola de bienestar y de rejuvenecimiento, debida a la acción privada, pasa actualmente por las escuelas de la capital; llega hasta ellas, gratuito, el alimento que escasea en algunos hogares; costéanse consultorios, material de enseñanza ameno e ilustrativo, excursiones, ropas, decoraciones estéticas de aula, recreaciones, y las bibliotecas ven llenarse sus anaqueles de obras escogidas con un criterio didáctico amplio y regenerador del estrecho círculo que reducía las bibliotecas escolares, dotadas por la acción puramente oficial, a la aridez de los textos de enseñanza, más tal o cual obra con ejemplos de moral sermoneadora. Faltaba la nota estética, el gusto literario, el matiz. Actualmente, como lo quería Avellaneda, la biblioteca complementa a la escuela y la vivifica. Libros atrayentes y útiles inspiran el gusto de la lectura a los niños y avivan su curiosidad intelectual.

La intervención privada que ha remozado la vida escolar, acaso logre también un día formar "la pasión por la educación popular" de que nos habla

Avellaneda como el medio más eficaz para atraer los niños a las escuelas sin imposiciones obligatorias e "infundir al pueblo a que tome sobre sus hombros la tarea de su propia redención", como colaborador del Estado.

La ostentosa inversión de fondos para erigir escuelas en edificios costosos explicaba el escaso número de aquéllas. Alarmado Avellaneda de ese boato que impedía a la escuela diseminarse, declara en su Memoria ministerial de 1867, que no es menester que la escuela argentina sea lucidamente arquitectónica, y que si conviene así en los centros urbanos, otros lugares requieren, en cambio, que sea sencilla y campestre. "La escuela — escribe — puede ser modesta sin que deje por eso de ser útil, como aquellos faroles de papel en las aldeas que, a pesar de sus formás primitivas, iluminan el paso del viajero en la obscuridad de las noches".

Al vecindario de Renca (provincia de San Luis) le cupo, en el año 1868, merecer la respuesta que Avellaneda, Ministro de Justicia e Instrucción Pública, dió en nombre de Sarmiento, Presidente de la República, para aplaudir el petitorio que hiciera aquel apartado centro urbano, al reclamar los beneficios de la educación en nombre de la "igualdad". Llevado de sus fervorosos ideales, el ministro no restringió su aprobación de funcionario dentro de las corteses fórmulas administrativas. Es la suya una respuesta vibrante en la cual campea la opinión, otras veces sus-

tentada ya, de que la igualdad en la educación, indistintamente distribuída para todos, es el fundamento de las demás igualdades que la ley consagra, y que trabajar por la educación es trabajar por la libertad.

La religión de la enseñanza, tal como la sentía Avellaneda, necesitaba, como todo culto que debe transmitirse, oficiantes con vocación para su estado, capaces de soportar las pruebas fatigosas y con la instrucción especial que mueve respeto y da garantía: necesitaba maestros. Las escuelas podían erigirse con fondos que le fueran destinados exclusivamente para ese fin. Sostenerlas no era, pues, difícil destinándoles una renta especial y sagrada que ningún otro objeto distrajera — como lo instituyeron en la provincia de Buenos Aires las sabias leyes del 8 de agosto de 1887 y del 31 de agosto de 1858 — y "cuya inviolabilidad debería estar escrita más en la conciencia pública que en la ley". No era esa, por lo tanto, la mayor dificultad surgida en el problema educativo. La gran preocupación de Avellaneda se aplicó a formar al maestro, que no podía improvisarse; a dotar establecimientos especiales que habilitasen a aquel para ser "institutor de la mente y de la conciencia del pueblo". En balde se destinarán rentas al sostenimiento de las escuelas y serán ellas instaladas en espaciosos edificios — dice en su memoria ministerial del año 1870—si falta el maestro competente que es su alma y del que dependen todos sus

adelantos; es decir, el oficiante fervoroso de la más robusta y enaltecedora religión social: la enseñanza regular. Ese es el nervio del pensamiento de Avellaneda: maestros, maestros... No son los planes de estudios, los métodos ingeniosos, lo honorarios ni el aparato externo de la enseñanza su honda preocupación. ¿Cómo proveeremos a nuestras escuelas de maestros competentes?, se pregunta. Y su respuesta es un proyecto sobre la creación de las escuelas normales, esbozado sucinta y claramente en la Memoria ministerial citada.

Su mirada comprensiva, llena de intuiciones para el bien de la patria se fija entonces en la mujer, para sacarla de su abatimiento tradicional y llevarla a ocupar el primer puesto — según su decir — en la obra de nuestra regeneración social.

El elogio femenino, que no fué nunca escatimado por el ilustre estadista, se explaya para justificar que una de las escuelas normales cuya fundación propone en su Memoria, se dedique a la formación de maestros e institutrices. Y se remite a la experiencia para demostrar que la mujer es el mejor de los maestros "porque se halla dotada de esas calidades comunicativas y delicadas que la hacen apoderarse fácilmente de la inteligencia y de la atención de los niños". Trae en su apoyo la opinión de un educador americano para quien la escuela deja de ser prisión sombría que entristece y desalienta a los niños cuando la influen-

cia de la mujer hace de ella una prolongación del hogar doméstico.

Las ideas de Avellaneda fueron siempre fuerza y realización. En su Memoria de 1870, pudo anunciar, pues, que la primera escuela normal de la República se instalaría en la ciudad de Paraná, apenas fuese completa la pacificación de Entre Ríos, sobre la base de un colegio que habían planteado allí algunos vecinos filantrópicos reunidos bajo el nombre de Asociación Protectora de la Enseñanza.

Tres años más tarde, en esa Memoria ministerial de 1873 que —según su manifestación, recogida de un cuaderno de apuntes personales — es la página de honor de su vida pública, da cuenta del progreso de la Escuela normal de Paraná, cuya fama se extendía ya "por la excelencia de sus métodos, de su disciplina y de su dirección".

El voto popular, fundamento de los poderes públicos, puesto en manos de los que no tienen ilustración ni principios normales, era el problema político más trascendental vinculado al de la enseñanza. La dotación de un colegio nacional para cada provincia, fué una nueva avanzada de defensas opuestas al peligro de la ignorancia. La misión de esos colegios — según lo manifestó explícitamente Avellaneda — no era formar profesionales, ni fueron solamente "pórticos para conducir a las aulas universitarias", sino establecimientos destinados, sobre todo a formar "hombres aptos para realizar los fines de la

vida social, para la producción de la riqueza y para el ejercicio de los derechos, que corresponden casi siempre a otros tantos deberes en la República..." Las bibliotecas de los colegios nacionales, franqueadas al público, por decreto, y enriquecidas gracias a los fondos votados para su fomento, completaron, en lo que era posible, el anhelo educativo que el patriotismo de Avellaneda mantenía vivo, inquieto hasta que se convertía en acción serena y duradera. Tan necesarias eran las bibliotecas populares, que brotaron numerosas al conjuro de su boletín, difundido profusamente. Y el infatigable propulsor de ellas pudo informar en la Memoria ministerial de 1873 que, en dos años, se habían fundado ciento ocho bibliotecas populares en el territorio de la República.

Una página bella, consoladora y convincente, titulada "El libro y su lectura" encierra el elogio de Avellaneda a las bibliotecas populares que hacen el don continuo de placeres intelectuales, los únicos que el hombre puede remover a su albedrío. La misión suprema de la enseñanza confiada a los apóstoles — nos dice — la realizan las bibliotecas populares en las sociedades modernas. Y agrega: "El que da un libro para el uso del pueblo, hace el pequeño don de su valor pecuniario y enciende una antorcha perenne y abre una puerta de elevados sentimientos, para ilustrar y regenerar la existencia moral e intelectual de centenares de hombres".

La escuela primaria y popular es para Avellaneda

la nueva y fecunda aplicación de la beneficencia. Y a la religión de la enseñanza infantil le confiere abolengo evangélico al recordar que fué fundada por Cristo cuando llamó a los niños "poseído de ternura, para comunicarles un rayo celeste de su alma inefable".

TRES SECRETOS DE MANDINGA

Hace muchos años — tantos que las bisabuelas de nuestras abuelitas se dejaban mecer aún en brazos de sus nodrizas — vivía en Buenos Aires un niño precioso, como de seis años de edad llamado Juan Bautista, hijo de los amos de una gran casa ubicada en el centro de la ciudad. Dicen que en aquel tiempo andaba Mandinga por Buenos Aires. Y era Mandinga el mismísimo demonio, enorme y negro, con cuernos y cola, con ojos de fuego, dedos ganchudos y dientes terriblemente afilados. Olía a azufre; según aseguraban los negros esclavos. Naturalmente, era perverso, engañador, astuto, hábil para hacer pecar a las gentes, y muy cobarde. Escondíase entre las sombras y se volvía chiquitito de miedo ante las palmas benditas y las cruces, o cuando repicaban las campanas de las iglesias.

Juan Bautista nunca lo había visto; pero estaba seguro de su existencia. Casi todos los días hablábase de Mandinga en el "patio de los esclavos", lugar

que los negros servidores de la casa ocupaban generalmente para entregarse a sus tareas obligatorias.

Como el niño no tenía hermanitos con quienes jugar en los primeros y hermosos patios de la casa, donde sus padres solían sentarse, en los atardeceres, para respirar el aire aromado de madreselvas y jazmines, pasaba gran parte del día en el de los esclavos. Allí se entretenía en verlos trabajar; escuchaba sus relatos y jugaba con los negritos, hijos de los servidores. Era para éstos una verdadera fiesta que se les permitiera acompañar a la huerta a Juan Bautista o corretear con él por el gran patio, en torno de los naranjos y no lejos de la mirada de Rufina, la bondadosa negra que había sido nodriza de la madre del niño.

Una tarde, desde la huerta donde jugaban, llegaron corriendo al patio de los esclavos Juan Bautista y dos negritos de su edad. Sofocadísimos y muy asustados, al parecer, se detuvieron junto al telar donde trabajaban las esclavas.

—¡Mama Rufina! — gritó el niño —. ¡Tomás se ha tragado un carozo!

—¡Jesús, María y José! — exclamó la negra. Y se santiguó.

—¿Se morirá? ¿Tendrán que cortarle las tripas y el estómago para sacárselo? ¡Verdad que sí, mama Rufina?

—¡Ave María Purísima!... Puede ser...

El negrito autor de la hazaña miraba ansiosamen-

te a la esclava para saber su opinión. Y ante su contestación, nada tranquilizadora, un enorme puchero anunció que ya iba a prorrumpir en llanto, cuando se oyó la voz de Fermín, un esclavo viejo, tan viejo, que eran muy blancas las motas de sus sienes. Los niños corrieron hacia él con la esperanza de saber, a ciencia cierta, qué le sucedería a Tomás.

—¿Y de qué fruta es el carozo?

—De una ciruela, Fermín.

—¿Me moriré?... preguntó angustiado el negrito.

—No, no te has de morir, ni te sucederá tampoco lo que a Mandinga, por haberse tragado un carozo.

—¡A Mandinga!...

Y los negritos y Juan Bautista, olvidados de sus temores, se apelotonaron cerca de Fermín para que éste les contara el suceso acaecido al mismísimo demonio.

—Sí, mi amito. ¡A Mandinga! — aseguró el viejo, acariciando la cabeza de Juan Bautista —. Una vez que Mandinga se paseaba pensando en las picardías que acababa de hacer y en las muchas que debía realizar antes de anochecer, vió en el camino un arbolito al que no le quedaba más que un solo fruto: un durazno maduro, riquísimo, al parecer. — Este es para mis tragaderas — dijo —. Y se lo comió golosamente.

Cuando se vió con el carozo peladito en la mano, pensó: — ¿Y qué hago yo con el carozo? Si lo arrojo al suelo, puede suceder que vaya a dar en

algún surco de tierra buena... Entonces, con el tiempo, crecerá un arbolito que se cubrirá de flores rosadas, de esas que alegran la vista y hacen que los hombres piensen en Dios... y después caerán las flores y nacerán frutos jugosos y dulces, de esos que hacen bendecir a Dios... y habrá niños que sonrían al comerlos y madres felices al ver satisfechos a sus hijitos... ¡No, no, no! Antes que sucedan esas cosas tan buenas y tan bellas, prefiero tragarme el carozo. Y se lo tragó.

Al día siguiente Mandinga estaba muy entretenido en secar un arroyito para que el agua no regara los jardines de la ciudad, cuando sintió un extraño hormigueo en el estómago. Parecióle que se extendían hilos en su interior. No se inquietó mucho, sin embargo. Pero al otro día, en el momento en que quiso agacharse para prender fuego a una choza que era el único refugio de una pobre vieja, se vió imposibilitado de cometer su maldad, porque algo duro, como un palo que tuviera en su interior, le impidió inclinarse para formar la hoguera y avivar el fuego. Mandinga empezó a inquietarse seriamente y a desesperarse después, cuando comprendió que era un tronco de un árbol lo que crecía en él y le obligaba a estarse derecho y tieso hasta el punto de parecer un poste andando. Y su desconsuelo fué completo al ver un día que las ramas de un árbol de durazno asomábanle por los ojos, las orejas y las ventanillas de la nariz.

Una semana después las ramas se cubrieron de hojitas. Y Mandinga pensó: — Menos mal... pronto se llenarán también de flores. Entonces me estaré quieto; creerán que soy un árbol y se acercarán a mí para cortar mis ramas de flores rosadas... ¡Ah! Si la que llega es una niña, le arañaré la cara con mis uñas y la desfiguraré... Si es un hombre, le hundiré los ojos... ¡Ya sabrán lo que es acercarse a Mandinga!

Pero las hojitas de las ramas se cayeron; las flores nacieron marchitas; sólo una se conservó lozana, y Mandinga se dijo: :— Menos mal; de esta flor crecerá un fruto y me lo comeré... — Y el fruto nació podrido.

Cada vez más imposibilitado para hacer el mal, Mandinga quería deshacerse, a todo trance, del árbol que llevaba dentro. Y se le ocurrió una idea que él creyó salvadora. Fuese en busca de un matador de reses y le dijo:

—Si con tu cuchilla me abres y sacas el árbol que tanto me martiriza, te ayudaré toda la vida. Y ya sabes que cuando el diablo ayuda a alguien, no hay empresa que salga mal.

—¡Hum! No me fío de promesas cuando me las hace el demonio — respondió Antón, el matador de reses —. Si esperas recibir de mí algún favor, has de adelantarme lo que te pida por hacerlo.

—Está bien — contestó Mandinga —. Cobra lo

que quieras y líbrame de una vez de este maldito árbol que me ahoga.

—Poco a poco, señoría. Primero es necesario conocer las dificultades que tendrá la operación...

Y el matador de reses se acercó a Mandinga, que estaba hecho un verdadero infeliz; le palpó el cuerpo como si lo examinara y lo zamarreó sin consideración tomándole por las ramas que le salían de las orejas, sin cuidarse de los gritos de dolor que daba el pobre diablo. Cuando se cansó de vapulearlo le dijo con mucha importancia:

—La operación será difícil y durará varios días. Primeramente será necesario ablandar el árbol sobándote de lo lindo; después bastarán varias sacudidas como las que te he propinado hace un momento para arrancar las raíces, y entonces te haré un tajo profundo a lo largo del cuerpo para sacar sin deficultad el árbol que tanto te martiriza.

—Está bien, a todo me someteré. Cerremos trato.

—Con mucho gusto. En pago de la primera operación, quiero un saco de monedas de oro que pese, por lo menos, una arroba. Ve y búscalo, pues hasta no tenerlo en mi poder no me ocuparé de tí.

Y Antón, después de hacer relucir la ancha hoja de la cuchilla que daría libertad a Mandinga, la guardó tranquilamente en su vaina de cuero.

El demonio hubiera querido regatear; pero al ver la decisión del matarife, se marchó tieso como una estaca y tan de prisa como se lo permitía el árbol

que llevaba dentro, no sin asegurar antes que en menos de una hora estaría de vuelta.

Antón, una vez a solas, reflexionó. ¿No sería más prudente dejar a Mandinga en su triste situación, estorbado por el árbol para andar de acá para allá, sembrando daños? No, porque el muy demonio encontraría quién por codicia lo librara de su castigo. Era, pues, mejor sacarle todo el provecho posible en bien de los necesitados y tratar de disminuir su poder.

Al poco rato volvió el demonio y puso en manos de Antón un saco lleno de monedas de oro, nuevecitas, robadas a los jugadores mientras éstos, después de ganar, bebían y se olvidaban de cuidar sus bienes.

Colocó el matarife aquel tesoro en lugar bien seguro y comenzó a sobar fuertemente el pecho y el cuello de Mandinga, teniendo cuidado de apretar mucho cuando sentía nudos y gajos, lo que hacía prorrumpir en dolorosos gritos al demonio. Y cuando creyó que éste ya había sufrido bastante, se despidió hasta la mañana siguiente, poniendo como condición para continuar la tarea que le fueran entregadas hierbas frescas y medicinales del país, eficaces para curar enfermedades y que el pícaro Mandinga, deseoso de que no aprovecharan a nadie, cortaba todas las noches, dejando rasurada la tierra donde crecían.

Aceptó el demonio la nueva exigencia, pero se fué maldiciendo.

Muy sumisamente llegó a la mañana siguiente al lugar de la cita. ¡Trabajo le había costado cortar las hierbas medicinales! Pero, en fin, ahí estaban a la disposición del matarife, que no fué menos puntual en acudir a la cita.

Antón sacudió sin piedad a Mandinga, prendido a las ramas que le sobresalían medio metro de las orejas y de los ojos. Así que se fatigó, propúsole que descansaran un rato, sin perjuicio de conversar amigablemente. Aceptó la invitación Mandinga y aprovechó la ocasión de averiguarle a Antón el uso que haría de las monedas de oro.

—Ya las he empleado — contestó Antón.

—¿Todas? ¿Tan pronto?

—Nunca es demasiado pronto cuando se emplean bien. Me llegué con ellas hasta el asilo que se ha fundado para las huérfanas, y allí las dejé...

Mandinga no se puso verde de rabia, porque era negro. ¿De qué le había valido, pues, tragarse el carozo? Era esa la causa de sus desgracias y de que la humanidad se beneficiara. Y aumentaba su disgusto al considerar que las hierbas medicinales exigidas por Antón calmarían los padecimientos de muchos enfermos. Y sospechaba, con razón, que éstos, al sentirse aliviados de sus males, elevarían sus oraciones para dar gracias a Dios por haberlos mejorado...

Volvió Antón a zarandear a Mandinga hasta que éste quedó completamente atolondrado. Satisfecho, cargó con las hierbas medicinales y se despidió.

Al día siguiente, era un sábado de Gloria, debía realizarse la operación definitiva. Llegaron al lugar de la cita los dos personajes, una hora antes del mediodía. Antón mostró al demonio su cuchilla bien afilada y le dió toda clase de seguridades sobre el éxito de la operación: no sólo se vería libre del árbol intruso, sino que en el cuerpo no quedaría retoño o raíz alguna que pudiera volver a crecer.

—Mas para eso — díjole Antón — es necesario que me reveles el secreto de tres de tus mañas.

—¿Y para qué quieres saber el secreto de mis mañas, si de todas maneras yo me quedaré con ellas?

—Para divulgarlo entre los hombres. Los que quieran podrán defenderse, porque estarán prevenidos.

—Pero, ¿sabes lo que me pides?... ¡Es demasiado! Perdería gran parte de mi poder.

—No exageres, Mandinga, no exageres. Todavía te quedará un arsenal de maldades... Y, en fin, si no cumples esta exigencia, te quedarás sin operación, con el árbol metido en tí, sin contar los zamarreos y estrujones que has soportado y el beneficio que ya he cobrado.

Asustado Mandinga, accedió a la condición im-

puesta; pero, temeroso de que Antón pudiera faltar a su palabra, propúsole otro pacto.

—Acepto — dijo. — Pero, a medida que yo vea cómo tajas mi carne y va saliendo fuera este maldito árbol, iré yo revelando los tres secretos.

—Así sea. Prepárate.

Mandinga, como es de suponer, ansiaba verse libre del árbol para tomar venganza, ante todo, contra Antón. Ya le parecía verlo desmenuzado entre sus dedos ganchudos... Una cosa le preocupaba, sin embargo: desde que había aparecido Antón escondía la mano izquierda detrás de la espalda, como si mantuviera algo oculto.

El matarife, manejando sólo la mano derecha, aplicó el filo de su cuchilla sobre el cuerpo de Mandinga y le hizo un profundo tajo que permitió ver el tronco del árbol. Entonces se detuvo y preguntó:

—¿Cómo consigues, Mandinga, hacer ladrones a los hombres que un día fueron honrados? Dílo, dílo pronto... mira que te desangras...

—Primero los hago holgazanes y luego despierto en ellos la gula y la afición al dinero que no se gana. Les robo, a mi vez, la vergüenza, y entonces no tengo más que murmurarles al oído que es muy cómodo apoderarse de lo ajeno. Después, cuando la justicia los castiga, me río de ellos.

Antón, satisfecho, hundió de nuevo la hoja de acero hasta que aparecieron las raíces del árbol. Y se detuvo otra vez.

—Habla, Mandinga. ¿Cómo avivas la calumnia?... Pronto, pronto, porque si no hablas me marcho.

—La calumnia — contestó el demonio — moriría sino hubiera envidiosos. Cuido a éstos como a mis ojos; les enveneno la vida mostrándoles continuamente la felicidad y el éxito ajeno, después de haberlos hecho mezquinos. Y luego de hacerlos sufrir bastante los azuzo para que mientan y desluzcan la fama de los demás.

Antón volvió a hundir la ancha hoja de la cuchilla, dispuesto a cortar las raíces.

—Sólo me falta dar un golpe para librarte del todo, Mandinga. Contesta, pues, a mi última pregunta: ¿Cómo formas a los ingratos?

—¡Ay de mí! ¡Tener que entregar también ese secreto! — suspiró Mandinga.

—Presto, presto, mira que te pierdes si titubeas.

—Para hacer ingratos basta secar a los hombres el corazón: los vuelve vanos, egoístas, muy egoístas, y les enseño que el agradecimiento crea obligaciones para toda la vida; que es mejor olvidarse de los bienes que han recibido, sobre todo si los beneficios son muy grandes, porque mayores serán las obligaciones... Y cuando, en las horas de necesidad y de angustia, las gentes vuelven las espaldas a los ingratos, yo me froto las manos con satisfacción...

El matador de reses dió un último golpe a las raíces. Sacudióse violentamente Mandinga y el árbol se desprendió de su cuerpo y cayó, todo carcomido,

al suelo. La piel del demonio se unió rápidamente y, libre ya del terrible estorbo, Mandinga intentó abalanzarse sobre Antón para vengar en él sus últimos sufrimientos. Pero el matarife, que en la mano izquierda había mantenido oculta una rama bendita, abanicó resueltamente con ella a Mandinga que, espantado, retrocedió y acabó por escapar al oír el sonido alegre de las campanas que, echadas a vuelo a la hora del mediodía, propalaban el júbilo de aquel sábado de Gloria.

—¿Y estás seguro, Fermín, que a mí no me crecerá un árbol? — preguntó ansiosamente el negrito Tomás.

—¿Y no tendrán que abrirle con una cuchilla para sacarle el carozo? — averiguó de nuevo Juan Bautista.

—¿Y no me moriré?... ¿Y Mandinga no me hará salir ramas por los ojos, Fermín?

El viejo esclavo palmeó las redondas y oscuras mejillas del negrito y trató de tranquilizarlo.

—Ni te crecerá un árbol de ciruelo, ni Mandinga te buscará para hacerte daño, porque tú eres una criatura buena... Oye, oye, Tomás, cómo suenan también para nosotros las campanas de la iglesia con el toque de oración.

Y el viejo Fermín y las negras que trabajaban en los telares y los negritos que acompañaban a Juan

Bautista y también este niño rubio y bello, que era el orgullo de sus padres y de sus servidores, todos cayeron de rodillas. En aquella casa colonial, como en casi todas las demás de nuestra tierra, era entonces costumbre suspender los afanes de la vida para elevar a Dios la oración de la tarde.

UN FRACASO DE MANDINGA

Muy empeñado andaba Mandinga en remediar un descuido, imperdonable en él, que, a fuer de perfecto demonio, todo lo calculaba.

Ocupado en la maraña de otras maldades, olvidó que en su programa del año en que se produjeron los sucesos que relatamos — muy a principios del siglo pasado — había incluido el propósito de hacer pecar de embustera a Carmencita. Y no era fácil conseguirlo. Carmencita tenía a mucha honra ser veraz, devota — como todas las niñas de su época — y obediente a sus mayores. Además, era un poco tímida (no faltarían hoy personas que la creyesen algo bobita; pero en aquel tiempo no había quien dejara de alabarla).

Estaba el año en sus postrimerías. Sólo faltaban dos días para Navidad. Era necesario, pues, que Mandinga hiciese pecar de embustera cuanto antes a Carmencita, si no quería ver incompleta la cuenta de sus maldades.

—Nada mejor que la calma para reflexionar — se dijo el muy demonio.

Y se fué a los cardales, entre los cuales se sentó solo, ceñudo...

—Me es imposible entrar en la casa de Carmencita — argumentaba —. Si pusiera los pies en ella, me reconocerían por feote y por negrote... Y si me tomo el trabajo de cambiar de aspecto, tampoco podré quedarme en ella hasta que logre tentar a la niña. ¡Por todas partes hay crucifijos, palmas benditas... y, luego, aquella tía Rosaura que siempre está quemando incienso y haciendo exorcismos!... ¡Necesito buscar medios más seguros!

Mandinga reflexionó largo rato. Y poco a poco su ceño desapareció, se alegraron sus ojos ardientes; se le estiró la boca en una mueca de risa malvada; se puso en pie de un brinco, y se golpeó la frente con su manaza de dedos ganchudos.

—¡Viva mi ingenio! — gritó —. ¡Un gato en poder del diablo es un auxiliar incomparable! Monín me ayudará... ¡Vaya si me ayudará!

Y Mandinga, con su rapidez endiablada, abandonó los cardales, corrió sobre los sembrados y los jardines de las quintas suburbanas, no sin causar a su paso cuantos destrozos pudo, y se internó en nuestra querida Buenos Aires, tan tranquila en aquella época, con mil precauciones para no ser reconocido.

Era una noche calurosa aquella del 23 de diciembre del año de nuestro relato. No había un alma en las calles al darse las 11 campanadas. Las casas estaban silenciosas, con sus portales y ventanas cerra-

dos. Pero las familias se dejaban estar en los patios amplios, junto a los jazmines en flor, bajo los naranjos o los parrales prometedores. Y las conversaciones eran lentas, como de gente adormilada por el calor excesivo, deseosa de que alguna ráfaga moviera el aire y, al refrescar el ambiente, despejase los entendimientos.

Mandinga, que conocía al dedillo la ubicación de todas las casas y también las costumbres de sus moradores, se encaramó por las paredes del fondo de la casa de Carmencita y ganó la azotea. Tan acurrucado como pudo, para no ser visto, se asomó por sobre la cornisa y espió el segundo patio de la casa. Dos esclavas dormitaban sentadas en un banco. Mandinga estuvo tentado de jugarles una broma que las asustara; pero se contuvo: otro asunto más difícil lo había llevado allí. Se arrastró por la azotea y atisbó el primer patio...

Sentados en mecedoras de jacarandá, Carmencita, su padre y la vieja tía, la de los sahumerios y los exorcismos, permanecían callados. Se hubiera asegurado que dormían, a no ser por el vaivén de las mecedoras y uno que otro suspiro doliente que no podía reprimir doña Rosaura. Alguna pena flotaba en aquella casa. De un golpe de vista lo comprendió Mandinga. ¡Uy! ¡Cómo brillaban de alegría sus ojos llameantes!

Enteramente vestida de blanco, Carmencita dejaba estar sobre su regazo a un gato negro, mimoso, que

ronroneaba entre dormido y despierto. Era Monín. De vez en cuando abría un ojo — tenía pereza de abrir los dos —, y su pupila luminosa, fosforescente, asustaba a la tía Rosaura, que callaba para no turbar el silencio.

Mandinga extrañó la presencia de la madre de Carmencita, y también la de Carlitos, travieso niño de 7 años, adoración de todos. Entonces recordó que, días atrás lo había visto en una quinta de los suburbios acompañado de dos esclavos de la casa y de otros niños... y que él, Mandinga, escondido entre el pasto, lo indujo a comer fruta verde y a beber luego del agua de un estanque.

—¡Uy!—.se dijo—.¿Estará enfermo Carlitos?...

Y le volvieron a llamear los ojos de alegría.

A poco de observar el patio, Mandinga concentró toda la fuerza de su mirada sobre el gato y la niña... Monín se estremeció, abrió tamañas fauces, se desperezó, enarcó el lomo y, sin que Carmencita lo pudiera evitar, saltó de su regazo y huyó hasta perderse de vista.

La niña, a su vez, sintió un raro malestar, como de sofocación. El padre y la tía se inquietaron también.

Angustiada, Carmencita creyó que su malestar provenía de la penosa preocupación que entristecía a todos en aquella casa. Y ya no pudo guardar silencio.

—¿Dormirá aún mi madre, tía Rosaura? Voy a cerciorarme...

—¡Quédate aquí, niña! ¡Déjala que repose! Todo el día, bajo la acción de la fiebre ella también, ha llamado a Carlitos. ¡Pobre Clemencia! No sabe cuán grave está su hijo.....

—¡Carlitos! ¿Por qué, padre, no se me permite cuidarlo?

—Hija, porque eres muy joven. Y el padre Rosendo, que tan entendido es en curar fiebres malignas y con tanta dedicación atiende al niño, lo ha prohibido por temor a un contagio... Tranquilízate. Con Carlitos está Tomasa, su nodriza, que es como si estuviera con él su madre.

—¡Ay, Dios Todopoderoso!

—Glorificado sea, hija...

—¡Eternamente! — agregó la tía, y se persignó.

Al oír aquella triple, piadosa exclamación, y ver tres veces la señal de la cruz que la tía Rosaura trazó sobre la frente, los labios y el pecho, Mandinga se enderezó espantado. Y ya se disponía a huir, cuando vió en medio de la azotea a Monín, que, atraído por la intención y la mirada del diablo, había ido en su busca.

Un relámpago iluminó la azotea. Y el gato, al ver tan feo y tan negro a Mandinga erizó el pelaje. Pero el diablo lo retuvo por la cola para que no huyese, y comenzó a sobarle el lomo con mucha blandura.

—Oye, Monín — le dijo —. De poco te valen los

mimos de tu dueña, si no has de ganar con ellos otro beneficio que dormir junto al fuego en invierno y bajo un árbol en verano; soportar que te rodeen el cuello con incómodas cintas de color que llevan, por añadidura, cosido un cascabel, como si fueras un juguete ridículo...

Y el diablo sobaba y sobaba, al pelo, el lomo de Monín, y le clavaba su mirada de ascua en el fondo de las pupilas verdes y fosforescentes. Pero no le soltaba la cola, por donde lo tenía asido.

—Escucha, Monín... Un gato que se respeta debe llevar otra vida muy distinta de la tuya... Nada de dejarse encerrar a la hora en que las gallinas se duermen; ni de permitir que se le seleccionen los manjares. La libertad es un don precioso, según se dice y se declama en todo el mundo civilizado... Y para un gato lo es más, porque está seguro de que, después de sus ausencias, cuando vuelve al hogar, los amos le perdonan sus escapatorias nocturnas y le permiten roncar de día...

Y Mandinga sobaba y sobaba el lomo de Monín, que ya empezaba a ronronear de gusto.

—Tú no conoces, Monín, los festines donde abundan las lauchas tiernecitas, sin experiencia, que se dejarán atrapar por tus garras y a las cuales torturarás, como si jugases, antes de saborearlas... Tú no sabes de aventuras, de correrías por los tejados, ni de la sorpresa que causarías si cayeras de improviso en un gallinero bien provisto de pollitos.

—¿Y los perros? ¿Y los gallos peleadores armados de espolones?

—¡Bah! No temas. Ningún daño te harán. Ya sabes que un gato tiene siete vidas. Además, yo asustaré a los perros y espantaré a los gallos, por muy gallos que sean...

En eso, otro relámpago resplandeció. Se oyó un trueno. Algunas gruesas gotas de lluvia cayeron.

El gato, enemigo del agua, quiso escapar, pero no pudo, porque Mandinga lo tenía bien asido por la cola. Y si dejó de sobarle el lomo, fué para arrancar de una enredadera que asomaba por encima del muro una rama, a la cual por arte diabólico convirtió en un gran paraguas.

Monín quedó maravillado. Y, sobre todo, cuando vió que Mandinga se empequeñecía y lo invitaba a levantarse sobre las patas traseras y a caminar como los hombres, con la cabeza erguida, para irse juntos, tomados del brazo.

Y, efectivamente, se fueron de juerga el demonio y el gato, de bracete y bajo la protección del gran paraguas que llevaba Mandinga.

Cuando se cansaron de recorrer tejados, fuéronse en busca de cierto gallinero bien provisto de pollitos que dormían bajo las alas maternas.

Cayó Monín de improviso en el gallinero y armó un terrible zipizape. Abalanzáronse los perros... pero apareció Mandinga y se arrinconaron con miedo. Despertaron los gallos y juraron sacarle los ojos

al gato con sus espolones; pero el diablo los espantó. Sólo las gallinas se mantuvieron heroicas. No las arredraron las terribles miradas de Mandinga. Por más que hizo el diablo, no pudo impedir la defensa de las madres. Pero poco pudieron ellas contra los zarpazos de Monín, que mató, por divertirse, varios pollitos, gordezuelos como globitos, de plumón amarillo y suave.

—¿Estás contento, Monín? — preguntóle Mandinga cuando abandonaron el gallinero —. ¿Te has divertido?

—¡Ya lo creo! Ahora, llévame adonde pueda cazar lauchas y enséñame a martirizarlas...

—Poco a poco, Monín. Ese placer te la reservo para mañana... sí, a tu vez, me haces un favor.

—De mil amores.

—Escucha, pues. Mañana, cuando Carmencita te suba sobre su regazo, fijarás fuertemente tus pupilas verdes en sus pupilas negras, y le trasmitirás la intención de la mirada que en este momento yo deposito en tí.

Y Mandinga hundió sus miradas llameantes en los ojos de Monín, que echó chispas por ellos.

—Muy fácil me será cumplir tu pedido —. dijo Monín.

—Luego, le soplarás mi aliento sobre la frente y los labios...

Y Mandinga abrasó casi con su hálito al gato, que se estremeció todo.

—Poco ha de costarme hacerlo... Cuenta conmigo, como yo cuento contigo. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana, camarada!

Y se separaron.

Al día siguiente, el padre Rosendo anunció que Carlitos no tenía salvación. Pero prohibió que la madre del niño supiera esa gravedad.

—El estado de salud de la señora — dijo — es tan delicado, que no soportaría una mala noticia. Si lográis que duerma ocho horas seguidas, tranquilamente, yo respondo de ella. Si no...

Todos bajaron la cabeza, desesperados.

Carmencita, vencida por la pena, se sentó un momento en el sillón a meditar. Y el gato, que esperaba esa ocasión, saltó sobre el regazo de la niña que, maquinalmente, le acarició el dorso. Más no tardó en retirar la mano, estremecida. ¡Qué áspero el pelo!... Y tuvo miedo cuando Monín se enderezó y le clavó en las pupilas la mirada malintencionada, aguda. La niña quiso rechazarlo. Pero el gato tuvo tiempo de soplarle el aliento del diablo sobre la frente y los labios.

De un empellón lo rechazó Carmencita.

—¡Vete! Tú no eres mi Monín... ¡Pareces endemoniado!

El gato escapó enloquecido, y la niña estuvo a punto de desmayarse.

Cuando se repuso, Carmencita sintió mayor ánimo que antes. Una fuerza desconocida la movía. De pron-

to la asaltó una idea y no pudo dejar de realizarla.

Todos los años, para Nochebuena, se preparaba sobre una enorme bandeja de plata un primoroso Nacimiento. Las figuritas de marfil o ébano eran diminutas; el pesebre, una obra de arte minúscula. La estrella anunciadora era un diamante que su madre había desengarzado de una sortija para que su luz diera sobre el Niño Dios más bonito que se pueda imaginar...

Aquel año, nadie había tenido ánimo de reconstruir la dulce escena del pesebre. ¿Para qué? ¡Carlitos no podía verla, ni la reconocería!

Pues bien; Carmencita se puso a arreglar con habilidad la escena del Nacimiento. A veces sentía que un revuelco le turbaba el pecho... ¿Seria algo del espíritu de Mandinga, infiltrado por el gato, que se revolvía cuando la niña manejaba las imágenes sagradas? ¡Quién sabe!

Ya había terminado Carmencita la primorosa reconstrucción, cuando la negra Tomasa entró enloquecida de pena.

—¡Amita! — exclamó —. ¡Venga a ayudar a bien morir a Carlitos! ¡El amo lo pide!

Y se llevó a Carmencita que, aturdida, se halló de pronto en la habitación de su hermano, a quien casi no era posible reconocer. Vió allí a su padre y a su tía que, arrodillados junto al lecho, elevaban oraciones, auxiliados por el padre Rosendo.

La niña rompió a llorar. Y Carlitos, en un momen-

to de lucidez final, creyó que era su madre la que ¡al fin! volvía a su lado. Y preguntó:

—¿Quién llora? ¿Mamá?...

—¡Sí, sí, sí, mamá!... — dijo Carmencita.

El niño suspiró con alivio profundo. ¡Había muerto!

No era posible arrancar de la habitación de Carlitos ni a la tía Rosaura ni al padre del niño.

Carmencita pensó en su madre. ¡Si se enterase! Y, movida siempre por una fuerza extraña, se marchó hacia ella. ¡Si oyera el llanto de los demás! ¿Qué sucedería?

Encontró a su madre excitadísima. La religiosa que la cuidaba hacía esfuerzos para evitar que saltara del lecho.

—¿Por qué todos me dejan tanto tiempo? — preguntaba la pobre señora —. Algo que a mí me ocultan sucede hoy. ¿Por qué si Carlitos está mejor no me dejan verlo?...

Entró Carmencita y su madre fijó en ella la mirada.

—Tú me dirás la verdad, hijita. Tú que nunca has mentido, dime... ¿Carlitos está mejor?

—Tanto, madre, que el padre Rosendo le permitirá salir de la habitación dentro de dos días.

—¿Y por qué, entonces, has llorado tú? Veo aún lágrimas en tus ojos.

—Son de dicha, madre...

Y al ver que la enferma dudaba, insistió:

—...de alegría, sí, al saber contento y casi sano a Carlitos. ¿No oyes cómo ríe?...

—No...

—Escucha bien... ¿Oyes cómo ríe?

—Sí, sí. Parece que algo oigo...

Y con la credulidad fácil de los enfermos, la pobre señora aceptó que los sollozos agudos de la tía Rosaura, que le llegaban debilitados, eran risas alegres de su hijito.

—¿Y por qué ríe alegre Carlitos?

—Porque ha reconstruído el Nacimiento sin olvidar un detalle; pero puso a San José el manto del rey Melchor... ¿Quiéres verlo? Voy por él. Pediré a Carlitos que en la frente de Jesús deje un beso para tí... Espera.

Y se marchó.

Cuando Carmencita levantó la bandeja con el Nacimiento, su padre, la tía y el padre Rosendo le interceptaron el paso.

—¿Adónde llevas eso, hija? Hoy te desconozco...

—A mi madre se lo llevo. Cree que Carlitos, bueno ya, ha reconstruído el Nacimiento. Así se lo he dicho. Y le he hecho creer también que los sollozos de la tía Rosaura eran risas de mi hermano...

—¡Niña! ¡No seas temeraria!

—¿Embustes tú, Carmencita? ¡Mentiras sobre

mentiras! — exclamó la tía Rosaura horrorizada.— Y se santiguó.

—¡Oh, quiero que mi madre duerma ocho horas! ¡Ocho horas largas, tranquilas, para que se salve... Estaba enloquecida pensando que Carlitos podía empeorar... ¡No me la maten!

—Bendita seas, niña! — dijo el padre Rosendo.

Y Carmencita, sin detenerse a escuchar razones, llevó triunfalmente el Nacimiento hasta el lecho de su madre, y le señaló la figura de Jesús Niño.

—¡Aquí, madre; aquí, en la frente, acaba de darle un beso Carlitos para que lo recojas tú!...

La madre tomó la sagrada figura y la besó, en el momento en que su marido, la tía Rosaura y el padre Rosendo entraban en la habitación.

—¿Habéis visto — preguntó gozosa — con qué acierto mi Carlitos ha reconstruído el Nacimiento?

Todos asintieron. Pero como sentían que la pena los vencería, tomaron pretexto para marcharse.

—Procura dormir, Clemencia — díjole el marido —. Te es necesario un sueño muy reparador...

—No hay otro medio de mejorar — recalcó con autoridad el padre Rosendo.

Y salieron de la habitación, consternados.

—Dime, Carmencita: ¿por qué los demás no están alegres como tú? — preguntó la enferma.

—Porque no se quedarán a velar tu sueño... tus ocho horas de sueño, que yo he reclamado para mí sola... Duerme, madre. Yo te cantaré bajito, cada

vez más bajito, uno de aquellos cantares que, según me lo has dicho, tu madre cantaba también para Nochebuena... Y esta noche es Nochebuena... Pero, duerme... duerme...

Y cantó bajito:

Los pastores que supieron
Que el niño ha nacido ya,
Al momento le cubrieron
De flores todo el portal.

Los pastores de Belén
Todos juntos van por leña,
Para calentar al niño
Que nació en la Nochebuena.
.. ..

Tranquila, arrullada por el canto de su hija, la enferma se durmió profundamente.

Y el padre de Carmencita, la tía y el Padre Rosendo, que escuchaban los cantares, no podían dejar de llorar y de mirarse sorprendidos.

—Pero ¿de dónde sacará esa niña tanta facilidad para urdir embustes en ocasión tan triste? — preguntó doña Rosaura.

—¡Dios lo sabe!... — respondió el padre Rosendo —. Los embustes de Carmencita, al pasar por sus labios se purifican, y son como los que han de

tejer los ángeles... ¡embustes sublimes, salvadores!

¿Y Mandinga? ¿Y el gato?

El primero se enteró de que los embustes de Carmencita fueron virtudes que le ganaron bendiciones. Y, furioso con su fracaso, se llevó al gato de juerga. Pero, esta vez, lo expuso a los perrazos y a los gallos de los gallineros; a los arañazos de los gatos aventureros de los tejados más peligrosos; a la furia de un guardián que lo molió a palos... Y después, lo abandonó.

Como todos los demás gatos, el de nuestro cuento carecía del olfato de la fidelidad y de la consecuencia que guía a otros animales hacia sus amos. Se perdió, pues, y tuvo que guarecerse en una casucha, donde sus moradores, al verlo maltratado, retinto y con el fondo de maldad que en las pupilas le había dejado su trato con el diablo, le llamaron Mal Pecado.

LOS LAGRIMONES DE MANDINGA

Nunca había tenido Mandinga tanto trabajo ni tantas satisfacciones como aquella primavera del año 1840. Necesario le fué mandar lugartenientes a las provincias, pues él no podía ausentarse un momento de Buenos Aires, centro principal de su diabólica actividad.

En los ratos más descansados solía recorrer la ciudad al anochecer, para fisgonear a sus anchas. Adoptaba entonces el aspecto de un negro, viejo y encorvado, y ponía gran empeño en disimular el rabo bajo un largo ropón y la pezuña entre puntiagudos zapatones. Pero le era imposible evitar que su cuerpo oliera a infierno; es decir, a tizones, azufre quemado y brea ardiendo. Le huía, pues, la gente honrada y de buen olfato y sólo se le acercaban los malvados, deseosos de hacer pactos con él.

No obstante los buenos tiempos, andaba Mandinga receloso e intrigado porque tres anocheceres consecutivos habíale salido al encuentro, en calle apartada, un hombre de bella y serena presencia que al pasar de largo le dijo la primera vez con voz clarísima:

—Mandinga tu primer lagrimón será de rabia...

El demonio, por toda respuesta, le miró de soslayo, despreciativamente.

¡Al día siguiente, el encontradizo pasó algo más de prisa y dijo:

—Mandinga, tu segundo lagrimón será de impotencia...

El rabudo escupió por el colmillo; pero tembló de ira.

Y otro día, por último, el enigmático transeúnte pasó muy de prisa.

—Mandinga — exclamó, — tu tercer lagrimón será mi triunfo.

Ya no pudo el demonio contener su rabia y se volvió para castigar al temerario que lo provocaba; pero... se quedó turulato al no ver más que un resplandor. ¡El hombre había desaparecido!

Mandinga echó sapos y culebras por la boca, se mordió los puños y, sin que pudiera impedirlo, un lagrimón pesado y ardiente le corrió por la mejilla. Furioso porque empezaba a cumplirse el presagio, del desconocido, siguió su camino combinando maldades.

Al llegar a cierta casa principal (de aquellas que eran todavía un lujo, con ser coloniales) se coló en el zaguán y, diestro y escurridizo, llegó hasta el mirador que daba al patio principal, y allí se guareció en espera de la noche cerrada para realizar sus planes.

Mandinga odiaba a las dos señoras — doña Justa y doña Rosita — que residían en aquella casa, porque eran devotas bondadosas y empleaban sus rentas en vivir como gente de alta clase y en auxiliar a los menesterosos. Además tenía una vieja y larga cuenta que arreglar con doña Justa: tres años atrás había muerto, sin confesión y a consecuencia de una caída, el marido de doña Rosita. Y la excelente anciana hizo votos de obtener sufragios para el alma del inconfeso a fuerza de practicar la caridad sin descanso y de ganar almas para el bien, disputándoselas al demonio.

Y no era otra la razón por la cual doña Justa conservaba entre su servidumbre a cierta mulatilla llamada Claudina, amiga de lo ajeno, mentirosa y respondona. Corregirla, era el empeño de la señora; hacerla cada vez más mala era el propósito del demonio.

A ciencia cierta sabía Mandinga que las dos señoras eran unitarias de corazón, aun cuando la necesidad las obligaba a simular adhesión a la causa federal. Sabía asimismo que, de tiempo en tiempo, le llegaban a doña Justa cartas y documentos de un hijo ausente que, con el pretexto de necesitar otro clima para su salud, residía en el Perú. Y sospechaba Mandinga que esos papeles debían ser muy comprometedores, porque la anciana los recibía con sobresalto, sigilosamente, y los guardaba bajo segura llave hasta el momento de ponerlos en manos de algunos caballeros, amigos de su hijo, residentes en Buenos

Aires... Con menos informes y sospechas había hecho Mandinga que la "mazorca" visitara otras casas... ¡Ya vería doña Justa y toda su parentela las consecuencias de disputar almas al demonio!

Llegó la media noche. Mandinga descendió del mirador y se dirigió hacia las habitaciones de la servidumbre. Con gran cautela se acercó al catre de tientos donde dormía Claudina y, una vez a su lado, le sopló en las manos su aliento cáustico. Entre dormida y despierta, la mulatilla oyó una voz que le decía:

—Apodérate mañana de las llaves de doña Justa. Registra el armario de su alcoba. Allí encontrarás oro y papeles que valen más que el oro... ¡Róbalos! ¡Mandinga te ayudará!

Y al día siguiente la mulatilla, atónita vió sobre un velador las llaves que doña Justa nunca había descuidado. Recordó lo que creía haber soñado.

—¡Oh! — se dijo. — ¡Entonces... es verdad! ¡Mandinga me ayudará!

Apenas pensó esto le hormiguearon las manos; se apoderó de las llaves y fué en busca de un escondite seguro para dejarlas en él hasta que llegara el momento oportuno de utilizarlas.

Al volver doña Justa en busca de las llaves y no encontrarlas donde tenía la seguridad de haberlas dejado, sospechó lo sucedido. Y, lejos de alarmarse, una sonrisa de contento acompañó a su pensamiento:

—¡Al fin, Señor, abres el camino que permitirá a mi hijo regresar a la patria sin peligros!

Fingió la anciana no acordarse para nada de las llaves y, con pretexto de enviar recados, alejó de la casa a Claudina el tiempo necesario para buscar una llave gemela de la robada, cuya existencia sólo ella y su hija conocían y dejar en el armario únicamente aquello que convenía. Sustrajo papeles comprometedores para su hijo y sus amigos, y dejó, muy a la vista, otros que aquél había tenido la precaución de mandarle y en los cuales se demostraba muy adicto a Rosas. Dejó, también, algunas monedas de oro al alcance de la ladrona.

Cuando Claudina llegó, agitada y recelosa, doña Justa cosía con mucho sosiego una esclavina roja, de las muchas que acostumbraba a regalar a las huérfanas amparadas por la Sociedad de Beneficencia, quienes, por orden superior, debían vestir esa prenda. Escuchó plácidamente a la mulatilla que, con mirada esquiva y rápida palabra, le dió cuenta de su comisión.

—Me ha encargado misia Trinidad que le recuerde a vuestra merced, y también a mi señora doña Rosita, lo mucho que desea verlas y que si el tiempo es bueno, agradecerá como una fineza la visiten esta tarde a la hora de servirse el chocolate y los azucarillos... Parece ser que estarán allí las niñas de Cáceres y que llevarán los rebozos de cachemira punzó que les acaban de llegar...

—¡Cuánto me alegro! Ya lo oyes, Rosita: nos espera, al atardecer, mi comadre Trinidad.

Y doña Justa se volvió para mirar a su hija que en ese momento sacudía las ramazones de una madreselva encumbrada hasta lo alto del muro, para desprender las hojas marchitas y, acaso también, por el placer de sentir cómo caían sobre su cabeza algunas fragantes flores. La anciana contempló a su hija y la halló bellísima y hasta le pareció que le sentaba bien en los negros cabellos la divisa punzó que, ni aun dentro de la casa, se animaban a dejar de usar las damas porteñas.

Tranquilamente Claudina, ante la placidez de su ama, se retiró dispuesta a aprovechar la ausencia de las señoras para seguir los consejos de Mandinga.

Todo sucedió a pedir de boca. Doña Justa se fué de visitas con su hija y, para dejar mayor libertad a la traidora, llevóse también a las dos criadas de mayor confianza, celosas cuidadoras de su casa.

La mulatilla no perdió el tiempo en vacilaciones. Resueltamente, registró el armario. Al ver las monedas de oro, sus ojos se engolosinaron y las robó sin escrúpulos. Se apoderó también de las cartas y los papeles que doña Justa había tenido buen cuidado en poner muy a la vista; dejó caer las llaves detrás de un mueble portátil para que pudieran encontrarse fácilmente y, muy satisfecha, escondió lo robado en un desván, ansiosa de que llegara la media noche

para que Mandinga le revelase qué destino debía dar a las cartas sustraídas.

Todo estaba en silencio y dormían los moradores de la casa, cuando a Claudina le pareció que algo, como un reptil enorme, se arrastraba por los suelos. Tembló al sentir olor a infierno. Y a poco oyó que una voz gutural le decía:

—Si robaste los papeles entrégalos mañana mismo a la policía. Te recompensarán por ellos. Ganarás la confianza y el agradecimiento del gobernador... No te desanimes... ¡Mandinga te ayuda!

Más deseosa que nunca de llevar recados amaneció Claudina al día siguiente. Y no dudó que el demonio le prodigaba su apoyo cuando doña Justa le encomendó una comisión fuera de la casa.

—¡Ah! ¡Qué buena suerte la mía! — monologó la mulatilla. — Una vez que entregue los papeles, me presentarán al gobernador; me pedirá que me quede a servir en su casa; seré la admiración de los federales por haber delatado a un unitario peligroso... ¿Qué dirán esos papeles? ¿Lástima no haber aprendido a leer cuando doña Justa se empeñaba en enseñarme... En fin, ¡qué importa! Mandinga me ayuda... ¡Mi suerte mejorará!

Y toda ilusionada con las ventajas que le traería la delación, se marchó de prisa.

La anciana quedó pensativa. Apenábala el apuro que demostraba la mulatilla en causarle daño cuando tanto bien había recibido en su casa. Y alegrábala la

seguridad de que, la muy traidora llevaría a manos de los federales la prueba de la adhesión de su hijo a la causa de Rosas. Mucho tiempo hacía que doña Justa deseaba hacer llegar a éstos aquellos papeles sin ser ella quien se los entregase. Eran falsos los sentimientos que expresaban: pero, darlos a conocer, equivalía a conseguir que el ausente volviera a la patria sin que se le sospechara unitario. ¡Y hacía tres años que la anciana no abrazaba a su hijo!

No dejó de sorprenderla la prontitud con que Claudina estuvo de vuelta. Parecióle que llegaba cabizbaja y humillada. Y se propuso interrogarla con prudencia.

Descorazonada había regresado, en efecto la mulatilla. Las ilusiones que forjara sobre el recibimiento y el aplauso que merecería su delación, cayeron por tierra cuando, para ser atendida, tuvo que esperar turno en un zaguán entre un grupo nutrido de negras y mulatas, para pasar luego entre cuchufletas, de la presencia de unos hombres soeces, policianos mitad ganchos, a la presencia de un señor de brusco trato que tomó los papeles y, después de leerlos ávidamente, le preguntó:

—¿Para qué traes ésto, muchacha? ¿Te los ha dado tu ama para hacernos saber lo qué piensa y siente su hijo?

—¡No! — replicó vivamente Claudina, deseosa de hacer méritos. — Yo me he apoderado de ellos. Mi ama nada sabe... Guardaba esos papeles bajo lla-

ve, y con gran riesgo he conseguido quitárselos para hacer un favor a la causa federal!...

—Bueno, bueno, ¡Vete! Ya veremos si interesan... ¡Que te marches he dicho! — gritó al ver a Claudina inmóvil, desconcertada.

Y no tuvo ésta otro recurso que volver a la casa de su ama, llevando a cuestas su humillación y su culpa.

Al verla cada vez más abatida, doña Justa la llamó a su lado y la habló con dulzura. Trájole el recuerdo de los días en que era Claudina pequeñita y su madre se la confió al morir para que hiciera de ella una mujer de bien; le pidió que le contase la pena que le salía al rostro, pues, cualquiera que fuese tendría remedio; le refirió que también ella y doña Rosita tenían pesadumbres: aquel hijo y hermano ausente y enfermo que acaso no volverían a ver más...

Claudina, al oir ésto y sentir la mano acariciadora de la anciana sobre su recia y crespa cabellera, estalló en sollogos. Y a las lágrimas siguió la confesión completa de su robo y traición...

—Tranquilízate, Claudina — dijo la anciana, llena de alegría al saber que las cartas estaban ya en manos de federales exaltados.—Tu acción fué mala; pero tu arrepentimiento te purifica. No me sobrevendrá daño alguno. Tranquilízate...

—Y ¿cómo me defenderé de Mandinga, amita?

—Fácilmente. Cuando sientas su tentación, piensa

en el dolor que trae el mal. Y si eso no te basta, pide auxilio a esta cruz y levanta una oración.

Y doña Justa puso en manos de Claudina un crucifijo de madera tallada, que la muchacha besó arrepentida.

Suspensas quedaron ambas al oír que un caballo paraba a la puerta de la casa y, luego, la voz de un hombre en el zaguán:

—¡Viva la santa causa de la federación! (Era esa una de las maneras de anunciarse).

Claudina cayó de rodillas, aterrada. Doña Justa salió al encuentro de la criada, que trasmitía el recado: Manuelita Rosas y su tía doña Agustina, anunciaban su visita para ese anochecer.

Con diligencia de amas de casa obsequiosas y gentiles, doña Justa y su hija prepararon refrigerios y golosinas para brindar a sus visitantes y, con las primeras sombras, encendieron las bujías de los candelabros del salón.

Mandinga, más curioso que nunca, se coló como otras veces en la casa. Había llegado restregándose las manazas de gusto, seguro de que la "mazorca" visitaría la mansión de doña Justa y él, Mandinga, vería atrocidades: Casi dió un estallido de rabia al ver que Manuelita y su tía Agustina, hermosas, satisfechas, entraban en la casa, donde eran recibidas con zalamera cortesía por doña Justa y doña Rosita.

Deslizóse Mandinga desde el mirador al patio prin-

cipal, y, escondido entre las enredaderas que ornaban la puerta de la sala de recibo, se aplanó cuanto pudo e hizo esfuerzos para verlo y escucharlo todo.

Manuelita traía el encargo de devolver a doña Justa las cartas que una criada le había robado.

—De todo se ha enterado tatita — decía la joven, —y se congratula de tener amigos como su hijo. ¡Qué cartas tan hermosas, doña Justa! Se ve que han sido escritas para que las reciba un corazón de madre. Tatita pregunta por qué no se las ha dado a conocer vuestra merced...

—No lo creía necesario — respondió emocionadísima la anciana. — Como bien dices, son cartas íntimas de un hijo a su madre. Y como nadie ha dudado de sus sentimientos no era menester darlas a conocer.

Y fué amable la visita y muy cordial la despedida.

Pero doña Justa quedó largo rato ensimismada.

— ¿Creerá Rosas verdaderamente en la adhesión de mi hijo? — se preguntaba. — ¿Nos tenderá una celada? Confiemos. Me ha enviado su hija como un anuncio de seguridad... ¡Mi prudencia hará después que no sobrevengan desgracias!

Mandinga se sintió pequeño y miserable ante la segacidad y la previsión de doña Justa. Pegado al muro, con las uñas hundidas en su negra y pestilenta carne, hizo esfuerzos para no rugir, y sintió que un lagrimón quemante como un ácido le roía la áspera mejilla al bajar pesadamente sobre ella.

—¡Maldición! — gruñó. — ¡La mulatilla pagará mi derrota!... ¡No se me escapará!

Y en busca de ella fué. La pobre muchacha, mientras las otras criadas comentaban con aspavientos la visita de la hija y la hermana del gobernador, se había retirado a un rincón de la huerta y arrodillada, llena aún de remordimientos, hacía penitencia.

Un estremecimiento la recorrió como si algún peligro estuviese cercano. Tufos de infierno le advirtieron la cercanía de Mandinga. Apretó con ambas manos el crucifijo que le diera doña Justa y trató de rezar.

La garra de Mandinga, estirada hacia Claudina para asirla, tropezó con el crucifijo... Bramó de rabia el demonio y, como si se lo llevara un ciclón, echó a correr velozmente. Y un nuevo lagrimón, más cáustico aún que los otros, le quemó el rostro. Detúvose jadeante y se orientó hacia su guarida. Grande fué su pasmo al ver venir a su encuentro al desconocido de los presagios. Adelantábase envuelto en un suave resplandor que permitía reconocerlo a pesar de ser ya noche oscura.

Mandinga se preparó para el asalto; pero el desconocido alargó el brazo y el demonio, paralizado, oyó que le decía:

—Mandinga, tu tercer lagrimón ha sido mi triunfo más hermoso. Soy el Bien, que nace del arrepentimiento sincero.

Y se esfumó en un dorado resplandor.

El demonio, humillado, desfalleciente, se dijo:

—¿Estaré caduco para el mal de puro viejo?... ¡No faltaba más! ¡Animo Mandinga, que más puede y sabe el diablo por viejo que por diablo!

Enderezóse el rabudo, cobró bríos y, muy sí señor, siguió sus andanzas por el mundo criollo.

INDICE





